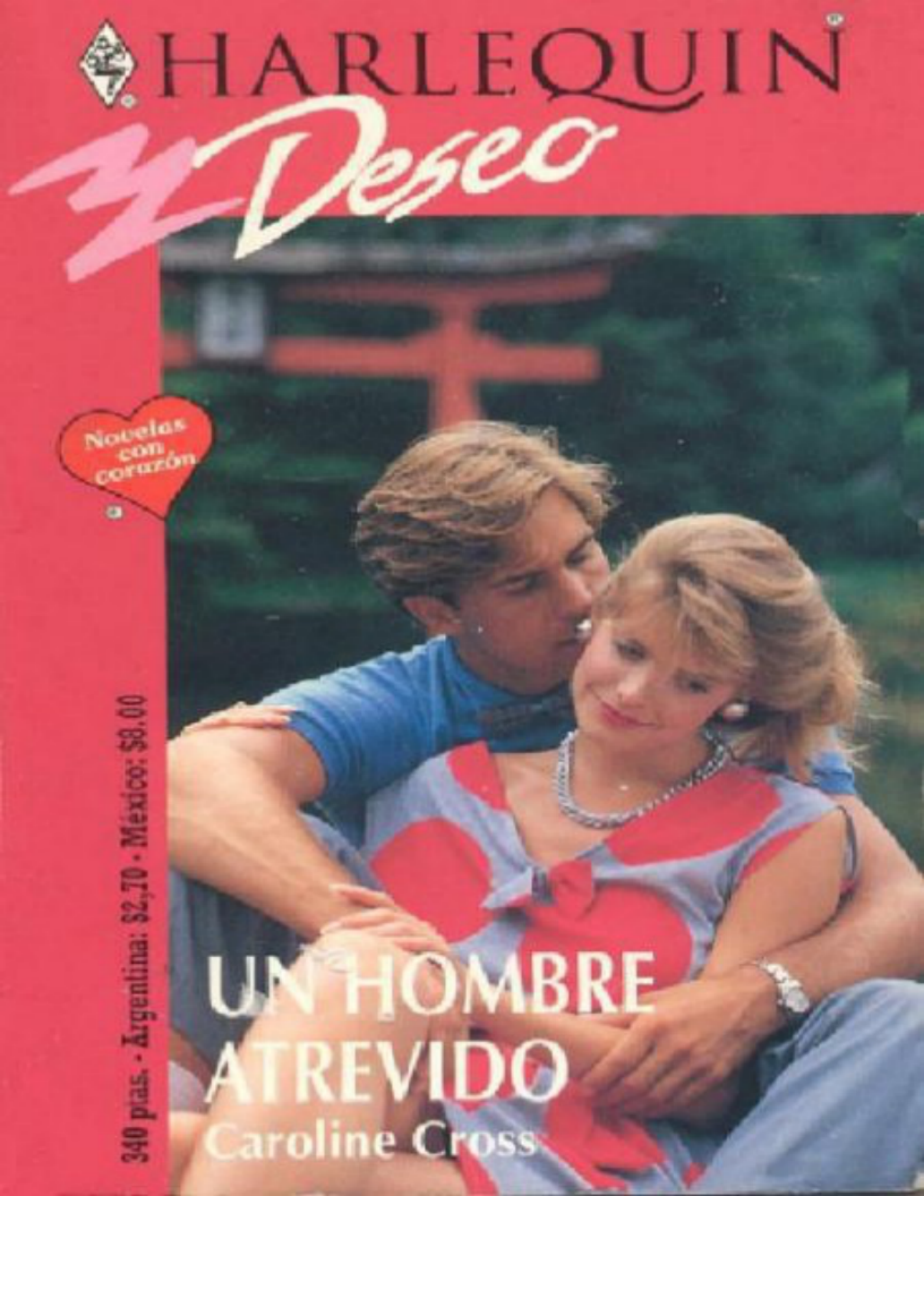

HARLEQUIN
Deseo
Novelas con corazón
340 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $8.00
UN HOMBRE ATREVIDO
Caroline Cross

# Un Hombre Atrevido

Caroline Cross

**Un Hombre Atrevido (14.05.1997)**
**Título Original:** Dangerous (1993)
**Editorial:** Harlequín Ibérica
**Sello / Colección:** **Deseo 692**
**Género:** Contemporáneo
**Protagonistas:** Logan Bradshaw y Gloryanne Rossiter

***Argumento:***

*Logan Bradshaw era un hombre un tanto duro. Tenía un rancho de caballos y criaba a dos niños él solo. Lo que menos necesitaba era la presencia de una mujer metiéndose en sus asuntos y poniéndole la vida patas arriba. No había una mujer en el mundo en la que se pudiera confiar. Y más aquella mujer, que le hacía sentirse como un colegial.*

*Pero Gloryanne era la propietaria de una parte de aquellos terrenos y tenía intención de quedarse a vivir allí, le gustara o no al inquietante Logan Bradshaw.*

# Capítulo 1

«Peligroso», fue la palabra que se le vino a la mente a Gloryanne Rossiter en el mismo momento en que lo vio, de pie, resguardado a la sombra del establo.

Oscuro, era el color de su ropa y oscuro era su rostro. Pero ella sintió la fuerza de su mirada. Desde ese momento supo, mientras miraba a través del polvoriento parabrisas de su Jeep Cherokee, que él también la estaba observando.

Amanecía, el sol saliente bañaba con sus rayos brillantes de color naranja, oro y escarlata los campos por donde atravesaba el río Columbia. Un solitario chotacabras cantaba su triste canción, el sonido flotando en el aire, cargado de olor a salvia.

Gloryanne no pudo apartar su mirada de aquel hombre. Se reprendió a sí misma por ser tan tonta. Pero, aunque atribuyó su conducta al cansancio, ya que había conducido desde Oregón hasta aquel pequeño rancho en Washington, sin embargo no pudo pasar por alto el sentimiento de incomodidad. Ni tampoco la certeza de que aquel hombre no iba a recibirla con los brazos abiertos en aquel sitio, donde ella esperaba empezar una vida nueva.

Pero tenía todo el derecho a estar allí, tuvo que recordarse a sí misma. A diferencia de lo que le había pasado con su anterior empresario y novio, Jack Waylan, ya no tenía que demostrar sus cualidades a nadie. Una parte de aquel terreno era de su propiedad y nada ni nadie podían quitárselo.

Salió del Cherokee y cerró la puerta de un golpe, mientras caminaba hacia el establo.

—Buenos días —saludó, intentando acostumbrar sus ojos a la sombra—. Me llamo Gloryanne Rossiter, y soy la prima de Melanie.

Durante unos segundos nadie dijo una palabra. Al poco tiempo se oyó una voz tan oscura como una noche sin luna.

—Señora Rossiter —el hombre se materializó, saliendo de la oscuridad y poco a poco fue adquiriendo forma—. Logan Bradshaw.

Inclinó la cabeza y se detuvo frente a ella. Ella se sorprendió cuando lo vio, con sus piernas separadas y sus musculosos brazos cruzados. Una chaqueta vaquera muy vieja cubría sus anchos hombros, cuya tela azul pálido resaltaba su pelo negro brillante, ojos azul marino y rasgos perfilados, como los que se pueden apreciar en un cuadro original.

«Peligroso», Glory pensó de nuevo, sintiéndose arrebatada por aquel hombre tan guapo. Sintió un escalofrío. Jack era muy guapo también, recordó, pero lo único que le reportó fue quedarse sin casa y sin trabajo a la edad de veintiséis años.

—Creí dejar bastante claro cuando usted llamó, que no era el momento más indicado para venir de visita —Logan Bradshaw interrumpió sus pensamientos con un tono educado, un tanto exagerado.

—Es verdad, recuerdo que lo comentó —a pesar de que prefería lo directo a los rodeos en que se había visto envuelta en los pasados seis meses, aquel antagonismo le dolió—. Pero ya le expliqué, que esto no es una visita, y no necesito ni su aprobación, ni su permiso para venir, señor Bradshaw. Según el abogado que se encarga de las propiedades de mi prima, Melanie podía dejarme la parte del rancho que ella recibió cuando se separó de usted. Así que estoy en mi perfecto derecho de quedarme aquí —a pesar de la dureza de aquellas palabras, se dirigió a él en tono amable. Después de todo tendría que vivir con aquel hombre, por decirlo de alguna manera.

—Ya —dijo él. Aunque su expresión parecía que no cambiaba nunca, el azul profundo de sus ojos se intensificó, antes de que su mirada se posase sobre la puntera cuadrada de una de sus botas vaqueras, ya muy gastada—. Legalmente, parece que tiene derecho.

Por un momento, Gloryanne pensó que aquel asunto estaba resuelto, a juzgar por su tono de voz. Pero cuando él levantó la cabeza y ella vio la decisión en su mentón y la emoción que se reflejaba en sus ojos, supo que se había equivocado.

Tenía una mirada que parecía un rayo láser.

—El problema es que yo no quiero que se quede, señora Rossiter —le dijo él, de forma definitiva—. Ya se lo dije. Esta es una comunidad muy conservadora y no tengo ama de llaves y además dos niños que viven conmigo. No puede venir aquí pavoneándose y decir que este sitio es suyo —el tono de su voz, bajo y ronco, reflejó su frustración, lo mismo que la forma impaciente con la que se pasó la mano por el pelo, echándoselo para atrás.

—Siento mucho que no le agrade mi decisión de venir a quedarme aquí, pero el problema es que este sitio me pertenece. Como mínimo —enmendó—, una tercera parte de él. Y dudo mucho que sus vecinos le vayan a condenar porque un familiar de sus hijos haya venido a vivir con ellos —cuando se enteró de que Melanie había muerto en un accidente de coche, dejándole inesperadamente su parte del rancho, Glory se quedó estupefacta. Era inexplicable que una mujer que casi no conocía le hubiera dejado aquella herencia tan maravillosa para ella.

Necesitaba quedarse allí, y con el tiempo las heridas que le había causado Jack, cicatrizarían. Había esperado tanto tiempo para tener una casa propia. Y ahora que lo había conseguido no iba a echarse atrás, dijera lo que dijera aquel Logan Bradshaw.

—¿Y el resto de los trabajadores? ¿Ninguna de las mujeres puede

hacer de dama de compañía?

—Al parecer el abogado de Melanie no le ha dicho que los campos están arrendados. Y por lo que se refiere al resto, no creo que sea de su incumbencia, pero Seth, mi capataz, está viviendo con su hermana, mientras se recupera de la pierna que se ha roto. Además —siguió diciendo—, creo que ya ha podido mirar todo y se habrá dado cuenta que este rancho no es el más apropiado para usted.

Hizo un gesto indicando las montañas, de color pardo en aquella época del año, después del verano, a excepción de las hileras de manzanos plantados simétricamente en la ladera.

—Estamos en Columbia, señora Rossiter, en mitad de ninguna parte. Seattle está a doscientos kilómetros, en esa dirección —y señaló hacia el noroeste—. Y Spokane más o menos a la misma distancia, por ahí —y señaló hacia el noreste—. Nile, no obstante —siguió diciéndole, con un tono burlón—, tan sólo está a quince kilómetros, pero dudo mucho que sea un sitio donde le apetezca ir. Si no se ha fijado cuando venía, tan sólo tiene una cafetería, una gasolinera y un economato. Incluso la gente que nace aquí, se marcha. Y mi experiencia me dice que la gente como usted —le dijo mirándola como si llevara puestos zapatos de cristal, en vez de vaqueros y camiseta—, los que han nacido en una ciudad, adictos a la champaña, duran menos por aquí que un pastel en la puerta de un colegio.

Durante un minuto Glory se quedó mirándolo sin decir palabra, preguntándose si él se había dado cuenta de la cantidad de datos que había desvelado sobre las razones por las que el matrimonio con su prima fracasó. Le hizo gracia la ironía de aquella situación.

Tragó saliva. Era gracioso que Logan Bradshaw la despreciara porque creía que era rica, cuando Jack la había rechazado al descubrir que no lo era. De hecho, Glory había utilizado todos sus recursos financieros para comprar su contrato de empleo con Waylan Arabians. Lo único que tenía de valor eran los dos caballos que había en el trailer enganchado al Cherokee.

—No es que sea asunto suyo —le dijo—. Pero es la familia de Melanie la que tiene dinero. No la mía. Y por lo que respecta a Nile... —continuó diciéndole encogiéndose de hombros—. He vivido en muchos sitios diferentes. Y me gustan los sitios pequeños.

La expresión de la cara de él se endureció.

—Me gusta vivir solo.

—Entonces seguro que nos vamos a llevar bien —le contestó, sin sentirse intimidada.

La especulación dio paso a la exasperación, que se reflejó en su fuerte y bella cara.

—Mire usted, señora Rossiter, es un problema de dinero...

Glory se sintió tensa.

—No —dijo—. No lo es. Tengo mi propia vida, señor Bradshaw. Y la tengo desde hace mucho. A pesar de lo que pueda pensar, no me da miedo trabajar —se dio la vuelta de pronto y empezó a caminar hacia el trailer, preguntándose la razón por la que, con los hombres, todo se reducía a cuestiones de dinero—. Si es tan amable de decirme donde puedo guardar mis caballos, me gustaría sacarlos de aquí. Han estado encerrados ya mucho tiempo.

A él se le oyó jurar por lo bajo.

—Me parece que no me está usted entendiendo —le dijo mientras dando dos zancadas la alcanzó, le puso la mano sobre el hombro y le dio la vuelta—. Le estoy diciendo que...

Pero dejó de hablar en el momento en que se miraron el uno al otro, quedándose totalmente asombrados. Como si la mano que le había puesto en el hombro fuera un cable conductor, de pronto se produjo una descarga sexual, llameante, que casi los consume. Fue tan intensa que en un instante Glory se imaginó sábanas de seda y actos eróticos que hasta entonces no conocía y mucho menos había querido probar. Con los ojos muy abiertos, se quedó mirando a Logan, impresionada por la reacción que había tenido al sentir su mano y tan consciente de su deseo que casi no podía respirar.

Y así se quedaron los dos, hasta que la bocina de un camión rompió el embrujo. Glory dio un suspiro y un paso atrás en el mismo momento que Logan retiraba su mano.

—Creo que lo están llamando —le dijo ella temblando, todavía sumida en las profundidades de sus ojos azules.

Él apartó la mirada de ella.

—Sí, creo que... —se miró el reloj—. Tengo que llevar a los niños al colegio —tan sólo un cierto toque de color en sus mejillas indicó que no estaba tan tranquilo como parecía. Eso y lo ensimismado que se quedó mirando su reloj Timex.

—Por mí no se preocupe —le dijo ella, impresionada al mirar hacia abajo y comprobar que sus manos estaban temblando. Rápidamente se las puso a la espalda—. Dígame tan sólo donde puedo guardar estos caballos.

—No se da por vencida, ¿eh?

—No.

Le dirigió una mirada tan oscura que casi, casi era negra. Abrió la boca, pero el camión dio otro bocinazo, impaciente y no pudo ni siquiera empezar lo que iba a decir. Con la mano le señaló las cuadras.

—Hay un par de cuadras vacías allí.

Ella se volvió y empezó a caminar.

—Gracias.

—Pero no piense que se ha salido con la suya, princesa —le advirtió él—. No tardaré en volver.

Ella se volvió y lo miró de frente.

—Estaré esperándole —a continuación le dio la espalda y abrió la puerta trasera del trailer.

Por el rabillo del ojo vio que se ponía muy tenso, pero un tercer bocinazo volvió a requerir su presencia. Con hombros rígidos se dio la vuelta y empezó a caminar.

Glory se volvió y miró más aliviada, su marcha.

Con sus pensamientos muy agitados, Logan llegó en un tiempo récord al camión, que le esperaba al lado de la casa. Abrió la puerta de al lado del conductor y se subió a la cabina, sentándose al lado de su hijo, de seis años de edad, Christopher, que estaba medio dormido. Su sobrino Josh estaba al volante.

—Vamos —le dijo. Y su sobrino, que tenía catorce años, metió la primera y salieron disparados cuesta abajo.

Con la mirada perdida, se quedó mirando a través de la ventanilla, dio un suspiro e intentó controlar su estado de agitación. Estaba claro que no quería a aquella mujer allí y confiaba que cuando tuviera la oportunidad de hablarle cara a cara y le expusiera claro sus pensamientos, se iría. Pero lo cierto era que no lo había hecho y aquello le puso rabioso.

Sabía que legalmente no tenía nada que hacer. Ya le había dicho su abogado que ella estaba en su derecho de quedarse a vivir en Columbia Creek, y que cualquier acción legal que Logan emprendiera para echarla de allí sería, además de cara, infructuosa. Y por mucho que lo intentara, y ya lo había estado haciendo durante más de una semana, no se le ocurría otra forma que el asesinato, para echarla. A pesar de aquel recibimiento ella no se había ido.

Christopher se movió y se acurrucó a su lado.

—Hola papi —le dijo el niño con voz de sueño.

Logan echó para atrás un mechón del pelo dorado del niño, liberando un poco de su tensión con aquel gesto.

—Buenos días, campeón —le respondió, dándose cuenta, cuando le miró, que ya se había dormido otra vez.

Logan esbozó una sonrisa. Pasara lo que pasara en el mundo, tenía claro que Christopher era lo más importante en su vida.

Poco a poco fue dejando de estar tan tenso y empezó a analizar su encuentro con Gloryanne desde otra perspectiva. Cuando su impulso por estrangularla se le había pasado, se dio cuenta que ella no era como se la había imaginado.

Era más joven, por una parte. Más joven, más pequeña y menos marimacho de lo que se había imaginado. Cuando había hablado con

ella por teléfono, había puesto un tono tan cortante y comercial que se la había imaginado una mujer alta y con facciones angulosas, cercana a los cuarenta o cuarenta y cinco. Pero no era nada alta, aunque había que reconocer que tenía carácter.

Pero seguro que no era una mujer dura. Le recordaba a un cervatillo, con sus grandes ojos oscuros, su nariz recta, y aquel mechón de pelo de color miel que se había recogido en una coleta. No es que fuera guapa, pero tenía algo. De pronto le vino a la mente cuando le puso la mano encima.

Molesto, trató de olvidarlo, rechazándolo como si fuera una aberración. Algunos hombres seguro que opinaban que era atractiva, reconoció, pero él no. Además de que le fastidiaba su obstinación a quedarse en un sitio donde no era bien recibida, había algo en ella que lo molestaba. A lo mejor era su porte. Una mujer tan pequeña y tan suave, no debería ser tan dueña de sí misma, tan equilibrada. Desde el momento en que sus ojos se habían encontrado a la sombra del granero, él se había sentido molesto, como si la piel se le hubiera estirado, y no le había gustado aquella sensación en absoluto.

Y además estaba Josh.

Logan volvió a sentirse tenso, cuando al fin admitió que lo que le hacía oponerse con todas sus fuerzas a la presencia de Gloryanne, era su preocupación por la reacción de su sobrino. A su sobrino le había abandonado su madre de muy niño y había idolatrado a Melanie, a pesar de que ella no le había prestado mucha atención. Josh se había hundido cuando se divorciaron, pero cuando Logan se dio cuenta de lo que afectó aquella situación a su sobrino, ya fue demasiado tarde. El chico, ante lo que el consideró otro abandono, sentía un profundo desprecio hacia las mujeres, que sólo muy poco tiempo atrás había empezado a disminuir. Y Logan temía que Gloryanne, debido a su conexión con Melanie, reviviría otra vez aquel sentimiento.

Se movió, incómodo, en el asiento, y el sonido de los objetos que llevaba en su bolsillo le recordaron que además de la señora Rossiter había otro problema que él y Josh tenían que discutir, por mucho que deseara lo contrario.

—Parece que alguien desconectó la alarma del granero anoche —le dijo, decidiendo que podía dar por zanjado el asunto de una vez.

Como había supuesto, Josh se puso a la defensiva, echándole una mirada antes de volver a concentrase en la carretera.

—¿De verdad? —respondió el chico con exagerada indiferencia—. ¿Estás seguro de que no te olvidaste conectarla? Porque cada vez te estás haciendo más viejo —el camión aumentó de velocidad, porque estaban bajando una cuesta.

Logan sintió admiración por los nervios de su sobrino.

—Treinta y tres años no es una edad senil, Josh —le respondió—. Además, yo conecté la alarma. Alguien la desconectó. Y creo que fue cuando iban a por esto —y metiéndose la mano en el bolsillo se sacó un paquete arrugado de tabaco, con un puñado de colillas que encontró en el granero, escondidas detrás de un barril. Joshua las miró con el rabillo del ojo, pero no dijo una palabra—. Creo que te olvidaste de volver a conectar la alarma cuando te fuiste.

Sabiendo que su tío le había pillado in fraganti, el muchacho se puso colorado. Y a continuación encogiéndose de hombros trató de disculparse.

—Lo siento.

Con cuidado para no despertar a Christopher, Logan se giró para mirar a su sobrino.

—¿Que lo sientes? Josh, tú conoces las normas. Para empezar fumar está prohibido, pero además en el granero menos. Un fuego en el granero puede ser desastroso. Si no puedo evitar que fumes, por lo menos hazlo en otro sitio que no sea el granero.

El chico levantó los hombros en plan defensivo.

—Te he dicho que lo siento.

—¡Usa el cerebro, por Dios! —Logan le dijo muy enfadado. Trató de volver a recuperar su compostura, suspirando hondo y echando el aire poco a poco. Se produjo un silencio, mientras Josh disminuyó la marcha para recorrer un tramo lleno de baches. Al fin Logan le preguntó:

—¿Por qué, Josh?

Josh miró a su tío y—se sonrojó. Después de unos segundos de silencio, le respondió:

—Es que hay una chica. Jennifer Sykes. Es la chica más bonita que he visto jamás.

Logan sintió una mezcla de alivio y desesperación. Era la primera vez que Joshua había mostrado interés por el sexo opuesto.

—¿Y?

—Vamos al mismo colegio, y ella me sonríe todo el tiempo —Josh le dijo dando un suspiro—. Quiero pedirle que me acompañe al baile, pero temo que me diga que no.

—¿Y por qué?

Josh le dirigió una mirada rápida a su tío.

—Porque ella es una muy buena estudiante y yo soy sólo un estudiante de primer año.

—Ya —Logan se quedó pensando durante un minuto— Así que entonces decidiste empezar a fumar, para así parecer mayor.

—Sí —olvidando su turbación, Josh miró a su tío—. Muchos chicos mayores fuman. Y pensé que a lo mejor si me veía… —pero se cayó al

ver la expresión de su tío—. No ha sido una buena idea, ¿no?

—Pues no —Logan le dijo sin mucho énfasis. Echó a un lado la cabeza—. ¿Es muy coqueta, la chica?

Joshua negó con la cabeza.

—No. Es muy popular, pero es muy buena chica. No tiene fama de engatusar a los chicos.

—¿Entonces por qué crees que te sonríe?

Por un momento el chico se quedó perplejo. Estaba claro que había estado tan sumido en resolver sus inseguridades que se había olvidado de los sentimientos de la chica. Pero al final, esbozó una sonrisa, parecida a la de su tío Logan.

—A lo mejor es que le gusto.

—Hombre, no eres un chico repulsivo —Logan le dijo en tono cariñoso. A diferencia de Christopher, que había heredado el pelo rubio y los ojos marrones de su madre, el parecido entre Josh y Logan, ambos altos, con pelo oscuro y ojos azules, siempre había sido comentado por todo el mundo.

—Sí, a lo mejor —le dijo Josh, un poco más sonriente. Pero al instante se puso serio y miró a Logan—. De verdad que lo siento, lo de fumar, quiero decir. No ocurrirá otra vez, te lo prometo.

Esta vez Logan comprobó que el chico estaba realmente arrepentido.

—Olvídalo.

—No, te lo digo de verdad. Sé que has estado trabajando mucho estos meses y que todavía queda pendiente por pagar el último mes y nunca me perdonaría si por mi culpa pasara algo.

—Josh —Logan intercedió con amabilidad—. Olvídalo. Además, hay otra cosa que quiero contarte —se quedó mirando los manzanos, que eran como un mar verde, ya que la recolección había terminado la semana anterior. Se aclaró la garganta—. ¿Recuerdas que te dije que la prima de Melanie llamó por teléfono?

Como Logan había supuesto, el mismo instante que le mencionó a su ex mujer, la cara le cambió. Su cuerpo se puso tenso y su expresión triste.

—Sí —le dijo—. ¿Qué pasa con ella?

Logan se arrepintió de haber empezado aquello, ante la respuesta del chico, y con su brazo apretó contra sí a Christopher.

—Se llama Gloryanne Rossiter y está aquí.

La cara de Josh, que se había animado cuando le contó lo de la chica que le gustaba, de pronto cambió de color.

—¿Y cuánto tiempo se va a quedar?

—No lo sé —Logan le dijo con franqueza.

—¿Y no la puedes echar?

—Como ya te he explicado antes, una parte del rancho le pertenece —le dijo Logan, intentando ocultarle lo mucho que aquello le desagradaba. Se echó un poco para adelante y le dio un apretón en el hombro—. Sé que no te gusta, pero ya verás como todo va a salir bien.

Joshua se encogió de hombros para quitarse la mano de encima.

—Seguro —le dijo, abriendo la puerta del camión, cuando el autobús apareció a la vista.

—Josh.

—Lo mejor que podría hacer sería marcharse y dejarnos tranquilos a Chris y a mí —le dijo su sobrino con vehemencia, mientras tomaba la mochila del niño y su propia bolsa con el bocadillo. Logan lo vio marcharse y maldijo de nuevo a Gloryanne.

Dando un suspiro, concentró la atención en su hijo.

—Despierta, dormilón —le dijo suavemente, dándole un empujón cariñoso—. Es hora de marchar.

El niño abrió de pronto los ojos. Bostezó, se estiró y se puso en el asiento de Josh.

—¿Te has acordado de meterme las chocolatinas en mi bolsa, papi? —le preguntó soñoliento, sin darse cuenta de la tensión reinante.

Logan asintió con la cabeza.

—Sí, los metí anoche.

—Vale —le dijo dirigiéndole una sonrisa. Salió del camión, y echó a correr tras los pasos de Josh, hacia el autobús amarillo, y parándose en la puerta le saludó con la mano—. Adiós, papi.

Y se metió dentro del autobús, mientras Logan se quedó pensativo contrastando la expresión alegre y confiada de su hijo y el dolor que había visto reflejado en los ojos de su sobrino.

Salió del camión y dio la vuelta, para sentarse al volante.

«Gloryanne Rossiter tendrá que tener cuidado con lo que hace», pensó mientras observaba la marcha del autobús escolar. «Si se le ocurre hacer algo contra mis hijos, la tiro por el desfiladero Columbia». Y a continuación dio un portazo, metió la marcha y salió pitando.

# Capítulo 2

Glory se quedó de pie, dubitativa, en la parte trasera del porche de Logan.

Al igual que los cientos de granjas que había por todo Washington, aquella tenía una casa de dos pisos, rectangular, con un tejado a dos aguas, con un porche en la parte delantera y otro en la trasera y un garaje independiente. Lo único que la diferenciaba de las demás era la vista espectacular del río.

Y otra cosa característica de aquella casa también era el desorden que había por todas partes.

Después de haber pasado la mañana en el establo, Glory no dejaba de comparar el orden tan perfecto allí dentro, con el caos del porche, que en algún momento del pasado había servido de trastero. Al menos, a juzgar por los montones de ropa apilada por todos lados, Glory asumió que era a lo que se destinaba aquel espacio. Pero había que localizar dónde estaba la lavadora y la secadora, que supuestamente debían estar debajo de alguna pila u otra de ropa.

Desde donde estaba, frente a la puerta de tela metálica, la cocina tenía un aspecto aún peor. El fregadero estaba lleno de cacerolas y sartenes, platos sucios se apilaban por todas partes, y los restos de lo que parecía ser la cena de la noche anterior, se disputaba el espacio en la mesa con varias cajas de cereales y un comic en medio de un charco de leche. Había una caja con ratones blancos encima de la placa de la cocina, y una pila de revistas recortadas en uno de los rincones, y una bicicleta enganchada al asa del frigorífico.

En conjunto tenía un aspecto peor que las calles de Bagdad después de la operación Tormenta del Desierto.

Y todo esto no parecía preocupar para nada a Logan, quien estaba sentado tranquilamente en la mesa de la cocina, muy concentrado mientras hacía anotaciones con el lápiz, en lo que parecía un libro de contabilidad.

Glory levantó su mano para llamar a la puerta, pero dudó, porque no quería asustarlo.

—¿Hola? —llamó.

Inmerso en la cruda realidad de faltarle casi veinte de los grandes, del último pago de veinticinco mil dólares que tenía que hacer en concepto del préstamo sobre el rancho, Logan tardó tiempo en reaccionar. Estaba concentrado en las cifras y cuando levantó su mirada, su distracción se convirtió al instante en irritación, cuando vio quién era la que le había interrumpido.

—¿Qué quiere ahora?

—¿Puedo entrar? —le preguntó ella con mucha calma, algo que a él

le sacó de quicio.

Cerró el libro de contabilidad. Ella abrió la puerta y entró en la cocina.

—Alguien le llamó por teléfono. Como no había nadie en la casa, yo lo contesté desde el granero. Era un hombre llamado Jeb Wright. Me dijo que le dijera que no puede venir mañana, pero que si usted estaba de acuerdo, él y su hijo vendrían a traer el heno el próximo martes —después de decirle el recado, avanzó hacia la mesa, y se paró de pronto al darse cuenta de que había pisado algo pegajoso.

Logan pensó que por lo menos no tenía que preocuparse de limpiar el pajar. Mientras, la observó dar otro paso hacia delante y pisar otra parte del suelo pegajosa también. Él sabía que aquel sitio era un desastre, pero no estaba dispuesto a disculparse por ello. En ese momento todas sus energías se concentraban en cómo conseguir el dinero para afrontar el pago. Si no lo conseguía perdería el rancho, y también la cocina, con su sucio suelo.

Pero cuando se levantó para echar otra taza de café, recordó las palabras que Gloryanne le había dicho aquella misma mañana, que a ella no le daba miedo trabajar. Seguro, pero seguro que no se había imaginado algo así. Pensó que se merecía que la tratara como un socio y mientras él se encargaba de limpiar el granero, le diría que ella limpiara todo aquello.

Se quedó pensando. Claro. Era tan sencillo, era perfecto. Se preguntó cómo no se le había ocurrido antes. Era lo perfecto para lograr que se fuera lo antes posible. Le daría justo lo que le estaba pidiendo, algunas responsabilidades que iban parejas a la propiedad.

Por su experiencia, la responsabilidad no era algo que gustara mucho a las mujeres. Se acordaba muy poco de su madre, porque había muerto cuando él tenía seis años, pero las otras dos mujeres que habían pasado por su vida, se lo habían demostrado. Su hermana mayor, Annie, se había largado cuando Josh todavía era un niño, dejándole que se las apañara él sólo. Y después de ella Melanie, que le destrozó su vida por completo.

Se conocieron en Seattle, por un amigo que tenían común, se enamoraron apasionadamente y se casaron en cuestión de semanas. Pero cuando se pasó la pasión del momento, quedó claro que habían cometido un error. Melanie odiaba la soledad de Columbia Creek, el trabajo en el rancho, y las responsabilidades de Logan con Josh. Nunca intentó que las cosas funcionasen. Lo único bueno que salió de aquel matrimonio fue Christopher, que nació a las cuarenta semanas de su boda. A la siguiente semana de nacer el niño, se divorciaron.

Logan entrecerró los ojos, mientras estudiaba a Gloryanne. No tenía una constitución muy fuerte, y de pronto se sintió un tanto incómodo por lo que estaba contemplando.

—¿Quiere una taza de café? —le preguntó.

—Sí, gracias.

Lavó una taza.

—¿Leche o azúcar?

—Sólo, gracias.

Logan le dio la taza y ella la agarró entre las dos manos. Dio un sorbo y puso mala cara. Aquello estaba tan malo que se preguntó si no estaba poniendo en peligro sus órganos internos. Dio otro sorbo y miró a su alrededor, observando que aquella cocina incluso podría ser agradable si estuviera limpia. Las paredes estaban pintadas de azul claro, las contraventanas de blanco, había un fregadero doble, con grifería nueva y un montón de ventanas. Pero el color del suelo seguía siendo un misterio.

Logan se echó otra taza de café y se acomodó en la silla.

—Hay una habitación en el garaje donde puede quedarse —le anunció—. Era la habitación del ama de llaves.

Nuevamente Glory tuvo que disimular su sorpresa.

—Gracias —no podía hacer otra cosa más que preguntarse el porqué de aquel repentino cambio de actitud. No tenía sentido, más, cuando le había dejado claro desde el principio que no quería verla por allí.

—No hay cocina, así que tendrá que comer con nosotros.

—Oh —dijo, empezando a entender todo. Dirigió su mirada a las botas, decidiendo qué era lo que podía pillar allí primero, si botulismo o tomaína.

Él hizo un gesto con la mano señalando la silla que había en frente.

—¿Pero por qué no se sienta? —le dijo como si le estuviera dando una orden. Como tenía curiosidad por oír lo que le iba a decir, hizo lo que le pidió, sentándose en el borde de la silla de madera que él le indicó.

—Si se va a quedar aquí —le dijo, dando vueltas y más vueltas a la taza—, tendrá que trabajar.

Ella había estado trabajando desde los trece. Y nunca pensó que su llegada a aquel sitio fuera a cambiar esa situación. Pero naturalmente esperaba trabajar en los establos. No obstante se preguntó si él se sentiría ofendido si le ofrecía colaborar en las labores de la casa. A ella le encantaría estar al cuidado de la casa, para cambiar un poco, a pesar de que aquella casa estaría mejor al cuidado de algún departamento de desinfección.

—No tengo capataz, y yo no tengo tiempo suficiente para ocuparme de todo.

Ella reprimió un suspiro. Era evidente que quería que le ayudara en los establos.

—Me gustaría mucho poder ayudarlo —le dijo con el corazón en la mano—. Y creo que puede servirle mucho mi experiencia. El año pasado estuve con Wayland Arabians, entrenando a sus caballos, y antes...

—Yo no estoy hablando de montar a caballo —le interrumpió fríamente—. Yo me gano la vida entrenando caballos, pero los entreno para que los monten, o para que trabajen con ellos, no los entreno para que vayan a un espectáculo. Lo que yo hago aquí, señora Rossiter —le dijo con un tono sarcástico—, no sirve para que los caballos se lleven trofeos o bandas de honor. Yo entreno caballos para que monte gente normal y corriente, no niñas ricas.

—¿Entonces qué es lo que le gustaría que hiciera? —le preguntó ella, sin ningún tono en especial.

Él hizo un gesto señalando toda la cocina.

—A lo mejor no se ha dado cuenta, pero desde que mi ama de llaves nos dejó, todo está un poco desorganizado.

Un poco desorganizado era como decir que la Torre de Pisa no estaba inclinada. Gloryanne no dijo nada. Se quedó mirándolo a la cara y en sus ojos leyó algo más que desagrado, algo parecido a anticipación.

—Pensé que a lo mejor no le importaba limpiar todo esto un poco.

Aquel hombre seguro que esperaba que ella protestara, que le dijera que se negaba a hacer una cosa así. Casi le pregunta el porqué, cuando al recordar la conversación que tuvieron por la mañana le dio la respuesta. Le había dicho claramente que ella allí sobraba.

—¿Qué me contesta? —le preguntó él.

Ella dio un sorbo de café.

—No me importa hacerlo —le contestó con suavidad— Tan sólo pongo una condición.

—Sabía que no iba a ser tan fácil.

—¿Puedo encargarme de cocinar también?

—¿Sabe cocinar?

—Sí, pero... —dudó antes de terminar lo que iba a decir, al ver que a él se le iluminaba la cara.

—¿Pero qué?

—Que también quiero estar al cuidado de mis propios caballos. Y si puedo, me gustaría ayudarle con los suyos.

—¿Además de hacer la comida y limpiar? —le preguntó.

—Si.

—Señora Rossiter —le dijo él— ¿Sabe usted lo que es llevar una casa? —y mientras le hacía esa pregunta, ella creyó ver un ligero tono de preocupación en lo más profundo de aquellos ojos tan azules.

—La verdad es que no —contestó, mientras miraba alrededor de la

habitación, antes de volver a mirarlo de frente—. Pero parece que usted tampoco.

Eso lo impactó. Porque apretó el—mentón, se levantó de repente, agarró el libro de contabilidad y salió de la cocina, posiblemente a su oficina, o a su habitación. Cuando volvió, le dio una llave.

—Esta es la llave del apartamento del garaje —le explicó.

—¿Entonces, estamos de acuerdo en todo? Él dio unos pasos hacia la puerta y se colocó un sombrero de paja que había colgado en el perchero. —Princesa —le dijo arrastrando las palabras—. No me perdería los próximos días por todo el oro del mundo —se paró en la puerta—. Ahora, si me perdona, tengo que instalar una tubería. Hay comida en el congelador. Cenamos a las seis —la puerta de la cocina se cerró, haciendo un ruido como si fuera un pistoletazo.

—Los próximos días —repitió ella suavemente, moviendo de lado a lado la cabeza—. Está muy confundido señor Bradshaw, yo me voy a quedar una larga temporada —y entonces se levantó, tiró el resto del café en el fregadero, echó un vistazo a su alrededor y se preguntó en dónde se había metido.

Los pájaros canturreaban, mientras los rayos del sol de aquella tarde iluminaban, a través de las altas ventanas, el granero. Agradeciendo aquel calor en sus músculos cansados, Glory emitió un quejido de placer.

—Creo que me estoy haciendo vieja —le dijo a Faisana, la yegua, mientras peinaba su crin—. Cada vez estoy más vieja.

Las pequeñas orejas puntiagudas de aquella elegante cabeza, se dirigieron hacia donde procedía la voz, y Glory sonrió, dándose cuenta de que aunque estaba agotada, hacía ya mucho tiempo que no se sentía tan contenta.

Ya había hecho una buena limpieza en la cocina. Aunque todavía quedaba mucho, por lo menos había limpiado lo más importante, descubriendo que el suelo era blanco con motas azules y amarillas. También le había dado tiempo a hacer unos pastelillos y un guiso.

Preparar la comida no había sido nada fácil, porque cuando abrió el frigorífico, no encontró más que pan, por lo que dedujo que tenía que haber un congelador en algún otro sitio. Y buscando y buscando lo encontró, debajo de una pila de ropa para lavar, al cabo de bastante tiempo, cuando ya estaba bastante enfadada.

Pero al final lo había resuelto y se puso de muy buen humor. Cuando ya todo lo tenía controlado en la cocina, se fue a ver lo que iba a ser su apartamento, que estaba encima del garaje. Estaba compuesto por una sala de estar, un dormitorio y un baño. A pesar de que no era muy lujoso, era mucho mejor de algunos de los sitios en los que había tenido que vivir a lo largo de los años. Y además se sintió

feliz cuando bajó al granero a desenganchar el trailer del Cherokee y a sacar sus cosas.

Era un día perfecto para las labores dentro de casa. Empezó a canturrear mientras agarraba a Faisana de la brida. Feliz y contenta decidió ir a dar una vuelta en ella. Todavía quedaba una hora para la comida.

Mientras le ponía las bridas, oyó los cascos de Je'zhar golpear el pasillo de su establo, seguro que enfadado por no ser él, el elegido para dar el paseo. Ella sonrió. Aquel enfrentamiento con Logan la había dejado bastante agotada, y no se quería enfrentar a ningún otro empedernido macho de ninguna especie. Porque eso era el joven potrillo. Era malvado y exigente, y hacía falta mucha inteligencia para que no te la jugara.

—Tranquilo —le dijo, mientras le dirigía una sonrisa—. Mañana, cuando esté más descansada nos damos un paseo.

Y se dirigió con Faisana hacia la puerta. Cuando salió vio a Logan, esperándola, de pie, con una actitud un tanto amenazante, como si fuera a desencadenarse una tormenta.

—¿Qué ocurre? —le preguntó al instante. —Le diré lo que ocurre —le contestó, aproximándose hacia ella a grandes pasos— Mi sobrino Joshua se va a poner hecho una fiera, por su culpa.

—¡Oh! —le dijo, un tanto sorprendida. Se preguntó qué es lo que había hecho para provocar aquella respuesta. No tuvo que esperar mucho tiempo para averiguarlo.

—¿Qué es lo que ha hecho con su proyecto científico? —le exigió.

—¿Su proyecto científico? indagó, tratando de recordar si había visto algo en la cocina que pudiera ser remotamente científico, sin conseguirlo—. Supongo que lo habré lavado —le dijo para calmarlo—. A menos que...

—¿A menos que qué? —insistió.

Era un hombre muy alto y estaba muy cerca. Ella resistió la tentación de retroceder unos pasos.

—¿No estaría cultivando hongos para sacar después penicilina, no? Porque lo cierto es que había una cosa mohosa en el frigorífico que...

—¿Por qué no se deja de rodeos y dice la verdad? Porque Josh se pasó mucho tiempo ensañando a esos ratones recorrer el laberinto, y...

—Ratones —al parecer limpiar la caja y ponerlas en el salón había sido un gran error. Trató de pensar qué había de malo en todo aquello. ¿Las habría puesto en un sitio con corriente? ¿O lo que ella pensó que era moho en el agua, sería un suplemento vitamínico?

Estaba tan ocupada barajando todas esas posibilidades, que tardó por lo menos un minuto en escuchar lo que él le estaba diciendo.

—¿Las ha echado en la olla para vengarse de mí? ¿Por eso ha

dejado la olla a la vista de todos?

Aquello era increíble. ¿Cómo podía pensar que era capaz de haberlas puesto en la olla? Automáticamente abrió los ojos, dispuesta a decirle que lo único que había puesto en aquella olla era un trozo de carne de vaca, pero decidió no hacerlo. Aquel hombre necesitaba una lección, e iba a ser ella quien se la iba a dar.

—Está bien —le dijo de forma deliberada—. Me ha pillado.

—¿Que la he pillado? —preguntó él, sin creérselo—. ¿Entonces lo admite?

Aprovechándose del momento de desconcierto, hizo un chasquido con la boca a Faisana y empezó a caminar con ella, hacia fuera.

—Claro —agarró la crin de la yegua y sin ningún esfuerzo se subió a sus lomos. Agarró las bridas y se quedó frente a él—. Es evidente que no puedo engañarlo. Después de fregar suelos, me gusta hacer un estofado de roedores, para dárselo al primer incauto que pase.

Después se agachó y le dijo al oído.

—Y si piensa que es horrible, ya verá lo que ocurre cuando paso la aspiradora —le dijo sonriéndole—. Si tiene un gato, señor Bradshaw, mejor es que lo esconda.

Y para no seguir soltando barbaridades, agarró las riendas, espoleó a la yegua y salió a todo galope.

# Capítulo 3

Cuando Gloryanne volvió de dar el paseo con Faisana ya había oscurecido. Se mordió el labio. Paró a la yegua a la luz que había en la puerta del establo y desmontó.

Desde el momento que puso el pie en el suelo supo que estaba en dificultades. Una sensación de agonía le recorrió todo el cuerpo. Dio un suspiro, para intentar calmarse y de pronto aparecieron unas manos de no se sabe dónde, para calmarla.

—¡Oh! —exclamó cuando vio salir a Logan de las sombras.

—¿Dónde se ha metido? —le preguntó, mientras con una mano le daba la vuelta y la colocaba entre sus brazos, abriendo con el hombro la puerta del granero.

—¿Cómo dice? —le dijo Glory sonriendo. Trató de no pensar en su masculino aroma y en la forma tan natural en que la tenía entre sus brazos—. Debe saber que hace mucho tiempo que no me ha tirado un caballo.

—¿Y qué? —le contestó, mientras caminaba a grandes pasos por el pasillo hacia el apartamento. Una vez allí, la puso sobre un sofá de cuero que había, formando ángulo recto con la puerta. Él se quedó mirando su pelo enmarañado, el golpe que tenía en uno de sus pómulos y el rasgón en la rodilla izquierda de sus pantalones vaqueros. Observando que estaba tiritando, se despojó de su chaqueta vaquera y se la puso a los hombros, tratante de ignorar el efecto que le produjo la visión de sus pezones endurecidos por el frío.

—¿Qué le ha pasado? ¿Se ha caído?

—Muy gracioso —la cazadora conservaba todavía el calor de su cuerpo—. Lo que pasó es que iba caminando, llevando a Faisana de las riendas y me caí en un hoyo. Una estupidez.

—Sí, hay muchos hoyos por aquí —le dijo él, mientras se sentaba en el suelo, frente de ella.

Sus miradas se encontraron y ella se dio cuenta que estaba tratando de disculparse por su conducta.

—Olvídelo —le dijo con amabilidad—. Ha sido un día agotador, para los dos.

Verlo allí a sus pies, la hacía sentirse incómoda. De forma inconsciente su mirada recorrió todo su cuerpo, pasando de los músculos de su pecho a su cuello, para terminar en las delicadas curvas de su boca.

Él se sintió incómodo con aquella mirada y le miró a ella las piernas, cuyos pies calzaban botas inglesas hasta la rodilla.

—¿Se ha herido en algún sitio? —le preguntó con voz ronca.

—En el tobillo izquierdo —le dijo, tratando de convencerse a sí

misma que aquel hilo de voz le había salido más por el dolor, que por su proximidad. Pero se preguntó cómo sería sentir la dureza de aquel torso, meter su mejilla en la calidez de aquel cuello, besarle las curvas de aquellos preciosos labios.

—Lo mejor es que la lleve a que la vea un médico.

Aquel comentario la hizo volver a la realidad y se dio cuenta que él había salido disparado hacia la puerta.

—Logan... —¿qué le estaba pasando? Se había dado un golpe en el tobillo, no en el cerebro.

—¿Qué? —le contestó él.

—Olvídelo. Estoy bien.

—¿Por qué no me dice lo que necesita de una vez? Está claro que no está bien, porque está pálida como una sábana.

Ella se apoyó en el brazo del sofá e intentó ponerse en pie, logrando dar dos pasos a la pata coja, antes de detenerse otra vez.

—¿Lo ve? —le dijo, mientras de pronto vio como la distancia entre el suelo y ella cada vez era más corta.

Logan se fue hacia ella como una flecha, agarrándola por la cintura, poniéndose debajo para que su cuerpo golpeara contra el de en él, en vez de en el suelo. Un poco aturdido por el golpe, se quedó allí de espaldas e intentó recuperar el aliento, con Glory encima. —¿Está bien?

—Sí, sí, muy bien —le dijo en tono un poco sarcástico.

Ella se sonrojó.

—Lo siento. Se me ha ido la cabeza, pero es que no he comido todavía —le dijo, mientras se esforzó en recordar qué es lo que le había pasado.

—¿Y usted? —le preguntó ella, con voz entrecortada. —¿Qué?

—Que, que si ha comido algo —le dijo tartamudeando, porque intentó no echarse a reír al ver la cara que él ponía.

Ella se echó a un lado y se acomodó entre el brazo que tenía extendido y su cuerpo y él sintió la calidez de su cuerpo, mientras se reía a carcajadas. El aliento de ella le acarició las mejillas, aliento con olor a manzanas, que le embriagó. Más tarde, recordó que incluso la había ayudado a levantarse. También le puso la mano en la mejilla y le acarició la curva de su mentón. Ni tampoco se acordó cómo había llegado ella hasta sus brazos.

Fue entonces cuando la besó, un beso potente, masculino y Glory dio un suspiro, y apretó su cuerpo contra el de él, boca contra boca, muslos contra muslos, los dos pechos unidos.

Sus duros y cincelados labios, restregándose contra los de ella, cálidos como la seda y ella lo abrazó, sintiéndose como si se estuviera cayendo por un precipicio, hacia un abismo sin fondo, y la única

forma de salvarse era agarrándose a sus brazos.

Con los dedos, le acarició los músculos de su espalda y de sus hombros. Luego fue bajando poco a poco hasta colocarlas en su trasero y en sus muslos. Se sintió desorientada, con un deseo que recorría todo su cuerpo, que quería satisfacer cuanto antes.

Logan también se sintió arrastrado por el placer, y su corazón golpeaba fuerte contra su pecho. Y se sintió tremendamente excitado, y perdió todo su control, ante aquel deseo tan intenso, un deseo que no experimentaba desde hacía ya bastante tiempo.

Emitiendo un sonido gutural totalmente masculino, su lengua reclamó la de ella, explorando la dulzura de su boca, robándole el aliento, robándole la razón. Era una mujer tan suave, tan cálida. La fragancia de su pelo y de su piel le encendieron el cuerpo.

A su derecha, Glory yacía sin fuerzas, en el mismo sitio donde la había dejado, odiándolo por todo aquel control, pero agradecida en el fondo, ya que estaba claro que a ella era justo lo que le faltaba. Sus labios estaban palpitando, todo su cuerpo anhelaba sus caricias. Estuvo a punto de ponerse encima de él, sentir la suavidad aterciopelada de su piel, saborear su boca.

De pronto se acordó de que él ni siquiera le había dicho que le gustara. Se pasó la lengua por los labios, entumecidos por los besos. Con aquel aspecto seguro que tenía todas las mujeres que quisiera. De pronto se acordó de las palabras que había escuchado a Jack pronunciar ante sus amigos.

«Glory es una chica muy simple, pero eso es bueno; las mujeres como ella nunca te exigen nada»

Aquel recuerdo le dolía, por lo que se puso de rodillas y después de pie.

—¡Oye! —Logan le dijo, sorprendido. Se puso de pie él también, agarrándola del brazo cuando ella se dio la vuelta—. ¿Qué te pasa? —le preguntó con voz ronca, intentando todavía controlar su excitado cuerpo.

—Estoy bien. Pero es que tengo que ir a cuidar de mi caballo —le dijo, decidida a desaparecer, olvidándose completamente de su tobillo.

—¡Espera!

Pero fue demasiado tarde. Sin pensar en las consecuencias, se apoyó sobre su pierna izquierda y al instante se desplomó.

«Vaya mujer más tozuda», pensó Logan, mientras se dirigía hacia su casa, con Gloryanne en sus brazos. Paró para tomar un respiro en el porche, echó un vistazo a su cara, iluminada por la luz que venía de la cocina, resaltando la curva de su mejilla, sus pestañas, los contornos de su boca y un sentimiento, parecido a ternura surgió muy dentro de él.

Pero intentó olvidarlo, mientras se preguntaba qué era lo que tenía aquella mujer que le dejaba casi sin fuerzas. En un momento deseaba estrangularla y al momento siguiente quería desnudarla, para acariciarle todo su cuerpo, hasta descubrir qué era lo que la hacía temblar.

—Tío Logan ¿Eres tú? —la puerta se abrió y Josh apareció. Logan se quedó tenso, un poco avergonzado por que le hubiera descubierto allí, en la oscuridad.

—Sí —le contestó, con voz ronca, mientras entraba en la casa—. Soy yo.

Con Josh a sus talones, atravesó con Glory en brazos la cocina, hasta el salón, donde había ya un buen fuego en la chimenea. Un salón con ventanas altas y estrechas, una alfombra gris, muebles muy prácticos y el mismo desorden que reinaba por todos lados. Dio una patada a un balón de fútbol que había en medio y no pisó de pura casualidad a Christopher, que estaba tumbado en el suelo, coloreando algunas hojas.

El niño inmediatamente se levantó y empezó a bombardearlo a preguntas.

—¿Es esta Glory, la prima de mami? ¿Por qué la llevas en brazos? ¿Por qué están sus pantalones rotos? ¿Está muerta?

—Sí —respondió Logan—. Esta es Glory. Y no —la dejó con cuidado en un sofá de color azul y marrón, que no es que estuviera precisamente en su mejor momento—, no está muerta —a pesar de su cortante contestación, le hizo una caricia a Christopher, cuando se acercó a él—. Se ha hecho daño en una pierna. Cuando intentó apoyarse en ella, se desmayó.

—¡Oh! —Christopher se quedó mirándola—. Es guapa —pronunció. Joshua emitió un gruñido desde el otro lado, pero Christopher lo ignoró y fue directo al grano— ¿Por qué te vuelve tan loco, papi?

—Eso no es verdad —le respondió Logan, decidiendo controlarse un poco. No estaba dispuesto a discutir su repentino brote de sexualidad con aquellos dos chicos. Buscó una explicación a una conducta tan de enfrentamiento a ella—. Estoy preocupado —le dijo al fin.

—¿Y qué es lo que te preocupa, papi?

Logan ahogó un suspiro, preguntándose si habría alguna criatura en el mundo tan insistente como un niño de seis años.

—Porque tengo que quitarle esa bota, Chris —improvisó—. Y mucho me temo que le voy a hacer daño.

—¡Oh! —aquella palabra tan simple estaba cargada de cariño y anticipación.

Logan sintió ganas de reír. Pero cuando lo iba a hacer, Gloryanne abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, moviendo un poco sus labios, intentando sonreír.

—Te has mareado —le dijo Logan con brusquedad.

Ella se ruborizó, y recordó aquellos besos y cómo se había sentido después. Se quedó quieta, sin hacer un movimiento, intentando recuperar sus pocas fuerzas, esperando a que se le pasara la angustia.

Como si él pudiera leer lo que estaba pensando, le dijo:

—¿Te importaría quedarte tumbada? Preferiría no tener que levantarte otra vez del suelo —y a continuación hizo un gesto señalando a los chicos— Este es mi hijo, Christopher —le dijo—, y este es Josh.

—Hola —saludó ella.

Logan se volvió y miró al mayor, cuyo parecido con él era impresionante.

—¿No puedes contestar a la señora Rossiter?

El chico, que había estado observando a Glory con una expresión de total indiferencia, le respondió a su tío:

—Tío Logan...

—Hazlo —le dijo Logan, muy cortante.

—Gracias por limpiar la jaula de mis ratones. Siento mucho haber pensado que las había tirado.

—No importa —respondió Glory, un poco confusa, al comprobar los sentimientos soterrados entre Logan y Josh.

—Y ahora —le dijo Logan a su sobrino—, ¿Podrías ir a la cuadra y sacar el caballo de la señora Rossiter? Y cierra todo después.

A pesar de que en realidad sólo era una pregunta, no había más que una respuesta y Josh se levantó y obedeció, a regañadientes, mientras su tío le acompañó hasta la cocina. En el momento en que se fueron, Glory se levantó.

—Papi va a dar un grito cuando te vea —le dijo Christopher, mientras se echaba en el sofá, al lado de ella—. Pero no te preocupes, aunque diga que te va a pegar, nunca lo hace.

—Ah —por un segundo, Glory se quedó pensando en sus palabras. Pero después se concentró en el dolor que tenía en su tobillo, que era como si alguien le estuviera golpeando allí con un martillo—. Eso es un alivio —se quedó mirando al hijo de Logan. Era tan guapo como los ángeles de los cuadros de Rubens, con una inteligencia que se reflejaba en sus ojos marrones.

—Sí. Algunas veces protesta mucho, pero luego es muy bueno. Incluso me hace dibujos de nuestro gato.

Así que tenían un gato. Gloryanne trató de no echarse a reír.

—Y me lo hace en las servilletas que me llevo al colegio. Estoy en primaria —le dijo, dándose importancia—. Nuestro gato se llama

Bunnymuffins.

—Ya —Glory intentó poner cara de sorpresa, pero en realidad estaba pensando cómo era posible que un tipo tan duro y viril como Logan tuviera un gato con aquel nombre, y además le hiciese dibujos a su hijo del gato. De alguna manera, aquella información la confundía.

—¿De verdad eres la prima de mi mamá? —le preguntó Christopher.

—Sí —le contestó ella, contenta al haber cambiado de tema—. Con lo cual también tú y yo somos primos, ¿sabes?

—¿De verdad? —le dijo con la cara completamente iluminada de interés.

—Pues sí.

—Yo no recuerdo a mi mamá —le dijo sin ningún tono en especial —. Nos dejó cuando yo era muy pequeño. Papi dice que me quería mucho, pero que no quería vivir aquí, porque se sentía muy sola.

Glory no supo qué contestarle. En realidad la había visto tan sólo una vez en su vida, en el funeral de sus padres. Y todo lo que recordaba era que era una mujer guapísima, pero muy mal criada, que cuando la conoció no se le ocurrió otra cosa que hacer un comentario sobre la forma tan pobre de vestir que tenía, justo cuando acababa de perder a su padre y a su madre. Cuando se enteró de que le había dejado su parte del rancho como herencia, se preguntó si no había querido con ello pedirle disculpas por aquella conducta tan grosera.

—¿Era guapa? —le preguntó Christopher. Gloryanne dejó de pensar en el pasado. —Era muy guapa —le aseguró. —la mamá de Josh también era muy guapa. La he visto en un cuadro. Era como papi, pero en chica. Y es que era la hermana de papi.

—Ya está bien, Christopher —le dijo Logan, que había entrado de nuevo en el salón. Y no añadió nada más, a pesar de darse cuenta que Gloryanne se había incorporado, y tenía el pie descansando en el suelo. Lo que hizo fue dejar en la mesa todo lo que llevaba en la mano, un par de tijeras, un rollo de esparadrapo, un par de toallas y una bolsa de hielo.

Cuando Logan tomó las tijeras, ella se quedó sorprendida y le preguntó:

—¿Qué es lo que vas a hacer con eso?

—Voy a cortar esa bota —le dijo con brusquedad.

Ella levantó las manos para impedírselo.

—De eso nada, vaquero —tocando el cuero de las botas—. Estas botas son mis favoritas.

—Pues cómprate otro par, princesa —le dijo, encogiéndose de hombros.

Sus ojos se clavaron en los de ella, y ella agradeció la presencia de

Christopher cuando Logan le dijo:

—Te va a doler mucho.

—Ya lo sé. Pero la verdad es que me gustan mucho estas botas, y además… —le echó una mirada desafiante—. Soy muy dura, ¿recuerdas?

—Está bien, Christopher —dijo, poniendo una mirada más amable cuando se dirigía a su hijo—, ya es hora de que te vayas a la cama, campeón.

—¡Papi! —protestó el niño.

—Venga dame un beso —le dijo Logan en tono firme—. Josh volverá en un minuto y te ayudará a irte a la cama. Yo iré un poco más tarde.

El niño intentó protestar otra vez, pero pareció arrepentirse cuando vio la resolución en la cara de su padre.

—Está bien —le dijo, con un aire de desaliento exagerado. Pero se fue corriendo a los brazos de su padre, dando risitas, cuando Logan le dijo cosas al oído. Le dio un beso en la cara y le dijo:

—Yo también te quiero, papi.

Logan le dio un abrazo y un cariñoso azote en el trasero.

—Buenas noches, campeón.

—Buenas noches, papá, buenas noches, Glory —dijo, saliendo de la habitación, dando muestras de descontento. Le oyeron subir las escaleras y cuando pensó que ya no le oían, empezó a saltar mientras subía los peldaños, haciendo un ruido como si estuviera subiendo un batallón.

—Es un niño maravilloso —le dijo Glory.

—Sí, lo es —Logan le respondió, en un tono que le dejó claro que no estaba dispuesto a discutir nada de su hijo con ella.

—Puede que no sea capaz de quitarte esa bota.

Estuvo a punto de contestarle que no podía permitirse el lujo de comprarse otras botas nuevas. El problema es que no se lo iba a creer.

—Está bien, hazlo —le dijo—. No es esta la primera vez.

Logan se arrodilló frente a ella y agarró con suavidad su delicado pie, cubierto con la bota de cuero.

—¿No me dijiste que hacía ya muchos años que no te habías caído de un caballo? —le preguntó, mientras le agarraba el tobillo con una mano y con la otra trataba de sacarle la bota.

El dolor era bastante fuerte. Las gotas de sudor le recorrían la nariz y sintió ganas de vomitar, pero a diferencia de lo que había pasado en el establo, esta vez estaba preparada. Apretó los puños muy fuerte, clavándose casi las uñas en las palmas de la mano, y se las arregló para incluso sonreír un poco.

—Vamos, Bradshaw, ¿no trabajas con caballos? —se quedó casi sin

respiración cuando la bota empezó a salir poco a poco, y continuó diciéndole con los dientes apretados—. No siempre que te haces daño tienes que estar en un caballo. ¿O es que a ti nunca te han dado una patada, o un pisotón?

Él movió la cabeza.

—No a mí —le contestó—. Nada ni nadie me pisa.

Al fin salió la bota, que quedó en manos de Logan y Glory se echó para atrás, apoyándose en los cojines del sofá, sintiéndose más aliviada al dejar de sentir la presión en su tobillo. Estaba demasiado débil como para protestar, cuando él poniéndose a su lado la obligó a tumbarse completamente.

—Y esta vez no te levantes —le ordenó, agarrando las tijeras, para cortarle el pantalón hasta la rodilla, antes de que pudiera abrir la boca. Le subió el pantalón y le quitó el calcetín, silbando cuando observó el tobillo.

—Bueno, no creo que esté roto.

—Ya te dije que sólo era una torcedura —le contestó ella, respirando hondo, mientras él le ponía una bolsa de hielo alrededor del tobillo.

—Será mejor que pases la noche en este sofá —le dijo.

—No —contestó ella al instante. La idea era demasiado tentadora, estar bajo el mismo techo, arropados por el calor de la noche, con Logan en la habitación de al lado.

Él empezó a recoger el libro de colorear y las pinturas de Christopher.

—A mí la idea me apetece tan poco como a ti —le dijo mientras ordenaba todo un poco—. Pero así no tendría que salir a ver si estas bien en mitad de la noche y dejar a los niños solos.

Por la cara que puso, estaba claro que no iba a aceptar un no por respuesta. Y como además ella se sentía agotada, por su tobillo, y por todo lo que había pasado durante aquel primer día, le dijo:

—Está bien.

Él se sorprendió momentáneamente ante aquella capitulación, pero inmediatamente se levantó.

—Te traeré algo para el dolor, además de una almohada y una manta.

—Gracias —le contestó, bostezando y estrechando entre sus brazos el cojín.

Cuando Logan volvió, ella ya se había dormido.

Con mucho cuidado para no hacer ruido, le dejó en la mesa un vaso de agua y una aspirina y se quedó mirándola. Sintió un deseo profundo por ella, viéndola allí tumbada de costado, con una mano sobre su mejilla, con sus labios sonrosados entreabiertos.

El sonido de la puerta le hizo volver a la realidad. Se volvió y comprobó que era Joshua.

—¿Ya has terminado todo? —le preguntó.

—Sí —le contestó el chico—. Incluso me he acordado de poner la alarma.

—Gracias.

—No tenía otra opción, más que obedecer, ¿no crees? —le recordó a Logan—. ¿Has visto su caballo? —el chico era un excelente jinete y cuando vio que su tío Logan hacía un gesto negativo con la cabeza dio un silbido—. Pues tienes que verlo. Es un caballo impresionante. Está bien, buenas noches —le dijo y sin hacer otro comentario, se fue a su habitación, escaleras arriba.

—Buenas noches —le contestó Logan. Le colocó bien la bolsa de hielo y la cubrió con una manta, antes de apagar todas las luces, excepto una.

Ya casi había salido del salón, cuando la voz de ella le atrapó, acariciándole en medio de la noche.

—Gracias, Logan —murmuró, medio dormida.

Logan tuvo que apretar los dientes, cuando por impulso casi sale disparado hacia el sofá. Por un instante se la imaginó debajo de él, entre sus sedosos muslos. Se imaginó sus delgados brazos alrededor de su cuello y casi hasta los suspiros que iba a dar.

De pronto se sintió acalorado. Respiró hondo y dijo algo entre dientes, algo salvaje. Pero podía controlarse. Ya lo había hecho no hacía tanto tiempo, aquella misma noche.

Se había jurado a sí mismo no tener otro lío con una mujer, pero tan sólo pensar en Gloryanne Rossiter le confundía.

Era algo alarmante.

Pero pensó que todo aquello era posible que se debiese a que estaba asustado, debido a sus dificultades financieras, y todos los acontecimientos de aquel día.

Era posible que sintiese algo por Gloryanne Rossiter. Pero no la necesitaba. La necesidad convertía a cualquier persona en algo vulnerable y él ya sabía lo que era eso, y no estaba dispuesto a que le ocurriera otra vez.

Y con ese pensamiento en mente, salió del salón y se metió en su habitación.

Pero no se detuvo en su habitación, porque siguió caminando y se fue al baño. Abrió el grifo del agua fría.

Se quitó las botas y vestido y todo se metió dentro, para descubrir que a pesar de lo fría que estaba, no sentía otra cosa que el latir de su corazón.

# Capítulo 4

Con la cesta de la colada apoyada en la cadera, Gloryanne se quedó dudando en la puerta de la habitación de Logan, con su mano en el pomo y con un nudo en el estómago, y preguntándose qué es lo que le impedía entrar.

Tan sólo era un hombre, se reprendió a sí misma. ¿Y qué importaba, al fin y al cabo, que sintiese una atracción por él más explosiva que el monte Santa Helena? Durante los últimos diez días, él le había dejado claro que el sentimiento no era mutuo. De hecho, desde la noche en que se besaron tan apasionadamente, había tratado de evitarla.

Y no era que ella quisiera entrar y exigirle que la amase apasionadamente. Lo último que necesitaba en aquellos momentos era una complicación que suponía una aventura amorosa con Logan Bradshaw. Lo único que iba a hacer era entregar la colada y limpiar un poco, y a continuación se iría.

Además, él estaba en la cuadra ayudando al veterinario con un potro que se había enganchado con unos alambres de espinos sueltos.

Por mucho que le avergonzara admitirlo, fue este último hecho lo que le dio el ímpetu para girar el pomo y entrar en la habitación. Pero tan sólo había dado unos pasos, sin embargo, cuando se detuvo, con los ojos abiertos por la sorpresa.

Lo que había imaginado, negras sábanas de satén, que había visto fugazmente el primer día que se conocieron, espejos en el techo y una inmensa cama de agua caliente, estaba muy lejos de la realidad.

En la habitación había un aparador destartalado. La ventana estaba cubierta por una cortina enrollable y había una cama con un cabecero de metal. Al lado de la cama había una mesilla de noche, sobre la que había un reloj despertador y una lámpara a la que le faltaba la pantalla. A la derecha había un armario y la puerta del cuarto de baño.

Y eso era todo. No había cortinas, ni alfombras, ni espejos. Miró hacia el techo. Nada. Ni tampoco había cuadros, ni libros. Ni revistas. Ni siquiera una televisión o un equipo de música, o una radio. Había una atmósfera minimalista que Glory odió nada más verla.

Moviendo de lado a lado la cabeza, dejó la cesta de la ropa en el suelo y se dirigió hacia la cama, que estaba deshecha. Estiró las sábanas de color beige y se quedó pensativa por la reacción que acababa de tener.

Ella sabía perfectamente que Logan trabajaba entre quince y dieciocho horas al día, lo que no le dejaba tiempo para dedicarse a decorar su habitación. Y el resto de la casa tampoco es que fuera un

palacio. ¿Por qué se preocupaba entonces por el aspecto de aquella habitación?

No era la primera vez que se descubrió pensando que a aquel hombre le faltaba una mujer. Estaba claro, a juzgar por los comentarios inocentes que Christopher hizo, que Logan no salía casi nunca con nadie. Y ella sabía, por experiencia propia, que le atraían las mujeres. Si quería compañía lo único que tenía que hacer era mencionarlo, y seguro que cualquier mujer sin pareja de la zona del Pacífico acudiría a la puerta de su casa, dispuesta a ocupar esa vacante.

¿Por qué entonces estaba sólo? Aunque el matrimonio con su prima hubiera dejado mucho que desear, la mitad de la población sobrevivía al divorcio. Después de todo habían pasado ya seis años.

Desdobló una sábana bajera y la extendió sobre el colchón, dándole vueltas en la cabeza a todo aquello Josh algo tendría que ver en todo aquello, se dijo a sí misma.

A diferencia de Christopher, con quien, por su actitud franca y confiada había sido muy fácil establecer una comunicación, Josh, lo mismo que pasaba con Logan, la evitaba siempre que podía. Y cuando no podía, se mantenía a la defensiva.

La única excepción era cuando ella sacaba a Je'zhar. Entonces siempre iba detrás de ella, aunque ocultándose en algún sitio en el que él pensaba que ella no lo veía, con una expresión en su cara, mientras la miraba trabajar con el semental, mezcla de deseo, cautela y fracaso, como si estuviera deseando algo que él sabía que jamás podría conseguir.

Era una expresión que Glory reconocía, porque le recordaba a ella cuando era pequeña. Recordó cómo era sentir que la gente emitiera un juicio falso sobre ti y no te dieran la oportunidad de redimirte.

Estiró una arruga de la sábana, al tiempo que recordaba la mirada triste de la asistente social, cuando le informó que su tía Louise y su tío Frank no la querían.

«¿Pero por qué? ¿Por qué no me quieren?»

A los veintiséis, ya sabía que la culpa la habían tenido su tía y su tío. Aunque su padre y el de Melanie eran hermanos, nunca mantuvieron una relación muy estrecha, y su tío no se sintió obligado a hacerse cargo de una chica que, a diferencia de la bella Melanie, prefería llevar vaqueros a pantalones de tela.

Movió la cabeza, asombrada de que después de tantos años todavía le doliese el haber sido rechazada. Pero así era. Lo mismo que le dolía lo que pasó después, cuando durante seis años tuvo que vivir en nueve sitios distintos.

Lo cual establecía una diferencia de importancia entre Josh y ella,

pensó, mientras ponía la sábana de arriba, dejándola caer por los lados de la cama. Josh no estaba solo y además recibía el cariño de Logan. Era su tío, pero le quería como si fuera su padre.

Pero ella vivía allí en aquel momento también y ya tenía bastante con la hostilidad de Logan. Y si por los caballos podía lograr que hubiese menos tensión entre ella y Josh, al menos lo iba a intentar.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Ella se volvió, con el corazón en la boca y vio a Logan en la puerta, con los pies descalzos y la camisa fuera.

—Oh, eres tú —logró decir tartamudeando, incapaz de retirar sus ojos de su pecho sudoroso. Un pecho magnífico, esculpido y cubierto de vello rizado oscuro que le llegaba hasta un estómago, tan duro como una piedra. Tenía un color muy bronceado. Seguro que trabajaba sin camisa, pensó ella, mientras se sentía desvanecer.

—Te he hecho una pregunta —le recordó él.

Lo miró directamente a la cara, y de pronto pensó qué era lo que él se podía imaginar que estaba haciendo. ¿Robando las sábanas?

—Estoy cambiando las sábanas y después voy a limpiar.

—Oh —como si no pudiera evitarlo, él la miró y después miró la cama, para volverá mirarla de nuevo. Tenía una expresión extraña, con la piel de sus mejillas muy tirante—. ¿Te importaría salir un momento? —le dijo con brusquedad—. Me tengo que cambiar.

Ella, mentalmente le desnudó en un segundo. Sus hombros eran anchos y dorados por el sol, con una espalda ancha y sin una gota de grasa, con sus piernas rectas y fuertes. Trató de recordar el tipo de calzoncillos que había lavado, al tiempo que especulaba dónde acababa aquel bronceado. ¿En la cintura? O estaría todo el cuerpo bronceado a excepción de...

—Si no te importa me gustaría cambiarme este año —le dijo en tono sarcástico—. Le he dicho a Christopher que se podía venir conmigo a entregar un caballo esta tarde, así que me tengo que ir a esperarlo a la parada del autobús.

—Oh —dijo ella, mientras su cerebro mandaba la orden a sus pies para que se movieran, pero no le obedecían, mientras sus ojos seguían impertérritos, mirándolo. Incapaz de controlar su propio cuerpo, que parecía estar gobernado por algún piloto automático hormonal, intentó buscar una razón para explicarle el porqué seguía sin moverse de allí.

—¿Vendiste un caballo?

Él le dirigió una mirada insondable y después se quitó la camisa.

—Sí. Al fin he logrado comprador para el Afternoon Delight —dijo mientras tiraba la camisa al suelo.

Y con ella fue el corazón de ella. Se sonrojó y miró hacia el suelo.

—¿Es el que tiene una pata blanca?

—Sí.

Glory respiró hondo. Habiendo apartado la mirada de él, se sintió un poco mejor, lo único era que no se podía mover de donde estaba.

—No está mal.

Impaciente, Logan caminó hacia el aparador, pasando por su lado, y sacó una pila de calzoncillos y se fue hacia el baño.

—Me voy a duchar —gruñó—. ¿Crees que habrás conseguido irte para cuando yo salga?

—Seguro —le dijo ella, aunque se le ocurrió pensar qué le diría si le ofrecía restregarle la espalda.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Logan lanzó un juramento y cerró la puerta de golpe.

Je'zhar, el joven semental árabe, que Glory había criado desde su nacimiento, tenía el pelo castaño, con el pelo negro en la crin y la cola, patas también negras y un linaje que se remontaba a más de un siglo.

Como cualquier príncipe, podía ser tremendamente exigente y desde el momento en que Gloryanne ponía su pie en la cuadra, empezaba a moverse impaciente. Glory sonreía. Aunque quería mucho a Faisana, había un sitio en su corazón reservado única y exclusivamente para Je'zhar.

Abrió la puerta de la cuadra y le observó recular hasta el fondo, con las patas tan ligeras como los pies de un boxeador, mientras movía su elegante cabeza y relinchaba para demostrar su displicencia por la reciente falta de atención.

—Hey, Zharie —le dijo, sacándose una manzana del bolsillo y reprimiendo una sonrisa cuando el cuerpo del semental tembló al olor de la fruta—. Mira lo que te he traído.

Si había algo más grande que el orgullo de Je'zhar, era su apetito. En un momento el caballo se olvidó de todos sus resentimientos y se dirigió hacia ella, arrebatándole la manzana de la palma de su mano, rozándolo con sus poderosos dientes.

Ella lo cepilló y le puso una silla de montar muy liviana. A continuación lo sacó y le puso el ronzal que llevaba al hombro.

Era como estar cubriendo un cable de alta tensión. Cuando puso el pie en el estribo notó la tensión acumulada en su grácil figura. Y en el momento en que le dio la orden, el caballo empezó a caminar con paso enérgico, como si sus patas hubieran sido disparadas por una catapulta. Y empezaron a calentar, saltando por encima de unos obstáculos, para después realizar movimientos más complicados.

Pasaron por lo menos cuarenta minutos antes de que ella se diera cuenta de que Josh estaba observándola, escondido en las sombras.

Agarró las riendas y dirigió al caballo hacia donde estaba el chico.

—Hola —le saludó, intentando sonar sorprendida por su presencia —. ¿Qué tal el colegio?

—Bien —le dijo el chico, intentando evitar su mirada.

—¿Tienes las botas puestas? —le preguntó ella, como si no fuera capaz de comprobarlo por sí misma.

El chico se miró los pies.

—Sí... claro —le contestó mientras la miraba con una expresión de curiosidad.

Ella se bajó del semental.

—¿Te importaría ayudarme?

—¿Yo? —le preguntó sorprendido.

—Sí, claro. Me duele el tobillo y este caballo todavía tiene energía de sobra.

Como una polilla atraída por el fuego, el chaval se acercó, hasta que estuvo a tan sólo unos pocos pasos de ella.

—¿Y qué quiere que haga?

—Montarlo, un poco más —le dijo.

—¿Quiere que lo monte? —le preguntó Josh, sin acabárselo de creer.

—Si quieres.

—¡Claro! —exclamó y extendió una mano para acariciar el cuello del caballo, y Je'zhar relinchó cuando percibió el olor del chico.

—Ten cuidado no te muerda —le dijo Glory, entregándole al chico las riendas—. Porque con todos esos manjares que le das. Está claro que los sentimientos de este caballo pasan primero por el estómago.

Tratando de apartarse un poco del caballo, Josh se sonrojó por la referencia a lo que él creía era un secreto.

—¿Cómo sabe que le doy de comer? —murmuró el chico.

—Elemental, mi querido Bradshaw. Al ver que cada vez había menos zanahorias en el frigorífico, y después de comprobar el recibimiento que te ha hecho, la conclusión no es tan difícil.

—¡Oh! —el chico miró a la montura estilo inglés—. ¿Y tengo que montar en eso? —preguntó.

—Sí —le dijo mientras ajustaba un poco los estribos a su altura—. Ya verás como te va a gustar en cuanto la pruebes. Te he visto montar en los caballos de tu tío y montas muy bien. Te sorprenderá cuando compruebes que puedes sentir más el caballo de esta manera. Pero —le advirtió—, tienes que tener cuidado. A diferencia de las sillas de montar de por aquí, en esa no hay ningún sitio donde agarrarse, y Zharie te tirará en el momento que te descuides.

—No se preocupe, tendré cuidado —le dijo.

Glory ayudó al chico a subirse al caballo y luego le dio las riendas y le dijo cómo tenía que agarrarlas, una en cada mano, a diferencia de cómo las llevaban en América, que lo hacían en una sola mano, porque en la otra tenían que llevar el lazo o una pistola.

La siguiente media hora fue una de las que más disfrutó Glory en su vida. Le gustaba enseñar, y Josh era un buen estudiante, y aprendió muy rápido la forma inglesa de montar a caballo, aunque hubo momentos muy graciosos, sobre todo cuando intentaba controlar el trote.

El tiempo pasó volando, hasta que Glory se miró el reloj y se dio cuenta que tenía que darse prisa para preparar la cena.

—Me ha gustado mucho —le dijo Josh, muy colorado, resplandeciente de alegría, mientras se bajaba del caballo—. ¿Puedo montar otro día?

—Claro. Lo has hecho muy bien —le dijo con sinceridad—. Cualquiera que te hubiera visto no habría sabido que era la primera vez que montabas en una silla plana.

—¿Usted cree? —le preguntó.

—Totalmente. Me tendrías que haber visto a mí la primera vez. Tenía diecisiete años y cuando el caballo iba para un lado, yo iba para el otro.

—¿Diecisiete años? Pero usted monta muy bien, como si hubiera montado toda la vida.

—Gracias —Josh la siguió, mientras ella se dirigía hacia la cuadra —. Mis padres tenían unas cuantas hectáreas de tierra y teníamos un caballo. A mi madre le gustaban mucho. Pero aprendí a montar estilo inglés mucho más tarde. Me enseñó una mujer que entrenaba caballos árabes. Al principio me costó, pero Bev y sus caballos me ayudaron mucho.

Glory había pasado el último año al cuidado de Bev Cartwright. Luego se había quedado para ayudar a la anciana mujer, hasta hacía un año, cuando la delicada salud de Bev le había obligado a retirarse. De allí se había ido a trabajar para la empresa Waylan Arabians, cuyo jefe consideró una ganga comprar un magnífico caballo y una esforzada entrenadora por tan sólo una alianza.

—Bueno, al menos usted ha conocido a su padre y a su madre —Josh le dijo, mientras daba una patada a una piedra que encontró en su camino—. Mi madre nunca me dijo quién era mi padre, antes de abandonarme —continuó mientras la miraba con el rabillo del ojo, como si intentará medir el efecto de sus palabras.

Glory intentó no parecer sorprendida. Christopher le había contado que Josh era el hijo de la hermana de Logan, pero ella creyó que su madre había muerto, nunca se le ocurrió pensar otra cosa distinta.

—No me quería y no me quiere —le dijo el chico— Y nunca se casó. Con lo cual soy un bastardo.

—¿Lo dices para sorprenderme? —le preguntó, mientras le entregaba las riendas y se dirigía hacia el otro lado del caballo, para quitarle las cinchas.

—¿No le impresiona? —le preguntó.

—La verdad es que no. Me da lo mismo. No te voy a discutir que no haya gente que piense mal de ti porque tus padres no se casaron. Pero a mí me da igual —hizo una pausa—. Lo que más me preocupa es que no pareces apreciar lo que tienes.

Durante unos segundos, el chico pareció no creerse lo que estaba oyendo. Por la expresión que puso, estaba claro que estaba pidiendo compasión, y Glory pensó que esa era la forma en que reaccionaba la gente cuando le contaba aquella historia. Cuando se dio cuenta que lo que ella había hecho había sido criticarle, se sonrojó.

—¿Qué es lo que quiere decir? —le preguntó en actitud beligerante.

—Quiero decir que deberías enorgullecerte de la familia que tienes, en vez de llorar por la que te falta. Es evidente que tu tío Logan te quiere como si fuera tu padre biológico, y Christopher besa la tierra por donde pisas. Deberías sentirte feliz porque ellos te quieren.

—Usted no lo entiende —le dijo él.

—Puede que no —le contestó, poniéndose de puntillas para quitarle la silla al caballo—. Explícamelo tú.

—Usted es como mi madre y la tía Melanie. En estos momentos piensa que es divertido estar aquí con nosotros, pero pronto se cansará y se irá.

Glory ya había oído eso antes. Josh y su tío tenían bastantes cosas en común, incluido aquel sentimiento de que cuando te sientes amenazado, es mejor atacar. Dejó la silla colgada, agarró un cepillo y empezó a cepillar al caballo.

—No te voy a mentir, Josh. No te puedo decir que vaya a estar aquí cinco años, cinco meses o cinco días. Las cosas están un poco tensas entre tu tío y yo, y no sé lo que va a pasar en un futuro próximo.

—Pero lo que sí te puedo decir —continuó ella diciéndole, mirándole a los ojos—, es que me gustaría que fuéramos amigos. Viva donde viva.

—¿Si le digo que no quiero ser su amigo, no me enseñará a montar al estilo inglés?

—No. Si quieres aprender, yo te enseñaré.

—Puede que todavía no quiera ser su amigo —le dijo, después de haber guardado silencio un minuto.

—Puede que no —acordó ella, dándose la vuelta para seguir cepillando al caballo.

—No la entiendo —le dijo Josh—. ¿Por qué es usted tan comprensiva? ¿Qué es lo que quiere?

—¿De ti? —le dijo suavemente, dejando lo que estaba haciendo para mirarle otra vez—. Lo único que quiero es lo que yo te doy. Una oportunidad, tan sólo una oportunidad.

—Pues yo no quiero, ¿vale?

Y después de decir aquello se dio la vuelta y salió de la cuadra.

Sabiendo que lo mejor que podía hacer era dejarle marchar, Gloryanne no dijo nada y se quedó en silencio, observándole alejarse.

Y después se dio otra vez la vuelta, apoyó la mejilla en Je'zhar y empezó a recordar una conversación similar. Podía oír claramente la voz de Bev, como si aquella mujer estuviera justo frente a ella. Pudo recordar la gravedad en su voz, tan distinta de la compasión que reflejaban sus ojos.

«Deja que las cosas sigan su curso, porque no siempre puedes controlar lo que te pasa. Lo único que puedes hacer es decidir cómo vas a enfrentarte a ellas. Si te regalan unos kilos de limones, puedes elegir entre amargar tu vida o hacer limonada con ellos».

Incluso recordó su propia voz, que era como la que acababa de oír en labios de Josh.

«No sé. No sé».

—Pero ahora sí lo sé —le susurró a Je'zhar, mientras le acariciaba el lomo.

Lo más duro iba a ser encontrar la forma de acercarse a Josh, sin granjearse la enemistad de su tío.

# Capítulo 5

El sol de la mañana iluminó de oro los campos. Tumbado en la cama, Logan se dio la vuelta, se colocó sobre su espalda y se puso la almohada debajo de la cabeza.

Mientras bostezaba, se quedó mirando fijamente la luz que se reflejaba en el techo, intentando decidir si era el sol que pasaba a través de la ventana lo que le había despertado o el aroma a café.

También pensó, frunciendo el ceño, que podría ser las risas que se oían en la distancia, lo que había interrumpido su sueño. Aunque escondió la cabeza debajo de la almohada, oyó con claridad las risas de Christopher y de Gloryanne desde la cocina.

A pesar de que si se lo hubieran dicho no se lo habría creído, no tuvo más remedio que admitir que Gloryanne había más que cumplido el reto que le lanzó. Tenía la casa limpia, la colada hecha, y si no se controlaba en la mesa, iba a tener que comprar unos pantalones con una talla más grande.

Y por si fuera poco, era la mejor ayudante en los establos que jamás había tenido. Además de cuidar de sus dos caballos árabes, siempre estaba dispuesta a ayudar en lo que fuera necesario, ya fuera con el heno, limpiar las cuadras o fregar los pesebres.

Debería sentirse feliz, más que feliz debería estar dando saltos de alegría.

Pero no lo estaba, pensó con tristeza. De hecho, cada día que pasaba se sentía peor. Y no era sólo porque las cosas no habían salido como él había planeado. Ni tampoco porque la lujuria le consumiera, lujuria que no estaba dispuesto a satisfacer.

Había algo más que eso. ¿Pero qué?

Se quedó pensando en la pregunta según se levantaba de la cama. Apoyó los pies en la alfombra, que misteriosamente había aparecido al lado de la cama. Se fue hacia el aparador y sacó un mono de trabajo.

A lo mejor, pensó, mientras se miraba en el espejo, era la impronta de Gloryanne en las cosas que tocaba lo que realmente le preocupaba.

No tenía siquiera que salir de aquella habitación para verlo con sus propios ojos. Era el brillo que había en el aparador, la alfombra al lado de la cama, además de la manta extra y otra almohada. Había colocado cortinas en las ventanas y una pantalla sobre la lámpara de la mesilla de noche. Había incluso una planta con flores a un lado del aparador.

Iba a ponerse las botas, cuando de pronto otro estallido de risa se oyó desde la cocina. Aquel sonido le dio de lleno en el estómago, y lo añadió a la lista de cosas de Glory que le estaban sacando de quicio. Al igual que su presencia en la casa, su risa le provocaba, le hacía

desear cosas que hacía tiempo había decidido no volver a tener jamás. Como por ejemplo la compañía, un cuerpo suave y amable al que poder abrazarse por la noche.

Pero aquel deseo tan sólo aumentaba su frustración, porque le recordaba lo contraproducente que era desear algo que él sabía que era sólo una falacia.

Porque con el tiempo, inevitablemente, ella se iría. Posiblemente en aquel momento se lo estaba pasando bien cuidando de la casa, de los chicos e incluso de él mismo, pero sabía que aquello no podía durar. La había visto con aquel semental y era muy buena, demasiado buena como para quedarse en Columbia Creek mucho tiempo, dijera ella lo que dijera.

Más tarde o más temprano se cansaría de todo el trabajo, se hartaría de los chicos, se acordaría de todo su pasado y los abandonaría. ¿Y si para entonces él la hubiera dejado meterse en sus vidas más de lo que ya estaba, qué haría cuando se fuera?

Un vistazo al reloj le sacó enseguida de sus pensamientos. Se dio cuenta de que se había dormido.

Frunció el ceño. La noche anterior se había acostado muy tarde, porque una yegua había tenido dolor de tripa, y cuando se fue a la cama no se podía dormir. Pero juraría que había puesto el despertador.

Agarró de prisa las botas, se las puso y se metió en el baño a afeitarse. Mientras se miraba al espejo pensó que lo único bueno de ese día era que no se tenía que bañar.

Se había dado tantas duchas de agua fría últimamente, que la piel se le estaba empezando a escamar.

—¡Me rindo! —Le estaba diciendo Christopher a Gloryanne, quien estaba de pie en la cocina, echando unos huevos en la sartén—. ¿Por qué los caníbales no comen carne de payaso?

—Porque se mueren de risa —le contestó ella mientras echaba zumo de naranja en los vasos.

El niño empezó a reír a carcajadas y enseguida le dijo:

—Cuéntame otro, por favor.

Gloryanne reprimió una sonrisa, cuando Josh hizo un gesto de desesperación con los ojos.

—Ya no me sé más.

—Por favor —suplicó.

—Bueno, si intento a lo mejor me acuerdo de otro más.

—¡Venga!

Aunque el niño no se parecía mucho a su padre, la verdad es que tenía el atractivo de los Bradshaw, pensó Gloryanne. No obstante lo mejor era convencerle para que hiciera otra cosa o nunca podría

terminar su desayuno.

—Vete a preparar las cosas para el colegio, o tendremos que correr para llegar a tiempo.

—Está bien —le dijo el chico—. No puedo creerme que de verdad nos vas a llevar al cole. Qué ilusión.

Siempre tenemos que ir en autobús, porque papá siempre está trabajando. ¿Me puedo sentar en el asiento de delante?

—No creo que a Josh le importe. ¿Te importa Josh?

—Bueno —respondió el muchacho.

—¡Bien! —gritó Christopher muy feliz.

Era tan fácil complacerlo. Glory se llenó de ternura cuando le observó muy serio ponerse la servilleta en su regazo y los cubiertos en la mesa.

Glory puso un plato con lonchas de bacon encima de la mesa, luego se volvió a la cocina y empezó a hacer huevos fritos. A continuación puso las tostadas y sirvió la leche.

—¿Por qué nadie me ha llamado esta mañana? —preguntó Logan, mientras se echaba una taza de café.

—Pues porque necesitabas dormir—le dijo ella con naturalidad.

Logan tenía un horario de trabajo que llevaría al hospital al más pintado, durmiendo tan sólo cinco o seis horas al día. Y cuando ella se quedó observándolo la noche anterior, mientras estaba en el granero, viendo el cansancio que se acumulaba en sus hombros, decidió dejarlo descansar por la mañana.

—¿Sí? —la mirada que le echó era tan fría como un a noche del mes de enero—. ¿Por qué no vas al establo y se lo dices eso a los caballos? Pero ten cuidado a ver si no te sueltan alguna coz, porque no les gusta mucho estar con el estómago vacío.

—Glory y Josh ya los han dado de comer —Christopher le comunicó inocentemente.

Él se quedó paralizado, mientras se llevaba la taza a la boca.

—¿Qué?

—Josh pensó que lo mejor era que descansaras un poco —le dijo ella, mientras le ponía un plato con huevos y miraba a Josh, quien abrió la boca para eximirse de cualquier responsabilidad al respecto—. Así que nos hemos encargado de todo. ¿Quieres más café?

—¿No vas a dar las gracias? —le preguntó Christopher.

—Gracias —le dijo, mirando hacia Josh, para después dirigir su mirada a Gloryanne, observando sus movimientos por la cocina—. Y a ti también.

—De nada —le contestó, aunque la verdad es que él no parecía estar muy complacido. No es que esperara una manifestación exagerada de gratitud, pero tampoco le gustaba aquella actitud, como

si la estuviera condenando por algo—. Mereció la pena sólo por ver a Josh tambalearse por todas partes. No he visto a nadie que le cueste tanto despertarse.

—No todo el mundo se levanta como tú, alegre y contento —le dijo Josh.

—Me gustan mucho las mañanas —puso un plato con tostadas junto al codo de Logan—. Todo está tan tranquilo. Sientes que hay un montón de posibilidades por delante —continuó diciendo, mientras sentía la mirada de Logan, observándola, mientras ponía todas las sartenes en el fregadero.

—Cuando terminéis ponéis los platos en el fregadero —les dijo mientras se quitaba el mandil y se ponía una cazadora de esquiar de color cobre—. Pondré el lavavajillas más tarde.

—¿Dónde vas? —le preguntó Christopher.

—Voy a buscar mi bolso y a arrancar el Jeep, para que se caliente —se subió la cremallera de la cazadora y el cuello, sacándose la coleta, de un grácil movimiento.

—¿No desayunas? —siguió indagando el niño.

—Ya me he comido una tostada —le contestó encogiéndose de hombros—. Y deja ya de hablar y desayuna rápido que vamos a llegar tarde. Volveré en diez minutos a por vosotros y a por los pastelillos.

Ya iba por el porche cuando oyó que Logan le preguntaba a los niños:

—¿Pastelillos? ¿De qué va todo esto?

—Es para celebrar el día de Colón, papi —le contestó Christopher entusiasmado— la señorita Sandman nos dijo que le pidiéramos a nuestras mamá que nos hicieran algo, y yo se lo dije a Glory.

—Christopher —le reprendió el padre, dando un suspiro.

—Pero si Glory dijo que no le importaba hacerlo. Incluso ha hecho banderitas para ponérselas, con los nombres de la Niña, la Pinto y la Santa María. ¿A que son chulis?

—Es la Pinta, no la Pinto —le corrigió Josh soltando una carcajada.

—¡No, lo es! —le contestó Christopher.

—¡Sí! —insistió Josh.

—Dejadlo ya, chicos —intercedió Logan.

Glory siguió en el porche, escuchando toda la conversación. De pronto el sonido de las botas de Logan la sacaron de su ensimismamiento.

—¿Qué es eso? —le preguntó Logan a Gloryanne.

Era un día por la tarde y cada uno estaba en un extremo del porche.

Apoyada sobre el quicio de la puerta, Gloryanne maldijo su mala suerte. Desde la mañana, ya hacía unos cuantos días, en la que él le respondió de manera tan poco sociable, por ayudarle en sus tareas,

ella había tratado de evitarlo.

En aquel momento, estaban frente a frente, solos, sin los niños delante. La había pillado con las manos en la masa, haciendo algo que se lo iba a confesar más tarde.

—¿Y bien? —le dijo Logan, indicando con la cabeza el bulto que se rebullía en los brazos de ella.

Intentando quitarle hierro al asunto, miró para abajo como si no se hubiera dado cuenta de que tenía un cachorro de perro, hasta que él lo mencionó.

—¿Esto? Se llama Fred. Lo voy a entrenar para que traiga el periódico. Espero que te gusten los perros.

Logan la miró y observó el considerable tamaño del cachorro.

—Eso no es un perro. Es casi un potrillo —le dijo muy serio, mientras alcanzaba el sombrero, que estaba en el perchero. Como el resto de la casa, el perchero relucía, pero aunque Logan se diera cuenta, no hacía nunca ningún comentario de agradecimiento. Su actitud sombría nunca cambiaba. Se puso el sombrero—. ¿De dónde lo has sacado? ¿Qué vas a hacer con él?

—Me lo dieron los Nielsen —le contestó, pensando al mismo tiempo que era una pena que se hubiera tapado el pelo con el sombrero. Tenía un pelo precioso, oscuro, fuerte y brillante. A la luz del sol brillaba como un sable—. Fui allí porque tenía que comprar algunas cosas y me lo dieron.

—¿Sabes que el único perro que Bridget Nielsen tiene es un gran danés?

—Sí. Bridget me dijo que cree que su padre es el perro de Barnhard —Fred, que era el nombre que le puso al cachorro, alzó la cabeza y empezó a chuparle la camiseta.

—¿Y te ha dicho que el perro de Barnhard es un San Bernardo?

—Creo que sí —Gloryanne admitió.

—Es feísimo —le dijo mientras miraba al cachorro.

—No, no lo es, es precioso.

—Pero si tiene color barro. Y además tiene las patas como una cigüeña.

Glory miró a Logan enfadada y se fue hacia la cocina, a pesar de que él estaba de pie, en la puerta, como un tronco.

—La belleza no lo es todo en esta vida.

—¿No? —le preguntó, mientras se encogía de hombros. A continuación se cruzó de brazos y se apoyo en la puerta, con un aire de autoridad muy masculina— Puede que eso sea cierto. Pero en este caso no importa, ya que vas a tener que devolverlo.

—No lo voy a devolver —le respondió, mientras trataba de entrar en la cocina.

—Yo no tengo tiempo para cuidar de un perro —le dijo.

—Pero si el perro no es tuyo —dijo ella, tratando de ignorar el hecho de que los hombros de él eran dos veces los de ella, y que con sus botas vaqueras puestas, por lo menos le sacaba treinta centímetros.

—Tú ya me entiendes.

—Pues no. Fred es mi perro —pero no era su tamaño lo que la ponía más nerviosa, sino su proximidad.

—Magnífico. Traes un cachorro del que seguro Christopher se encapricha nada más verlo, y cuando tú te canses de jugar a la casita de la pradera, o a lo que quieras que estés jugando, y te vayas de aquí, mi hijo se queda con el corazón roto, o yo tengo que cargar con un perro del tamaño de un elefante —con las manos en las caderas le manifestó su desagrado.

Pero Gloryanne no entró al trapo.

—Así que esas tenemos —le dijo, ignorando el extraordinario efecto que aquel hombre tenía en sus hormonas. Dejó el cachorro en el suelo y se estiró, muy estirada—. Escucha lo que voy a decir, Bradshaw. Yo no me voy a ir a ningún sitio. Yo vivo aquí.

—Ahora —recalcó él.

—Está bien —le contestó ella, levantando las manos, como dándose por vencida—. No tengo ganas de regañar. Tienes razón vivo aquí, ahora. Lo cual no te da derecho a decidir si puedo o no puedo tener un perro.

Él se quedó con la boca abierta y después la cerró de pronto, con un sentimiento de frustración, evidente en la expresión de su rostro. Ella se aprovechó de su ventaja y puso fin a la discusión.

—Mira, yo me pongo un poco nerviosa en mi apartamento, cuando estoy sola por la noche. Pensé que un perro me haría sentirme más segura, y también me haría compañía. Y por lo que se refiere a Christopher, podría servirle de compañero también. No sé si te habrás dado cuenta, pero pasa un montón de tiempo solo.

La cara de Logan le cambió por completo.

—No tienes que decirme cómo tengo que educar a mi hijo —le advirtió.

—No estoy tratando de decirte nada —le respondió—. Pero alguien tendrá que decir algo. Tú te pasas todo el tiempo trabajando. ¿No va a poder tener el niño ninguna diversión? ¿O no crees que es necesario tampoco?

—Espera un momento —empezó a decirle, pero cuando iba a continuar un gruñido felino y estruendoso que sonó como a un avión iniciando el despegue, seguido por un grito de terror canino y de pronto Fred salió corriendo hacia ella, seguido muy de cerca por el gato.

Durante un segundo reinó el caos, pero Logan de pronto gritó:

—¡Muff! —el gato, al oír aquella voz se quedó parado al instante, se dio la vuelta y se fue hacia la casa.

Fred estaba temblando, enroscado en las piernas de Glory. Ella se agachó, y trató de calmarlo.

—Tranquilo. Pobrecillo —le susurró, mientras le pasaba la mano por el lomo y le acariciaba debajo de las orejas.

—No parece que te pueda proteger mucho —Logan le dijo disgustado—. Si se asusta al ver un gato, ya veremos lo que pasa cuando se acerque a tu apartamento un intruso.

—Ahora es un cachorro —dijo Gloryanne defendiéndolo, y se dio la vuelta para mirarlo de frente. En el mismo momento en que ella se dio la vuelta, Logan dio un paso hacia el frente, se chocaron y ella rebotó literalmente contra su pecho. Perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás, hasta que él extendió los brazos y la agarró, para que no se cayese. Ella le miró a los ojos, y de pronto se acordó de la noche en el granero, y cómo se había sentido cuando la había tenido entre sus brazos, tan cerca de su fuerte y suave cuerpo.

De pronto tuvo dificultades para respirar. Su pulso se aceleró, su cabeza le daba vueltas y sintió que sus pezones se endurecían y rozaban la tela de algodón de su camiseta.

Ambos se quedaron muy quietos, y él empezó a mirar su cuerpo, fijándose en sus palpitantes pechos. Cuando sus ojos se detuvieron en los extremos de sus pechos, él tragó saliva, y Gloryanne sintió un escalofrío.

—Logan —le dijo con voz sensual. Él la miró con una expresión indescifrable, y en aquel momento ella se dio cuenta que deseaba que la besara de nuevo. Lo que era peor, lo deseaba con una intensidad que hacía mucho que no sentía.

Los pensamientos acudieron a su cabeza como una ola de calor tropical, calentándole la sangre, acelerándole los latidos del corazón, hasta que recordó lo que había pasado aquella noche en el granero. Él controlándose. Ella perdida en un mar de deseos. Y cómo la había rechazado.

Dio un profundo suspiro, recordando la humillación que sintió en aquel momento y decidió no repetir una invitación que él ya había rechazado una vez.

—Haré un trato contigo —logró decirle casi sin fuerzas, rezando por salir de aquella situación con la mayor dignidad posible.

—¿De verdad? —murmuró él, con esa voz aterciopelada que la volvía loca. Escondida en la sombra del ala de su sombrero, no pudo descifrar su mirada.

—Si me marcho, tú decides si Fred se viene con migo o se queda. Y

si decides que se quede, dejaré dinero para su comida —tragó saliva —. ¿Vale?

Logan se quedó mirándola a los ojos, y por un segundo ella creyó ver que la miraba desconcertado. A continuación apretó la boca y le dijo:

—¿Qué has dicho?

—Te he dicho —empezó de nuevo, rezando a Dios para que aquella vez dijera algo con sentido—. Que tú eliges si quieres quedarte con Fred o no y...

—Ya te oí —le respondió.

Perpleja, lo vio ponerse colorado, y se preguntó qué era lo que había hecho para que el brillo zafiro de sus ojos cambiaran a un color cobalto.

De pronto él se apartó, y sin el apoyo de su cuerpo que la sostuviera, ella casi se cae al suelo. Logan ni se dio cuenta, porque ya se dirigía a grandes pasos hacia la puerta.

—Está bien —le dijo.

—Pero yo no quería decir que.... —intentó decirle, mientras le veía cómo abría la puerta de un manotazo, golpeándola contra la pared de la casa.

—No me esperes a cenar esta noche —le dijo volviendo la cabeza —. Cenaré en Nile —y sin más explicaciones se metió en el camión y salió a toda velocidad.

Glory se quedó mirando a Fred.

—¿Y tú que piensas de todo esto?

Fred emitió un quejido.

Glory se dirigió al patio, observando la nube de polvo que había dejado la marcha del camión.

—Tienes razón Fred —le dijo al perro—. Los hombres son como los gatos. ¿Quién los puede entender?

# Capítulo 6

El sonido de los pasos subiendo las escaleras de su apartamento la asustaron. Echó un vistazo a Fred, que estaba dormido sobre una manta, en un rincón. Ni siquiera se movió. Vaya una protección.

Sonriendo, echó a un lado la manta que le cubría las piernas, y dejó la novela romántica que estaba leyendo. Se levantó y se dirigió hacia la puerta para ver si eran los chicos, que subían por las escaleras.

Cuando se había ido de la casa, hacía media hora, estaban bien. Christopher se había ido a la cama y Josh se había quedado estudiando para un examen de historia.

De pronto le entró pánico al pensar si no tendría que haberse ido tan pronto de la casa, si tendría que haber esperado a que Logan volviera. A lo mejor Christopher se había puesto enfermo o Josh había sufrido algún accidente.

—Hola —saludó Logan, desde el otro lado de la puerta—. ¿Tienes un minuto?

No parecía que hubiera pasado nada, a juzgar por su aspecto. Sin embargo no pudo evitar preguntarle:

—¿Están bien los chicos?

—Hace medio minuto estaban perfectos. ¿Puedo entrar?

—Claro, por supuesto —le dijo invitándole a pasar. Se quedó observándole dirigirse hacia el pequeño salón, después de pasar la entrada y el dormitorio.

El tamaño del apartamento le había parecido confortable hasta la llegada de Logan. En aquel momento con aquellos anchos hombros y largas piernas, sin mencionar el resto de su cuerpo, parecía faltar espacio por todos lados. Aún así, la sensación en su estómago, la pillaron desprevenida. Nunca había sentido claustrofobia, hasta ese momento.

Logan no había puesto un pie en el apartamento desde que se fue la última ama de llaves. Se fijó en el sillón, en la mecedora, la mesa y la lámpara, muebles que él mismo había comprado ya hacía bastantes años. Todo tenía el mismo aspecto, pero con más vida, por la cantidad de plantas que había y los cojines verdes y color crema. No tuvo más remedio que admitir que Gloryanne había cambiado aquel sitio.

Levantó el libro que estaba abierto boca abajo, en la mesa, y lo volvió a dejar de la misma forma. Se fue hacia la ventana, donde en una estantería había tres fotografías, un cassette, más libros y plantas. Pasó un dedo por una hoja de una plata igual a la que ella había colocado en su habitación.

—¿Cómo se llaman estas plantas?

—Violetas africanas —le respondió Gloryanne, sentándose en la

hamaca. Los pantalones cortos se le subieron, miró a Logan para ver si la miraba y rápidamente se los bajó—. Son plantas muy duras, muy sencillas y que no requieren mucho cuidado. Tienen que echar muchas raíces para que florezcan, pero cuando florecen, dan flores todo el tiempo. Y se ponen preciosas —de pronto se dio cuenta que se estaba lanzando a hablar y guardó silencio, para comprobar cómo su inquietud iba en aumento al verlo examinar las fotos de la estantería.

Se preguntó porqué le molestaba tanto que él mirara todo. No es que le preocupase lo que estaba viento. Había una foto de ella cuando era niña, junto a sus padres. La única foto que los bomberos habían logrado salvar del fuego que les arrebató sus vidas. Una foto de ella junto a Bev, en una fiesta en la que celebraban su décimo octavo cumpleaños.

Pero la foto que pareció interesar más a Logan era la más grande, y también la más reciente, una que fue tomada en una feria de caballos. En la foto, ella estaba montada sobre Je'zhar, con traje inglés de montar, sonriente y feliz al haber conseguido el primer premio y una ensaladera de plata.

—Eso fue en Phoenix, la primavera pasada —le dijo mientras él seguía observando la foto—. Un premio que ganó Je'zhar.

—¿Quién es el tipo?

Glory ni siquiera se acordaba que Jack también estaba en esa foto.

—Jack Wayland. El hombre para el que yo trabajaba.

Logan frunció el ceño. A una cierta distancia de Glory y de Je'zhar, aquel tipo era rubio y bien parecido, y estaba mirando a Gloryanne como si fuera de su propiedad.

Puso la foto boca abajo y se volvió. —¿Era tu amante?

—No creo que eso sea de tu incumbencia.

—Es posible que tengas razón —le dijo encogiéndose de hombros, pensando que en realidad lo que le irritaba de aquella foto era ella y no pensar que se podía haber ido a la cama con aquel tipo—. Pero no es por eso por lo que he venido —se fue hacia el sillón y se sentó.

—¿Y a qué has venido? —le preguntó ella. Él estiró las piernas, y las cruzó a la altura de sus tobillos y se recostó en el sofá.

—He venido a dejar unas cuantas cosas claras sobre tu relación con Christopher.

—¿El qué? —le preguntó muy tensa.

—Quiero que dejes de hacer todo lo que haces por él.

—¿Como qué?

—Como traer perritos a casa y cocinar pastelillos para que se los lleve al colegio.

Ella se mordió el labio y le observó con detenimiento.

—Reconozco que a lo mejor me pude equivocar con el perrito. Te

tendría que haber consultado primero. Pero la verdad es que vi a Fred y perdí la cabeza —le dijo mientras inclinaba a un lado la cabeza—. Pero no entiendo muy bien tu otra petición. ¿Por qué no puedo hacer pastelillos para él?

—No son los pastelillos y tú lo sabes. Son las cosas que haces, como enseñarle a atarse los zapatos, o decirle que le vas a hacer un disfraz para carnaval.

—¿Y qué hay de malo en ello? —le preguntó.

—Pues que no quiero que piense que puede depender de ti —le dijo con franqueza, tratando de no pensar en que lo mismo se podía aplicar a él—. Es sólo un niño, y no entiende esas cosas. La gente no siempre es lo que parece.

La forma en que dijo aquello le puso furiosa. Respiró hondo, e intentó relajarse, y cuando se pensó dos veces lo que le había dicho, tuvo que admitir que tenía razón. Incluso pensó que era admirable, porque había muchos padres que ni siquiera se preocupaban de esas cosas.

Por un momento estuvo tentada a contarle la verdad. Estuvo tentada a contarle su niñez, explicarle que ella sabía perfectamente lo que era no tener una madre y que precisamente por eso hacía lo que hacía por Christopher. A lo mejor si se lo explicaba todo a Logan, comprobaría que ella nunca, nunca haría nada que pudiera herir al niño. A lo mejor entonces se relajaba y dejaba de preocuparse tanto.

Pero antes de que pudiera abrir la boca, él continuó:

—Y también quiero saber lo que está pasando entre tú y Josh. La otra mañana, en la cocina, vi claro que has encontrado la forma de traspasar el muro que se ha construido el muchacho para protegerse de sí mismo. Quiero saber qué es lo que te propones.

Aquello casi la vuelve loca, pero cuando le respondió estaba muy tranquila.

—Es muy interesante que Josh me haya preguntado lo mismo que tú. Como si pareciese imposible que puede que me guste el chico, sin más. Tanto él como Christopher son dos chicos encantadores.

La sonrisa de Logan era un tanto cínica.

—Sí, es verdad, a pesar de que ninguna de sus madres les importó mucho. A lo mejor es por eso por lo que tu explicación no me impresiona lo más mínimo. Por experiencia sé, que cuando las cosas se complican, las mujeres levantan el vuelo. Y yo no quiero que hagas daño a Josh o Chris, sólo porque quieras explorar un poco tu lado maternal.

Glory lo miró y se dio cuenta que estaba apretando con fuerza los brazos de la hamaca.

—Ya entiendo —le dijo, alejándose de él. De no hacerlo, no tenía

claro si resistiría la tentación de darle una bofetada. Cuando estuvo a una distancia prudencial, se volvió para mirarlo—. ¿Y qué es lo que quieres? ¿Que los dos chicos sean igual que tú? ¿Que los dos chicos no confíen en nadie que nazca con dos cromosomas X de más?

Su expresión se endureció.

—No, eso no es lo que quiero —agarró el libro que había encima de la mesa y aireó las páginas—. Pero tampoco quiero que piensen que una ridiculez que llaman amor va a solucionar todos sus problemas —y volvió a dejar de un golpe el libro sobre la mesa—. Porque los dos sabemos que eso no es así.

—Habla por ti —Gloryanne le respondió. A pesar de lo que le había pasado con Jack, ella sabía que el amor existía, y no sólo porque lo había leído en los libros. Las novelas de amor no serían tan populares si la gente no supiera que las historias que se contaban en ellas eran reales. Era algo que había comprobado y sabía muy bien. Había visto aquel sentimiento entre sus padres, cuando estaban vivos.

—Supongo que crees en cuentos de hadas y finales felices, ¿no es cierto?

—Lo que yo creo es que puedes sacar una rana de una charca, pero que eso no le convierte en un príncipe —le dijo, apretando los dientes.

—Muy lista. Pero no responde a la pregunta que te he hecho sobre mi sobrino.

—Yo no le estoy haciendo nada diabólico, sólo pretendo enseñarle a leer y escribir correctamente en inglés.

—Pues no quiero que lo sigas haciendo —le dijo. —¿Y si me niego? —le retó ella, mirándole a los ojos.

—Ni se te ocurra —le advirtió, levantándose de la hamaca.

Ella se cruzó de brazos, y él se dirigió hacia ella, con una mirada fría y desconcertante.

—No me das miedo —le dijo Glory, cuando él se detuvo a escasos centímetros de ella. Para demostrarle que se lo decía de verdad.

—Pues te debería dar —le dijo con voz aterciopelada.

—¿Sabes cuál es tu problema?

—¿Cuál?

—Que has pasado demasiado tiempo entre niños y caballos, que te obedecen porque tú eres el jefe. Pero tú no eres mi jefe —le puso las manos en su pecho y le dio un empujón, y aunque no le empujó muy fuerte, él se tambaleó.

Logan le agarró las muñecas y la abrazó, bajando la boca para acallar la protesta que él esperaba saliera de sus labios.

Pero Gloryanne no se resistió, a pesar de sus bravuconadas. Se entregó con una rapidez inusitada, ante el olor cálido y masculino que expedía su cuerpo, un olor que hacía que sus rodillas se doblaran.

Saboreó sus labios y quiso más, y cuando la lengua de él acarició sus dientes y le soltó las muñecas, ella le puso las manos en la nuca y le empezó a acariciar, intentando que se acercara más y más.

Él le metió sus dedos entre el pelo, acariciando la masa sedosa con una mano, mientras que con la otra le sujetaba la cabeza para intensificar el beso. Ambos empezaron a caminar hacia atrás, frotando sus cuerpos a un ritmo ancestral que sólo ellos podían oír en aquellos momentos.

—Sí —Glory murmuró. Sentía que la sangre le hervía, mientras él le daba besos en el cuello— Sí, sí.

Y de pronto sus piernas tropezaron con el sillón y ambos cayeron sobre él.

Logan respiraba con fuerza.

—Glory —dijo, mientras recorría su cuello con la lengua, hasta negar al lóbulo de su oreja—. Me estás matando...

Ella apretó su cara contra su cuello y sonrió, al comprobar su estado de excitación. Estaba claro que él la quería, y ella también le quería a él.

Logan gruñó, cuando ella le mordió suavemente el lóbulo de la oreja, devolviéndole el favor, bajando sus manos del trasero a los muslos, apretándola aún más contra su cuerpo, y a continuación metiéndole la mano por debajo de los pantalones cortos, para acariciarle la sedosa piel de su trasero, algo que la dejó sin respiración.

Ella empezó a desabrocharle los botones de la camisa de algodón negra, hasta que pudo meterle las manos por dentro. En las palmas de la mano sintió la suave textura del pelo de su pecho, y sus pectorales eran tan suaves y duros como el bronce pulido.

—Ahora tú —le dijo él con voz ronca.

Ella estaba tan perdida en el torbellino de sensaciones, que por un momento no entendió lo que le decía.

—¿Qué?

—Tu camisa —repitió—. Quítatela.

Más que dispuesta a hacer lo qué él le pidiera, ella se levantó y empezó a desabrocharle los pequeños botones perlados, cuando de pronto fijó su mirada en una bolsa de papel que había en una esquina. Se quedó mirando fijamente, preguntándose el porqué se sentía tan preocupada. Después de todo tan sólo era el disfraz de Christopher.

De pronto su mente apasionada se quedó pensativa. Si Logan se salía con la suya, ella no iba a ser nada más que una especia de señora contratada para los chicos. ¿No le había dejado claro que no confiaba en las mujeres? ¿No le había dicho que cuando las cosas se complican las mujeres desaparecen? Él pensaba que las mujeres eran egoístas y

mercenarias, y que se podía confiar en ellas menos que en una manada de tiburones.

De pronto sintió una sensación extraña en su estómago. Porque sabía que aunque él la deseaba en aquellos momentos, una vez hubiera satisfecho su deseo, seguro que iba a sacar dos conclusiones. Una, que ella había hecho el amor con él para intentar convencerlo, o que ella no le importaban los chicos nada en absoluto. Y que sólo se los había ganado para atraer su atención. Lo cual no era para nada verdad.

Pero nunca convencería a Logan de lo contrario, que ya había manifestado que no confiaba en las mujeres.

—Lo siento, Logan. No puedo —y se separó.

Logan no fue demasiado rápido en reaccionar.

—Espera un momento —le respondió, moviendo la cabeza como para aclarar todo—. ¿Qué te pasa?

Intentando ocultar sus manos temblorosas, Glory se abrazó a sí misma y se apartó, mientras él se levantaba.

—No puedo hacerlo —repitió—. No está bien.

Él frunció el entrecejo, pero no se movió.

—Vamos a dejar de jugar, princesa —le dijo, al cabo de un minuto, quedándose muy quieto mientras la observaba—. Los dos somos adultos. Yo te quiero y tú me quieres.

—Sí —afirmó ella temblando—. Yo sí te quiero. Pero no de esta forma.

Él se puso las manos en los muslos, como deteniéndose a sí mismo para no lanzarse sobre ella.

—Hay nombres para mujeres que juegan estos juegos —le dijo.

—Ya lo sé —murmuró ella, desconsolada. Se aclaró la garganta—. Pero yo no quería provocarte. Es sólo que, que yo no puedo comportarme como me pides con Christopher y Josh. Yo no puedo actuar como si tan sólo fuera un ama de llaves para ellos, que trabaja de nueve a cinco de la tarde —le dijo levantando el mentón y mirándole a los ojos—. Porque digas lo que digas son chavales que aprecio y no quiero cambiar mi actitud hacia ellos.

Logan se quedó mirándola, pensando en sus palabras, sus párpados pesados y entornados, mientras le miraba la boca y las marcas que le había dejado de la barba en su delicada piel, sintiendo deseos de decir alguna burrada.

Pero se levantó lentamente, sin ninguna expresión en su cara y se abrochó los botones de su camisa. —Sí —le dijo, con voz áspera pero sin ira, para su sorpresa—. Debí imaginármelo —apartó la mirada de ella y empezó a meterse la camisa por debajo del pantalón, con movimientos muy bruscos.

—Logan....

—Te aconsejo que te estés quieta...

—Pero...

—Te lo voy a decir muy claro, princesa, dame la más mínima excusa y te tiro al suelo y te hago lo que los dos estamos deseando. Y te juro que no paro hasta conseguirlo, sin necesidad de estar tonteando con juegos. Una sola palabra y estaré dentro de ti en un abrir y cerrar de ojos.

Y era evidente que hablaba en serio. Así que ella se puso la mano en la boca para suprimir el deseo que provocaron en ella sus palabras.

Después de ver su reacción, Logan hizo una mueca con la boca, como si fuera una sonrisa. Y sin decir una palabra, salió de la habitación, dejando a Glory allí sola, con el cuerpo palpitando de deseo.

Había sido una batalla perdida.

Glory apoyó la cabeza contra el mango de la pala y se secó el sudor de la frente. Debía estar loca para pasar un sábado matándose a trabajar de aquella manera, pensó.

Pero le había parecido la mejor idea cuando se levantó aquella mañana. Cada vez que veía el huerto que había a un lado del porche, lleno de maleza, se había preguntado cómo podría quedar si lo limpiaba todo un poco.

La imagen la tenía muy clara en la cabeza. A un lado pondría las forsythias, que alegrarían el ambiente en los días oscuros de primavera, y a la izquierda, en la esquina, pondría unas cuantas lilas, y una planta de lavanda. Y luego plantaría los bulbos. Ya había plantado unas cuantas docenas de pensamientos. La próxima vez que fuera a la tienda le preguntaría a Bridget si tenía algún catálogo de semillas y pediría unas cuantas más.

Sí, le apetecía aquella idea. O al menos, se dijo a sí misma, eso era lo que por lo menos pensaba hacía veinte minutos, que era cuando había empezado a sospechar que tenía una hernia. ¿Pero quién se podría haber imaginado que la tierra era tan dura?

Un discreto carraspeo la sacó de sus pensamientos y le hizo girar la cabeza hacia la derecha, donde vio a Josh mirándola con cara de curiosidad, apoyado de forma negligente contra la pared, con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Qué haces?

—Imaginarme cómo va a quedar todo esto después de plantarlo —le dijo sin pensar, pasándose el brazo por su frente sudorosa— ¿Se ha levantado ya Christopher?

—No, está durmiendo todavía —le respondió, moviendo la cabeza. Y levantó la carretilla cargada de maleza—. ¿Has visto al tío Logan?

Glory sintió que un escalofrío le recorría la espalda, a la pregunta inocente de Josh. Pero fue una pregunta que le hizo recordar de forma muy gráfica y al detalle el físico de Logan.

—Se ha ido a Quincy —le respondió, intentando controlar el temblor de su voz.

—¿Un sábado? —Josh le preguntó sin creérselo—. Pero si siempre se queda en casa los fines de semana, para estar con Chris y conmigo.

Glory se sintió culpable. La noche anterior, que habían estado juntos, había supuesto el inicio de una paz entre ellos. Durante la semana anterior las hostilidades habían cesado, por lo menos en la superficie, y se estaban llevando mucho mejor de lo que cabía esperar. Al menos si se dejaba pasar por alto el hecho de que ambos se intentaban evitar, para acallar así el fuego de su pasión.

Una pasión que se negaba a extinguirse, y que por desgracia aumentaba día a día con cada mirada, con cada roce accidental al pasar de un sitio a otro. Y todo eso parecía que estaba alejando a Logan de los chicos, las dos personas que más amaba en este mundo.

Glory se sintió más culpable.

—Estará de vuelta esta tarde.

—Bien —Josh se aclaró la garganta y cambió de conversación—. ¿Quieres que te eche una mano? —le preguntó de forma desinteresada, que Glory sabía que utilizaba para protegerse, cuando la respuesta que le pudiera dar el otro realmente tenía importancia para él.

—¿Quieres de verdad ayudarme?

—Claro —le contestó, mientras pisaba un gusano de la tierra.

—Pues venga —le dijo ella—. Porque la espalda me empieza a doler, y el tobillo también.

El chico se fue hacia ella y agarró la pala.

—Entonces yo cavo, mientras tú vas a descargar la carretilla, ¿vale?

Ella intentó no reírse, y pensó que las formas dictatoriales estaban en los genes de los Bradshaw. Pero no iba a rechazar la ayuda que le estaba ofreciendo, así que hizo lo que el chico sugirió, parándose no obstante en el garaje a buscar otra pala. Y los dos trabajaron codo con codo, como buenos amigos. Y en la mitad del tiempo que ella lo habría hecho, la tierra estaba lista y preparada para plantar.

—¿Y qué vas a plantar aquí? ¿Verduras?

—Flores —le dijo con aire de satisfacción—. Un montón de flores, para que nunca falten.

—¿Y por qué?

—Yo conocía a una persona —su madrastra número cuatro—, que plantaba flores y nunca cortaba ninguna para la casa. Yo siempre pensé que era algo triste, como si alguien hiciese pasteles de Navidad

para los invitados, pero no para comer tú algunos. Tanto trabajo para no disfrutar de le que haces. Yo quiero plantar suficientes flores para que el año que viene podamos llenar todas las habitaciones, si queremos.

—¿De verdad? —le dijo el chico, quitándose la camiseta, dejando al aire un cuerpo musculoso y unos hombros que ya se estaban empezando a ensanchar. Se secó la cara con ella.

—Ya lo verás. Allí voy a plantar....

—No —le interrumpió él— Quiero decir si vas a estar aquí el año que viene —le dijo, mirándola directa a los ojos.

—Sí —le respondió, sin dudarlo.

El chico se secó el pelo, que lo tenía empapado en sudor.

—¿Sabías que este era el jardín de mi madre? —le preguntó.

—¿De verdad?

—Sí. Pero ella sólo plantaba verduras.

—¿Te lo dijo tu tío? —le preguntó, intentando sonar tan informal como él.

—No —le respondió, y le siguió hablando, para confundirla un poco más—. Me lo dijo ella. Cuando yo era más pequeño ella venía a visitarnos y me contaba que tío Logan nunca tenía suficiente comida. Me contaba que era un hombre que tenía tanta hambre que le robaba las zanahorias y los rábanos del huerto —su rostro, con aire de sorpresa, miró a Glory—. Me acabo de acordar de todo eso ahora,

—Josh —le dijo—. ¿Sabes dónde está tu mamá? —Sí. En Washington D.C. Es abogada. Trabaja en un grupo para la conservación de la naturaleza —a pesar de que no le gustaba hablar de ella, Glory notó un tono de orgullo en su voz.

—¿Y te llama de vez en cuando?

—En vacaciones y en mi cumpleaños —le dijo con cierto sarcasmo —. Y algunas veces que llama sin que haya ninguna razón.

—¿Y cuándo ha sido la última vez que la has visto? Estaba claro que no tuvo que pararse a pensarlo. —Cuando nació Christopher —le contestó—. Antes de que naciera venía muy a menudo, pero después de que el tío Logan y la tía Melanie se divorciaran, dejó de venir. El tío Logan dice que es que tiene mucho trabajo.

—Oh, Josh — le dijo, acercándose a él, para darle un abrazo—. Lo siento. Algunas veces las personas mayores pueden llegar a ser muy crueles, sin siquiera darse cuenta de ello. Si de algo te consuela te puedo decir, que ella se lo pierde.

Durante un segundo, se lo acercó, y le acarició. Al instante él se retiró.

—Sí, puede que tengas razón —le dijo, volviendo a ponerse la camisa, sudada y sucia.

Ella, al ver que el chico necesitaba estar un momento solo, empezó a recoger las palas y a ponerlas en la carretilla.

—Si tú quieres —le dijo el chico—. Puedo sacar un poco más de abono de las cuadras a final de semana.

Glory aceptó de buen grado el cambio de tema.

— Sí, claro, si no dice nada tu tío.

—Seguro que empieza a gruñir cuando se entere de que estamos sacando abono de caballo con su camión, pero no pasa nada. El tío Logan ladra más que muerde —le dijo mientras inclinaba un poco la cabeza. La mirada que la echó la hizo sentir como si ella fuera la chica y él el adulto—. Trata de parecer duro, pero sólo es fachada. Tan lista como eres para otras cosas, ¿cómo es que no te has dado cuenta?

Las palabras de Josh le recordaron una frase que también había dicho Christopher sobre que siempre le amenazaba con que le iba a pegar, pero que nunca lo hacía. Y se descubrió envidiando la sólida confianza que los dos chicos tenían en él.

No era que no lo pudiera entender. Logan los quería de todo corazón. Sólo había que verle con ellos para saber lo mucho que le importaban. Su cara se transformaba y su mirada azul brillaba con una luz que le salía de dentro.

Debía ser maravilloso, se dijo a sí misma, que te mirase de aquella forma, saber que podías contar con él para cualquier cosa.

Glory se estiró, preguntándose qué es lo que estaba pensando. Por un momento había estado deseando el afecto de Logan. Debía ser el calor. Trató de quitarse de la cabeza la idea de que por él sentía algo más, aparte del puro deseo físico.

Aquello era imposible. No podía ser verdad. Se había quedado demasiado tiempo al sol y el cerebro se le estaba reblandeciendo. Eso era todo. Pero de pronto sintió que tenía que marcharse del rancho por unas horas.

—¿No dijiste durante la cena la otra noche que había un sitio cerca donde se podía ir a nadar?

—Sí —le respondió el chico—. En el río.

—¿Que opinas entonces si terminamos y nos tomamos la tarde libre?

—¿Y qué quieres hacer?

—Ir a nadar —unas horas en agua fresca le calmaría un poco, en más de un sentido. —¿Y Christopher?

—Ya son casi las once. Será mejor despertarlo. Nos lo llevaremos. Para cuando terminemos de recoger todo, seguro que ya se ha levantado. Podemos comer en el río si quieres.

—¿Y el tío Logan?

—Podemos dejarle una nota —le dijo. Seguro que no iba a aceptar

la invitación, se dijo para sí misma. Y menos según estaban las cosas entre ellos.

—Está bien —dijo Josh, encogiéndose de hombros—. Tendré que ir, porque no sabes dónde está.

—Está bien —dijo ella, poniendo la pala sobre la carretilla—. Será mejor entonces ponernos en movimiento —le dijo, empujando la carretilla.

El muchacho se echó la pala al hombro y la siguió obediente.

# Capítulo 7

—¡Mírame, Glory! —Christopher gritó por enésima vez, mientras daba vueltas en el agua.

El niño, metido en un flotador que tenía en la cintura, estaba entre Josh y ella, que flotaban cada uno en un colchón de aire.

El estanque formaba parte del río Columbia. Pero estaba separado de la corriente y tenía el tamaño de un campo de fútbol, con circulación suficiente para que el agua no se estancase, y sin mucha corriente, por lo que el sol la mantenía caliente.

Era un sitio alejado y apartado de las miradas.

—¡Glory! —la llamó Christopher de nuevo—. ¡Mírame!

—Déjala descansar un rato —le dijo Josh. Con unas gafas de sol puestas estilo de los cincuenta, estaba tumbado en su colchón, tomando el sol. Aunque ya estaba avanzada la tarde hacía bastante calor.

—A Glory le gusta mirarme —respondió Christopher, remando con sus manos para acercarse a ella, agarrándose, cuando llegó, al colchón de aire—. ¿No es verdad, Glory?

—Sí —le contestó. Tumbada sobre su estómago, alzó la cabeza para mirarlo, sonriendo por dentro cuando el niño miró a Joshua como diciéndole, ¿lo ves?

A continuación volvió la cabeza, suspiró y apoyó su mejilla, fría por el agua, en la palma caliente de ella.

—Me alegra que sea sábado. Hacía tanto calor ayer. Incluso la señorita Sandman estaba protestona.

Cuando le pregunté qué le pasaba, me dijo que tenía toda la ropa pegada al cuerpo. . —¿Sí? —le dijo ella, acomodándose sobre sus brazos, disfrutando de la conversación del niño.

Al cabo de unos segundos le volvió a preguntar:

—¿Crees que va a venir papá?

Glory no quería pensar en Logan, y menos verlo. De hacerlo seguro que no podría quitarse de la cabeza esas ridículas ideas de que estaba empezando a significar algo más para ella que la pura atracción física. Era verdad que admiraba su dedicación a los chicos y al rancho. Pero nada más que eso.

A pesar de lo cual no se explicaba que por una inocente mención de Christopher de su padre a ella se le hubieran tensado todos los músculos de su cuerpo.

—No lo sé, Christopher. De verdad que no lo se.

Christopher le dio un pequeño empujón en un costado.

—Eso ya me lo has dicho antes —se quejó el niño.

—Y eso es lo que te va a seguir diciendo si sigues preguntando lo

mismo —intercedió Josh en defensa de Glory.

—Yo no estoy hablando contigo —Christopher le dijo enfadado—. Estoy hablando con Glory —y le movió el brazo un poco, para que le atendiera—. ¿Te estás quedando dormida, Glory?

—No —le contestó. Abrió los ojos y bostezó.

—Pues a mí me parece que sí. Me parece que me voy a ir a jugar con Fred, ¿vale?

—Está bien. Hay una toalla en la bolsa azul. No te vayas muy lejos —le advirtió.

—No te preocupes —le dijo, salpicándole con agua mientras se impulsaba hacia la orilla.

—Tranquila —le dijo Josh —Christopher es muy obediente.

A pesar de ello, Glory giró el colchón para poder tener a la vista al niño, sabiendo que una corta distancia de donde ellos estaban la corriente del Columbia tenía una gran anchura y sabe Dios qué profundidad.

Sin embargo Josh tenía razón. Cuando Christopher llegó a la orilla, salió del salvavidas, se envolvió en la toalla, se fue al lado de Fred y empezó a juguetear con él.

Logan había tenido razón al respecto, pensó ella, a pesar de su firme propósito de no pensar en él. Nada más ver Christopher al perro, se había enamorado de él. El niño había dicho que se parecía a Pluto, su personaje favorito de Walt Disney.

Glory estaba medio escuchando cuando oyó que Joshua le preguntaba:

—¿Recuerdas la primera vez que me dejaste montar a Je'zhar?

—Mmmm.

—Me dijiste algo que he estado dando vueltas desde entonces.

Aquello la hizo prestar más atención. Levantó su mirada y la dirigió al chico.

—¿Sí?

—Me dijiste que habías tenido problemas. Y que la persona que te había enseñado a montar te había ayudado. ¿Qué es lo que pasó? ¿Es que robaste algún coche, o algo?

—No fue nada tan emocionante. Me escapé de la casa en la que estaba viviendo con unos padres adoptivos.

El chaval casi se cae del colchón

—¿Estabas viviendo con unos padres adoptivos? ¿Y cómo es eso? —le preguntó mientras se ponía sobre su costado, para así poderla ver mejor, subiéndose al tiempo las gafas a la cabeza.

Ella miró hacia donde Christopher estaba, que tenía a Fred de almohada.

—Mis padres murieron cuando yo era pequeña —le dijo.

—Oh —respondió Josh, permaneciendo en silencio durante un minuto—. ¿Y por qué no, te fuiste a vivir con los padres de la tía Melanie?

—Porque no querían criar a nadie más.

Él se la quedó mirando, totalmente consternado.

—Sí, pero tú eras de su familia.

—No todo el mundo es como tu tío —Christopher y Fred se turnaron de pronto, Christopher convirtiéndose ahora en el cojín del cachorro, mientras movía la cola tan alegre que parecía una bandera en un día de viento—. Tienes mucha suerte de tener un tío como él.

—Sí —le dijo el chico—. Supongo que sí —se quedaron flotando en el agua durante unos minutos—. ¿Y dónde fuiste?

—A Portland —recordó que aquel había sido el peor tiempo de su vida, desde que sus padres murieran—. No aconsejaría a nadie que viviera en las calles —le dijo ella—. Estuve allí mes y medio y fue bastante triste —lo miró y comprobó que estaba intrigado, lo cual la hizo preguntarse el porqué las experiencias más desagradables atraían tanto a la juventud.

Sintió un poco de preocupación, ya que no quería que Josh pensara que huir de un sitio era la solución a un problema, por lo que empezó a contarle cosas que muy pocas veces hablaba con nadie.

—Yo no tenía mucho dinero, y tampoco podía conseguir un trabajo, porque era menor de edad. Así que al poco tiempo tuve que empezar a pedir para comer y a buscar un sitio para dormir. Fue horrible.

—¿Y qué pasó? ¿Y cómo te pillaron?

—Pues los de asuntos sociales me localizaron y me enviaron a Bev —le dijo encogiéndose de hombros, mientras se acariciaba la carne de gallina de sus brazos. A pesar del calor que hacía, estaba empezando a sentir frío por dentro—. El resto es otra historia.

En la orilla, Christopher le estaba tirando una pelota a Fred, que parecía no tener idea de lo que el niño esperaba que él hiciera con ella, y se limitaba a dar vueltas a su alrededor.

—Creo que me voy a salir —añadió ella—. Me estoy quedando fría.

Cuando pasó por su lado, Josh agarró el colchón, para detenerla.

—Glory… —le dijo, con dificultad—. Lo que te dije aquel día en las cuadras sobre mi madre, después de lo mal que lo has tenido que pasar tú, debe haberte sonado a broma. Lo siento. A veces es que me pongo muy nervioso. Es que no sé qué es lo que le he hecho yo a ella para que me abandonara de esta forma. No una vez, sino dos. Ni tampoco sé por qué no quiere conocerme.

—Tú no has hecho nada —le contestó ella, muy convencida, olvidándose por completo de su tensión y deseando con todas sus

fuerzas poder disponer de diez minutos a solas con la madre del chico, para decirle lo que pensaba de ella—. Le ocurra lo que le ocurra, el problema es de ella, Josh, no tuyo. Seguro que tu tío Logan te habrá dicho lo mismo.

El muchacho dudó un instante y de pronto ella tuvo una repentina y terrible sospecha.

—¿Le has dicho a tu tío cómo te sientes?

Josh movió la cabeza, en sentido negativo.

—Pero Josh —le dijo ella, tratando de que su voz no sonase tan incrédula como ella misma se sentía—. ¿Y por qué no se lo preguntaste? Una de las cosas que has de saber es lo mucho que tu tío te quiere. No sé por qué ninguno de los dos ha hablado de eso cuando eras más pequeño, incluso ahora, cuando es lo que más te preocupa —siguió diciéndole desconsolada—. Tienes que hablar con él —terminó diciéndole con decisión.

—Lo he intentado —le contestó encogiéndose de hombros—. Pero se pone triste y muy tenso, y no quiere hablar de ello. ¿Y tú por qué no te enfadas, ni te molesta hablar de ello?

—A mí me pasaba lo mismo que a tu tío —le contestó—. Pero tuve mucha suerte, porque me fui a vivir con Bev, quien tenía una filosofía muy curiosa de la vida, por decirlo de alguna manera suave. Al principio pensé que era como una piedra, pero cuando empecé a conocerla mejor, supe que es que también lo había pasado bastante mal en la vida. Había visto morir a dos maridos y a su único hijo. Pero nunca se dejó abatir por las circunstancias. Siempre estaba diciendo chascarrillos para poner ejemplos de lo que hacía y yo creo que eso me influyó bastante.

—¿De qué manera?

—Pues porque decía cosas como, cuando el tren de la vida te pasa por encima, sólo tienes dos opciones. O tirarte a las vías y dejar que te pase por encima, o levantarte, limpiarte los pantalones subirte a él y seguir el camino.

Justo como ella había pensado, Josh se echó a reír.

—Me gusta —le dijo con amabilidad—. ¿Y qué ocurrió con ella? ¿Se murió?

Glory negó con la cabeza.

—No, para nada. Se rompió una cadera y se tuvo que retirar, así que vendió el rancho y se fue a vivir a Arizona. Está muy ocupada aterrorizando a todos los jubilados de por allí.

—¿Hablas con ella de vez en cuando?

—Claro. Somos casi familia —dudó un poco al decirle aquello—. Bev me dio muchas cosas, Josh, pero creo que la más importante fue su creencia de que muchas veces la familia tiene más que ver con la

relación que mantengas con una persona, que con la sangre que corre por tus venas.

El muchacho frunció el entrecejo, intentando entender sus palabras hasta que al fin le contestó:

—¿Se supone entonces que tengo que olvidarme de mi madre? —le preguntó Josh, con una mirada de desconfianza.

—No. Pero no dejes que te influya toda tu vida el hecho de que ella no haya sido capaz de ser una verdadera madre. Te mereces mucho más y de hecho ya lo tienes. Habla con tu tío, Josh.

—Me lo pensaré —le prometió.

Cuando el chico asintió con la cabeza, ella le sonrió.

—Vamos. Te echo una carrera hasta la orilla.

—No tienes ninguna posibilidad —le dijo él, mirándola de forma condescendiente—. Eres una chica y además mayor que yo. Te voy a pulverizar. No sería justo.

—¿Tú crees? —le dijo, en tono de burla—. Puedes que tengas razón, siempre y cuando yo intente jugar limpio.

Y para sorpresa del chaval, ella agarró la colchoneta y se la volcó. Josh dio un grito y ella aprovechó la ocasión para remar hasta la orilla, antes de que él subiera a la superficie. Miró para atrás, sobre su hombro y todavía estaba riendo cuando llegó a la orilla, y allí estaba Logan.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, su sonrisa desvaneciéndose de la cara.

—Este es mi rancho, princesa y puedo ir donde yo quiera.

—Ya lo sé —le contestó un poco desesperada, fijándose en que a causa del calor él sólo llevaba puestos unos pantalones cortos y un par de zapatillas—. Perdona si te he molestado, pero no pretendía meterme en tu vida.

Para su sorpresa, él aceptó sus disculpas.

—¿Quiere eso decir que vamos a tener una tregua esta noche? —le preguntó él, mirándola a la cara, quemada por el sol, mientras Josh se acercaba a donde ellos estaban—. Hace mucho que no me doy un respiro para estar con los chicos.

Glory se le quedó mirando a los ojos, dándose cuenta de que además de ser tremendamente atractivo, parecía cansado.

Y por alguna razón, aquello la enterneció. —Por supuesto —le dijo, un poco confusa por el cambio de emociones que se producían en su interior. En un momento sintió ternura y al momento siguiente alegría —. Te concedo veinticuatro horas, Bradshaw, pero luego ten cuidado, la guerra continua.

Los ojos de él se iluminaron, pero antes de tener tiempo para responder Josh los interrumpió. —Hola tío Logan.

—Hola Josh —respondió Logan.

—¿Habéis terminado ya con la cháchara?

—Creo que sí —Logan le respondió con suavidad, mirando de nuevo a Glory.

—Bien. Entonces si me permites —y antes de que Logan tuviera tiempo de reaccionar, Josh había agarrado a Glory y la había tirado al agua, riéndose a carcajadas.

No era fácil decir quién se quedó más sorprendido, si Logan, o Gloryanne. Pero fue Logan el primero en reaccionar.

—Eso no ha estado bien —le dijo a su sobrino, antes de que ella saliera a la superficie.

—¿No viste lo que me hizo ella a mí?

—¿Crees que meterse con alguien más pequeño que tú es justo? —Logan le preguntó.

De pronto Gloryanne salió a la superficie, tomó aire y empezó a nadar hacia la orilla.

—Está bien si logras conseguir lo que quieres.

—¿Ah, sí? Pues entonces, mira a ver qué te parece esto —y quitándose las playeras, agarró a Josh. Fred empezó a ladrar y Christopher gritó de alegría, cuando tío y sobrino se zambulleron en el agua.

Moviendo la cabeza en tono de reprobación, Glory llegó andando a la orilla y ayudó a Christopher, quien intentaba también meterse en el agua con su padre y su primo.

—¡Oye papi, mira! ¡Puedo nadar! ¡Mírame, mírame!

Glory no paraba de sonreír mientras se escurría el agua del pelo.

Tuvo que pasar algún tiempo antes de que los tres Bradshaw pusieran pie en tierra firme, y para aquel entonces Glory ya había extendido el mantel en el suelo y sacado la comida. Por fortuna había echado bastantes cosas para alimentar al pequeño ejército. En el fondo se había imaginado que Logan aparecería en algún momento.

Y después, se tendieron en el suelo, apoyando sus cabezas en las manos, con los dos niños entre los dos mayores y todos se quedaron mirando el vasto cielo.

Las estrellas titilaban como diamantes, y durante un lapso de tiempo considerable todos permanecieron en silencio observando aquel espectáculo, hasta que Joshua al fin habló.

—¿Sabéis una cosa? —indagó de repente—. Le pedí a Jennifer Sykes que me acompañara al baile mañana.

Todos permanecieron en silencio, pensando en lo que había dicho, hasta que la voz de Logan lo interrumpió.

—¿Y qué te contestó?

—Que sí —le respondió el chico, como si no hubiera dudado en

ningún momento de cuál iba a ser su respuesta.

Logan no pudo esconder la felicidad que sentía cuando le dijo a su sobrino:

—Me alegro por ti, Josh.

—Y yo también.

—Oye Josh —Christopher le dijo disgustado—. ¿Por qué quieres pasar toda una tarde con una chica?

—Lo entenderás cuando seas un poco mayor —le respondió Josh. Guardó un momento de silencio y Juego dijo muy precipitado—. La cosa es que le dije que nos ibas a acompañar tú de carabina, tío Logan.
—Magnífico. Cuando tenga suficientes fuerzas, me levanto y te mato.

Josh se empezó a reír por lo bajo.

—Espera hasta después de hacer de carabina. Logan dio un suspiro de resignación, y le dijo en tono jocoso:

—Sí, claro que sí.

—¡Mira papá! —Christopher interrumpió, quien por una vez mostró un gran sentido de la oportunidad—. ¡Una estrella fugaz! ¡Qué chuli! ¿Te enseñaba tu padre cosas así cuando eras pequeño, papi?

—Sí, campeón —le contestó Logan.

—¿Y a ti, Glory?

—Sí, Christopher, tanto mi padre como mi madre.

—¿Incluso cuando eras tan mayor como Josh? Glory guardó silencio durante unos segundos. Toda su alegría se desvaneció de pronto.

—No entonces, no.

—¿Y por qué no? —le preguntó el niño. —Déjalo—le dijo Josh. Glory puso su mano sobre el brazo del quinceañero.

—No te preocupes, Josh —le dijo—. Mi padre y mi madre murieron en un accidente, corazón.

—¿Y cuántos años tenías?

—Once.

—¿Entonces eres huérfana?

—¡Christopher! —le gritó Josh, y de nuevo Glory intentó tranquilizarlo, apretándole el brazo con la mano.

Si, soy huérfana.

—¿Y dónde te fuiste a vivir?

—Estuve viviendo con gente diferente —le dijo, como si no le diera importancia—, hasta que encontré a una señora mayor que fue como mi segunda madre.

—¿Y a qué edad la encontraste? ¿Tenías más años que Josh?

—Sí, era más grande —le confirmó ella.

—¿Cuántos? —insistió el niño.

—Diecisiete.

—¡Vaya si eras mayor! —exclamó el niño. Se quedó pensativo un ratito y luego se volvió hacia su padre—. Papi.

—Sí, Christopher —le respondió Logan.

—¿Si a ti te pasara algo, dónde iría?

El niño no parecía preocupado, sino que sentía curiosidad, pero no obstante Logan se dio la vuelta y se lo puso entre sus brazos, abrazándolo con ternura.

—Vamos a ver —le dijo, como si se lo estuviera pensando—. Ya sé. Podrías irte a vivir con mi tía Jean.

—¿Es la señora que me envió esos calcetines tan raros?

—Pues no son tan feos, Chris, hay gente que les gusta.

Christopher se encogió de hombros y se acercó más a su padre.

—Dímelo en serio, ¿quién cuidaría de mí?

—No seas pesado —interrumpió Josh, antes de que Logan pudiera responder—. A tu padre no le va a pasar nada. Pero si le pasara yo cuidaría de ti.

—Oh —el niño de nuevo permaneció durante un minuto en silencio —, Papi.

—¿Qué pasa ahora, Christopher?

—¿Podría Glory ayudar a Josh?

Logan suspiró.

—Claro que sí, hijo —le dijo con evidente desgana—. Si ella quiere —le lanzó en tono de advertencia.

El niño suspiró satisfecho.

—Claro que lo haría. ¿A que sí, Glory?

—Por supuesto, Christopher —le respondió—. Claro que lo haría.

—Bien —dijo el niño, como dando por zanjado aquel asunto. Y a continuación agarró a Logan del brazo y empezó a dar saltos de alegría—. ¡Mira! ¡Ahí hay una estrella de colores! ¡Y además se mueve!

—Es un avión, tonto —le dijo Josh.

—¡No lo es!

—Sí.

—No, tú no sabes todo, listo.

Logan hizo callar a los chicos.

—Escuchadme —les dijo, y empezó a nombrarles las diferentes constelaciones de estrellas—. ¿Veis aquella? —les dijo, apuntando hacia el norte—. Esa es la Osa Mayor.

Hipnotizada por el tono de la voz de Logan, Glory cambió de posición, y dejó de mirar las estrellas y lo miró a él. El pelo, tan negro como la noche, le caía sobre la frente, suavizando su poderosa

masculinidad, mientras que el resplandor del fuego daba a su piel un toque dorado y bronceado. Era el hombre más guapo que jamás había visto.

—Y si trazas una línea imaginaria entre esas dos estrellas llegas hasta la estrella del norte.

—Oye —le dijo Josh, emocionado—. Creo que la veo.

—¡Y yo también! —repitió inmediatamente Christopher, a pesar de que estaba mirando en dirección opuesta.

Logan miró a su hijo y sonrió, y creyendo estar protegido por la oscuridad de la noche, se agachó y le dio un beso en la frente.

Y fue en aquel momento cuando Glory se dio cuenta que se había enamorado de él.

Estaba completa y desesperadamente enamorada.

# Capítulo 8

Se estaba acercando una tormenta. Logan podía sentirlo en el aire.

Mientras caminaba por los pastos se fijó en las nubes que se agrupaban en el cielo.

La noche estaba viva, se podía percibir, desde los movimientos en el cielo al sonido que el viento hacía al pasar entre la hierba, pero Logan casi ni lo notaba. Estaba concentrado en sus propias emociones. Caminaba como si estuviera furioso, como si quisiera superar con ello las emociones que le embargaban.

Algo había pasado allá abajo, en el río. Algo profundo y preocupante. Echó una mirada Glory y supo, sin que ella pronunciara una palabra, que estaba enamorada de él. Un amor que él no podía, ni podría nunca corresponder. En primer lugar, porque Melanie le había hecho dejar de creer en el amor y luego Annie había destruido su confianza. Y ya no le quedaba nada que ofrecer a ninguna mujer. Y menos a una mujer como Glory, quien se merecía más que un simple ranchero, quien ya tenía una familia y ninguna intención de sufrir otra desilusión amorosa.

Todo aquello le había venido a la mente mientras estaban tumbados bajo las estrellas. Sabía, no obstante que Glory no había sido criada como Melanie, como una niña privilegiada y súper mimada. Glory siempre hacía su parte del trabajo sin quejarse.

No obstante lo que había contado ella sobre su infancia le había impresionado, una realidad que le hizo cambiar su opinión con respecto a ella. Y a pesar de que no le gustó su propia reacción, porque sintió deseos de abrazarla y consolarla por las heridas del pasado, no pudo evitar sin embargo tener en cuenta su sufrimiento.

Ahora entendía el porqué era tan necesario para ella reclamar su parte en Columbia Creek, así como también su identificación con los chicos. Y aunque él todavía no estaba muy dispuesto a admitir que no había daño en aquello, sin embargo no podía negar la genuina naturaleza de su afecto hacia ellos. Lo cual, muy a su pesar, era como poner la primera piedra para llegar a confiar en ella.

Fue un pensamiento que le inquietó. Pero también le agradó. Sin embargo no era capaz de dar una respuesta a aquella mirada maravillosa que había visto en sus ojos, y que él había sido incapaz de devolver. Empezó a darle vueltas en la cabeza a qué pasaría si se casaba con ella, lo cual no era una idea descabellada. Porque solucionaría muchos problemas. Los chicos tendrían una madre y Gloryanne tendría el hogar y la familia que ella había deseado siempre, y aunque no llegara a amarla, por lo menos podría satisfacer aquel deseo que le torturaba noche y día. Pero no se podía arriesgar. Según estaban las cosas, cuando se fuera no tendría derecho a más

cosas que las que tenía cuando ella llegó. Pero si se casaba con ella, podría pasar lo mismo que con Melanie. Cuando las cosas se complicaran, Glory tendría derecho a la mitad de la propiedad, y él tenía una obligación con los chicos y no podía permitirse poner en riesgo su futuro.

Si el amor y matrimonio tenían que ser descartados, no le quedaba otra opción que recurrir a una relación de amistad con ella, o quizá a una aventura amorosa.

Recordó la mirada de ella cuando él le sugirió que tuvieran una tregua. Al principio pareció sorprenderse, pero luego la idea le agradó y se puso tímida, las mejillas se le encendieron, como las chicas que reciben un regalo inesperado el día de San Valentín. Aunque él estaba seguro de no habérselo demostrado, aquella respuesta le hizo sentir ternura.

A lo mejor podrían convertirse en amigos. El problema era cómo respondió su cuerpo al verla en aquel bañador color naranja. Durante unos segundos había perdido el control de sí mismo y si no hubiera sido por Josh, que sabía que le estaba observando de cerca, no habría resistido la tentación de acariciarle todo el cuerpo. Incluso habiendo transcurrido ya horas, sólo pensar en ella su cuerpo se acaloraba.

Lo mejor sería una aventura amorosa.

Movió en sentido negativo la cabeza, sintiéndose tan indomable como el viento, y asombrado por su indecisión, porque al final no sabía muy bien qué era lo que iba a hacer.

Entonces apareció Gloryanne, que salió de su apartamento. La luna iluminaba su cara, parecía una fantasía pagana, la tela de sus vestidos acariciando su piel dorada, su pelo sedoso formando una aureola en torno a su cara. Y entonces él comprobó la combinación perfecta de músculo y hueso, pudo trazar con sus ojos las líneas delicadas de su cuerpo.

Y de repente se dio cuenta que deseaba estar con ella, deseaba escuchar su voz aterciopelada, compartir la calidez de su sonrisa.

Tenía que pasar con ella, aunque sólo fuera una noche.

Glory se quedó mirando a la oscuridad de la noche. El picnic había terminado hacía horas y Logan y ella se habían despedido educadamente y habían acordado verse por la mañana en el desayuno. Todo de manera muy civilizada.

Pero durante todo ese tiempo ella había sentido que su corazón le golpeaba con fuerza en el pecho, sin lograr quitarse de la cabeza el pensamiento de que amaba a Logan Bradshaw con toda su alma.

Habría sido maravilloso si no se hubiera sentido tan aterrada. Fred la había abandonado y se había ido a dormir con los chicos en la casa y ella había pasado el tiempo preparándose para irse a la cama. Se

había duchado para quitarse la arena de la piel y el olor a humo del pelo, se había cepillado los dientes y se había puesto el camisón de dormir. Incluso había apagado las luces y se había echado durante un rato en la cama.

Pero no había sido capaz de conciliar el sueño. No podía dejar de darle vueltas a la cabeza, no podía dejar de pensar en Logan y preguntarse qué era lo que iba a hacer. Sentía que estar enamorada de aquel hombre era lo mejor y lo peor que le podía haber pasado en su vida.

Pero al mismo tiempo estaba asustada. Logan era un hombre resentido con las mujeres, y ella no se hacía ninguna ilusión de que su desencanto se fuera a desvanecer por arte de magia. Recordaba claramente las palabras que le dijo en su apartamento aquella noche. Que ya había estado casado y enamorado y que aquello pertenecía al pasado. Ganarse su confianza iba a ser cuestión de paciencia y decisión y no estaba segura de poseer ambas cosas para conseguirlo.

Ni tampoco estaba segura sobre lo que debía hacer con el ardiente deseo que había entre ellos. La atracción era mutua y crecía cada vez que se encontraban, pero hasta aquella misma tarde ella había podido engañarse y pensar que podía controlarlo. Pero al enamorarse de Logan todo había cambiado. Al estar constantemente juntos en el rancho, era inevitable que su deseo se convirtiera en amor en un momento determinado. Y ella era consciente de que por lo menos para ella, el mero hecho de hacer el amor supondría confiarle su corazón.

Suspiró, dejando que el viento acariciara su cara, intentando calmarse, mientras miraba hacia el patio en sombras. Hacía fresco, las nubes estaban oscureciendo la luna cada vez durante más tiempo y cada vez que eso ocurría el patio cobraba un aspecto extraño.

Y de pronto supo que Logan estaba allí.

Lo mismo que la mañana que había llegado a Columbia Creek, ella podía sentir la fuerza de su mirada, como si la estuviera tocando, enviándole vibraciones que recorrían sus venas. Y de pronto, su figura sólida y esbelta emergió de entre las sombras de los árboles y empezó a caminar, de forma decidida hacia la escalera donde ella estaba.

Y cuando llegó allí se paró y miró hacia arriba. Llevaba unas botas vaqueras y unos levis muy viejos, que se ajustaban a su cintura y a sus muslos. La cazadora vaquera cubría sólo parte de su pecho desnudo.

—Logan... —pronunció ella su nombre, como en un suspiro, pero sin estar muy segura.

—Va a haber una buena tormenta, princesa —le dijo, y ella no supo si se refería al tiempo, o a la tempestad que estaba produciéndose entre ellos, mientras él ponía su pie en el primer escalón y empezó a subir por la escalera.

—Sí —dijo ella con suavidad.

Y  tan pronto llegó a su lado, sin saber cómo, se echo en sus brazos, murmurando palabras dulces y exclamaciones de sorpresa, mientras se ponía de puntillas y le besaba los labios.

A su alrededor, el viento soplaba cada vez más fuerte, y Glory supo que en otro momento le habría sorprendido el poder de la noche, pero justo en ese momento lo único que le importaba era estar en brazos de Logan.

Sus bocas se encontraron y él la tomó en sus brazos y la llevó dentro.

«Peligroso», Glory pensó, pero no supo si el peligro venía de Logan o del fuego que le ardía por dentro. De lo único que estaba segura, cuando él la dejó en la cama y se quedó mirándola, con el reflejo de la luna pasando a través de las ventanas, era que lo quería, con toda su alma, como jamás había querido a otra persona.

—¿Estás segura, Gloryanne? —le dijo con voz ronca, una pregunta que le salió de lo más profundo de su alma.

—Sí —le dijo con voz firme y decidida—. ¿Y tú?

—Princesa, nunca he estado menos seguro en mi vida —se quitó la chaqueta, dejando al descubierto su musculoso pecho y el vello sedoso que bajaba hacia su ombligo—. Pero no creo que haya nada que nos pueda parar esta vez.

Nunca ella había sido tan consciente de la diferencia del tamaño de sus cuerpos. Él era por lo menos treinta centímetros más alto que ella y pesaba por lo menos cincuenta kilos más. En una pelea él había ganado sin necesidad de utilizar las manos.

Pero el miedo era el último pensamiento que podía entrar en su cabeza, cuando se puso de rodillas, mientras le miraba el esplendor de su esculpido cuerpo. Era un hombre con un físico impresionante. Tenía unos hombros muy anchos y la cintura estrecha, caderas estrechas y muslos fornidos. Y lo que más le sorprendió fue que incluso le estaba tranquilizando con sus palabras.

—No te haré daño, Logan —le decía, mientras le quitaba la camisa.

Él le puso la mano en su brazo, para seguir sus movimientos.

—Cariño, me estás haciendo daño ahora mismo —le dijo con voz ronca. Y antes de que ella tuviera tiempo de protestar, él le había puesto la mano en su pecho, y la otra en la espalda para atraerla hacia él. Bajó la cabeza y la besó en la boca. Una ola de sensaciones atravesó su cuerpo, y gritó de necesidad, sintiendo que la sangre se convertía en fuego líquido, mientras él le chupaba el sudor de sus pezones y se los mordisqueaba, sintiendo con ello que su cuerpo estaba a punto de estallar de placer.

—Logan... —empezó a meterle sus manos temblorosas por la

cintura del pantalón vaquero, asustada al comprobar el calor que expedía su piel. Metió los dedos en las presillas de los pantalones y tiró de él hacia ella, en un gesto de desesperación, para intentar que se pegara incluso más.

Él levantó la cabeza y le dijo con una voz suave y tremendamente masculina: —Tranquila.

Pero ella ya estaba en un camino en el que la tranquilidad no existía. Trató de desabrocharle los botones metálicos del pantalón, y empezó a emitir quejidos de placer al no poder conseguirlo. —Por favor —le suplicó—. Quiero tocarte.

—Y yo quiero tocarte también —le dijo con voz áspera, poniéndole una mano en la mejilla, y bajándosela hacia el cuello, donde pudo sentir la fuerza de sus corazón—. Quiero acariciar todo tu cuerpo. Aquellas palabras provocaron el rubor en los delicados tonos dorados de su piel, y él lo pudo ver claramente en la oscuridad. Ella agarró sus manos, y se las besó.

Su cuerpo temblaba y de un sólo movimiento se quitó el camisón, quedándose desnuda ante sus ojos.

—Preciosa —le dijo, con una voz que casi se confunde con el sonido del viento, mientras que con su mirada recorría sus redondeados pechos y las curvas de sus caderas, para detenerse en los rizos que se formaban en el vértice de sus muslos.

—Ámame —suspiró ella, acariciándole y metiendo sus dedos por el vello de su pecho.

Él se quitó las botas y los pantalones y se metió en la cama como un poseso, juntando su boca contra la de ella, al tiempo que con su cuerpo ardiente la aplastaba contra el colchón, tapando sus cálidas y suaves curvas. Con su lengua recorrió su boca, y la besó con tanta intimidad que Glory sintió que todo su cuerpo temblaba de placer.

Él apartó la boca y con sus labios recorrió su mandíbula, hasta llegar al oído, donde con la lengua jugueteó con el lóbulo, ante lo cual ella sintió una extraña sensación en sus pechos y en sus muslos.

—Quiero estar dentro de ti —le susurró él al oído—. Quiero sentir tu calor.

—Oh, Logan... —eróticas imágenes revoloteaban en la mente de Glory—. Hazlo.

Sus manos se buscaron y él se las agarró y las estiró por encima de su cabeza.

—No puedo esperar más —le dijo, mientras respiraba cada vez con más fuerza, maldiciéndose por su falta de control.

—No esperes —le dijo ella con voz temblorosa, y nada más decirlo la suave potencia de su masculinidad se introducía en el húmedo centro de su deseo. Gloryanne se flexionó como un arco para acoplar

sus cuerpos. Aquella sensación era maravillosa y ambos gritaron de placer.

Gloryanne se estiró para que él se acomodara, y se quedó atrapada en una ola de placer tan intensa que casi no podía absorberla. Ella se apretaba cada vez más a él, moviendo las caderas para tratar de calmar la fiebre que le corría por las venas, pero cada ondulación parecía intensificar su sentimiento, encender más el fuego, quería abrirse más y que él entrara más dentro de ella. Quería tocarlo. Sacó las manos, que las tenía colocadas debajo del cuerpo de Logan, levantó la cabeza y le empezó a besar el cuello.

Él empezó a moverse. Era un movimiento como el de las olas rompiendo en la playa, poderoso, incesante y salvaje. Ella sentía que su placer iba en aumento, sentía la necesidad de volar incluso más alto, hasta que algo en su interior pareció detenerse de pronto y explotar al segundo siguiente, y dando un grito, se pegó a él y se entregó.

Aquello provocó algo en el interior de Logan, que a su vez intensificó sus movimientos, gritó y se metió más dentro de ella, sintiendo una ola de placer tan completa que cuando terminó todo lo que pudo hacer fue caer rendido encima de ella.

A continuación se echó a un lado y la abrazó. Se mantuvieron en silencio. Como si sintieran que con las palabras fueran a destruir la felicidad que sentían en aquellos momentos, por lo que siguieron abrazados. Glory tenía la cabeza apoyada en el pecho de Logan, su mejilla descansando en su sedoso vello, escuchando al mismo tiempo el ruido del viento golpeando las paredes del apartamento.

Gloryanne suspiró y se pegó más a él, y Logan buscó la sábana y la echó por encima para no quedarse fríos.

—Gracias —dijo ella, suspirando satisfecha, besándole el cuello.

—Sshh —le dijo él, apretándola más contra sí. No quería hablar. No en ese momento. Quería saborear el placer de tenerla entre sus brazos.

Ya tendrían tiempo de hablar un poco más tarde. En ese momento quería seguir saboreando una de las experiencias sexuales más satisfactorias de su vida. En aquellos momentos lo único que deseaba era tenerla entre sus brazos.

Cuando Gloryanne despertó, estaba sola en la cama. El viento soplaba con más fuerza y Logan estaba de pie, desnudo, mirando por la ventana, dándole la espalda, con su mirada fija en la oscuridad de la noche. Con cuidado de no hacer ruido, permaneció en silencio, saboreando la sensación de plenitud mientras su mirada recorría su espalda.

—Me lo tenías que haber dicho —le dijo, sin volver la cabeza.

Le sorprendió que se hubiera dado cuenta de que estaba despierta,

a pesar de que no la estaba mirando. De pronto sintió pudor, encendió la luz de la mesilla y buscó su camisón.

—¿Decirte qué?

Hubo un silencio, y después él se dio la vuelta y ella se quedó sorprendida ante la evidencia de su masculinidad.

—Que nunca antes habías estado con un hombre.

Ella trató de sorprenderse, pero no lo consiguió. Era tan diferente a ella. Ella se sintió dividida. Por una parte le daba vergüenza mirarlo, pero por otra parte deseaba explorar más su desnudez.

—¿Y tú cómo sabes que no he estado con otro hombre? —le preguntó de forma distraída.

—Digamos qué lo sé. Y sólo hay que mirarte a la cara ahora. No sabes si abrazarte a mí, o salir corriendo.

Ella se sonrojó y de pronto localizó su camisón en el suelo.

—No creo que eso importe ahora —murmuró, levantando el camisón del suelo se lo puso.

La cama se hundió un poco, cuando él se sentó. Le agarró la barbilla con su mano, acariciando sus labios con un dedo.

—Tenías que habérmelo dicho —le repitió.

—Yo no te he preguntado detalles de tu pasado. Y no creí conveniente contarte detalles del mío.

—Princesa—le dijo muy serio—, tú no has tenido pasado hasta hace sólo unas horas. Yo estaba muy excitado. No tienes un cuerpo muy grande, y yo sí. ¿Te he hecho daño?

A pesar de la intimidad que acababan de compartir, ella se avergonzó de sus palabras. Pero de repente recordó el momento en que él entró en ella por vez primera, la sensación de plenitud.

—No —le dijo con voz ronca—. Ha sido lo más maravilloso del mundo.

Él se quedó mirándola fijamente impresionado por su respuesta.

—Me pregunto qué más no sé sobre ti —le dijo con suavidad.

Ella giró la cabeza un poco y apartó su barbilla de su mano.

—No trato de ocultarte nada, te lo prometo —le agarró la mano y, como ya había hecho antes, le dio un beso en la palma. Ella sintió cómo un escalofrío recorría su cuerpo. De pronto apartó la mano y se levantó.

—Tenemos que hablar —le dijo con brusquedad, dirigiendo sus pasos hacia la ventana.

—La verdad es que no hablamos mucho —le contestó Gloryanne con calma. En algún momento durante las horas que llevaban juntos, todos los temores que la habían acosado durante el día, habían desaparecido, y se había sentido segura de que él necesitaba su amor. Nunca había conocido a nadie que lo necesitara más. Pero a pesar de

ello, no quería hacerse ilusiones de que iba a ser todo fácil. ¿No le estaba ella diciéndole a Logan que era dura?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó él un poco extrañado por su contestación.

Ella movió la cabeza, como si estuviera agitada, la fuerza de sus sentimientos hacia él encendiéndola.

—Supongo que me vas a decir que aunque hemos compartido esta increíble experiencia en la que la tierra dejó de girar y el tiempo se detuvo, no supone que nos tengamos que casar, o algo parecido —le dijo con calma—. Eso ya lo sé yo. ¿Así que por qué no asumimos las cosas como están? Dejemos pasar algo de tiempo a ver qué pasa.

Durante unos segundos que parecieron interminables, aquella sugerencia tan práctica no obtuvo respuesta por su parte. Hasta que al fin él dijo algo que no tenía que ver nada con lo que estaban hablando:

—Dentro de tres semanas tengo que pagar una factura del rancho por una cantidad de veinticinco mil dólares, y no tengo el dinero.

Glory se quedó tan sorprendida que no supo qué responderle, hasta que al fin logró recuperar la voz y le preguntó:

—¿Y cuánto te falta?

—Más o menos diecisiete mil —le contestó el en un tono medio burlón.

—Hmmm —respondió ella—. Tengo aproximadamente veinticinco mil dólares en el banco —le dijo. Le miró a la cara, como intentando disculparse—. El resto tuve que utilizarlo para romper mi contrato con Jack.

—¿Por qué? —le preguntó él, entrecerrando los ojos.

—¿Por qué, qué?

—¿Que por qué tuviste que hacer algo así?

—Porque estábamos comprometidos, hasta que descubrí que estaba más interesado en Je'zhar que por mí —le dijo ella, encogiéndose de hombros—. Y no podía quedarme después de saber algo así —ella ignoró la forma tan extraña en que la estaba mirando—. ¿Qué opinas si vendemos a Cherokee? Con mis ahorros, el Jeep y el trailer podemos sacar lo suficiente para pagar la factura, más o menos.

Por un momento él la miró con un tono que pudo interpretarse como algo parecido a agradecimiento, pero luego movió en sentido negativo la cabeza, rechazando aquella idea.

—No, no pudo aceptarlo.

Por descontado que no iba a poder aceptarlo, pensó ella. Cómo iba a aceptar su ayuda. No obstante, de pronto empezó a entender lo que él estaba pensando en aquellos momentos. Sin su Jeep no podía marcharse, que era lo que al fin y al cabo haría con el tiempo. Pero

aquel no era el momento de empezar a sentir pena de sí misma. Había que pensar más en cómo salir de aquella situación.

Se le ocurrió otra posible solución, pero no sabía si proponérsela, por miedo a que la malinterpretara también. Lo miró con cierta inseguridad.

—A lo mejor ya se te ha ocurrido esto a ti, y puede que haya un millón de razones que yo no conozco del porqué no lo has hecho, pero, ¿por qué no vendes parte de los frutales?

—No —contestó él al momento, incluso antes de que ella terminara de formular su pregunta—. Los Bradshaw siempre han cultivado manzanas en Columbia Creek.

—Sí, pero tú no las cultivas —le dijo ella, intentando medir sus palabras—. Tú crías caballos.

—Tú no lo entiendes... —empezó a decir, pero de pronto se calló y se quedó pensando.

—¿Qué es lo que no entiendo?

Él se encogió de hombros.

—Tendrías que haber conocido a mi padre —le dijo él, con tranquilidad—. Era un hombre que se pasó toda su vida cuidando de los árboles frutales. Habría sido capaz de vender a mi hermana, o incluso a mí, antes que uno sólo de sus árboles.

—Pero tú no eres tu padre —le sugirió ella, con mucho tacto.

Durante unos segundos, él permaneció totalmente inmóvil, como si fuera una estatua, pensando en lo que ella acababa de decirle. Pero al cabo del rato le respondió:

—Me lo pensaré —y aunque parte de la tensión que le había hecho dirigirse hacia la ventana empezó a desaparecer, no hizo el menor movimiento por volver al lado de ella—. Hay algo sin embargo que es posible que no hayas tenido en cuenta.

—¿Qué?

—Pues que a largo plazo probablemente sintamos que hemos perdido algo. Y eso supone —le dijo con franqueza—, menos dinero en nuestros bolsillos —le dijo, con una mirada oscura y tan impenetrable como el cielo tormentoso que se veía a través de la ventana. Ella le escuchó atentamente y por un momento pensó si él podría llegar a comprender que a ella poco le importaba el valor que el rancho pudiera tener en el futuro como tal. Lo que más le importaba era su valor como hogar. Un hogar con Christopher, con Josh y con Logan. Eso para ella era más importante que si los campos estuvieran plantados de oro puro.

Pero no se lo dijo. Porque era un problema de confianza. Y la confianza, al igual que cuando quieres demostrar tu valía, no se la puedes imponer a nadie.

Pero poco más podía hacer por Logan esa noche. Ni tampoco intentaba más. Se quedó mirándolo, mientras permanecía de pie, al lado de la ventana, con su cuerpo bronceado, alto y fuerte. Empezó a sentir una extraña sensación recorriéndole nuevamente el cuerpo. Ya habían estado hablando más qué suficiente. Aquella noche tenía que ser una noche de amor. No podía ser una noche para preocuparse de lo que pudiera pasar en el futuro.

Así que decidida le dijo:

—Está bien, el dinero nunca ha sido mi debilidad —y bajando un poco el tono de su voz, dándole un tono más seductor continuó—. ¿No crees que vas a enfriarte?

Incluso aunque había poca luz en la habitación, pudo ver que su cuerpo se ponía en tensión en respuesta a su pregunta.

—Eres la mujer más malvada que he conocido —le dijo, mientras movía la cabeza. Luego se dirigió lentamente hacia la cama, donde se quedó de pie, mirándola.

—Gracias —murmuró ella, atrapada en la misteriosa profundidad de su mirada.

—Quítate el camisón —le susurró, y aquellas palabras excitaron todas las partes de su cuerpo. Con dedos temblorosos hizo lo que él le pidió, incapaz de apartar la mirada de su cara. Se quitó el camisón y lo tiró al suelo.

Y entonces, aunque se propuso no precipitarse, se echó en la cama y dejó que ella apretase el cuerpo contra él suyo, momento en el que ella sintió la sangre subirle por las venas, incluso antes de que él empezase a besarle todo el cuerpo.

Ella se quejó, y le acarició los hombros, bajando poco a poco hasta llegar a sus esculpidos brazos, momento en que él gruñó de satisfacción. Él le acariciaba con la lengua sus pezones.

Y después ambos se fundieron en un abrazo, moviéndose rítmicamente y ella gritó cuando le sintió dentro de ella y en aquel momento sintió una descarga en todo su cuerpo.

Pero ella continuó pegada a él, empujando, uniendo sus jadeos, fundidos en la fuerza y la belleza de la pasión que los consumía. Tan absortos estaban uno en el otro que ni siquiera se dieron cuenta de los truenos que se oían al otro lado de la ventana.

# Capítulo 9

—Tío Logan

Logan, que estaba consultando una y otra vez el libro de contabilidad, miró a Josh, frunciendo el ceño cuando se dio cuenta de que ya casi era medianoche.

—Si no han cambiado, creo que los lunes todavía hay que ir al colegio ¿no? —le dijo, con cariño—. ¿No deberías estar en la cama?

—lo he intentado, pero no puedo. Me gustaría hablar contigo.

Logan dejó a un lado el libro de contabilidad. Aunque no había dormido mucho, cuando había despertado aquella mañana, en su propia cama, después de dejar a regañadientes la de Glory antes del amanecer, sintió como si se hubiera quitado un peso de encima.

Tardó todavía un rato en saber qué era lo que estaba pasando, hasta que se dio cuenta que había tomado una decisión sobre la sugerencia que Glory le había hecho, de vender parte de la tierra.

Movió la cabeza, como si no se lo acabara de creer, todavía un poco absorto. Allí estaba, dándole vueltas a una posible solución a sus dificultades financieras y la solución la había tenido frente a él todo el tiempo. Cal Welmar siempre había estado detrás de él para que le vendiera la parte del huerto que lindaba con sus tierras, pero Logan nunca había pensado en esa posibilidad. Y la única razón era porque su padre nunca lo habría hecho.

Pero como Glory había dicho, él no era su padre. Él también amaba aquella tierra, pero lo primero que hizo cuando heredó el rancho fue llegar a un trato con Cal para que se hiciera cargo de los frutales de Columbia Creek. Las cosas requerían tanta especialización que no había forma de competir en el mercado, si no sabías lo que tenías entre manos. Y él no entendía nada de árboles frutales. Desde que tenía la edad de Christopher, lo único que le había interesado eran los caballos.

Así que lo primero que hizo nada más levantarse fue llamar a Cal, quién no dudó un minuto de la oportunidad que se le daba de poder discutir de una posible compra de los frutales, de lo cual hablarían al día siguiente.

Por primera vez en mucho tiempo quiso darse un descanso. Había hecho los trabajos rutinarios básicos por la mañana, y se había tomado el resto del día libre. Llevó a Glory y a los niños a dar una vuelta, a enseñarlos la presa de Wanapum y después a ver también los inmensos caballos de metal que hacía el escultor David Govedare y los árboles de piedra en el bosque de Ginkgo, para finalizar el día con una cena en Ellensburg. Fue uno de los días más maravillosos que había pasado en años, y se lo había pasado muy bien.

La nota oscura la había puesto Josh, quien había estado muy reservado y ausente durante la mayor parte del día. Logan lo había achacado a cosas de quinceañeros, pero viéndole allí frente a él, se podía ver, a la perfección, la tensión en su cara.

—¿Qué pasa? —le preguntó, en un tono despreocupado—. ¿Estás pensando en el baile de la semana que viene?

—No —Josh cruzó la cocina y se sentó en la silla que había frente a su tío, muy serio—. Quiero preguntarte unas cosas sobre mi madre.

Logan apretó el lápiz entre sus dedos, pero no cambió la expresión de su cara.

—Dime.

Josh evitó la mirada de su tío, y se dedicó a juguetear con un hilo rojo que había en los pantalones de su pijama.

—Quiero que me digas, por qué me dejó contigo.

Logan suspiró.

—Ya te lo he dicho mil veces, Josh.

—Ya, ya sé. Pero quiero oírlo otra vez.

—No es nada nuevo. Se fue a la universidad y allí se enamoró. Pero cuando se enteró de que estaba embarazada de ti, se asustó, porque se dio cuenta de que era demasiado joven como para casarse. Iba a licenciarse muy pronto y le habían ofrecido un trabajo en Washington D.C. Un trabajo que le garantizarían unos ingresos para terminar la carrera de derecho.

Logan le fue relatando todos esos datos, intentando dominar su impaciencia, ya que eran cosas que se las había repetido cientos de veces.

—Tu madre es una persona muy ambiciosa. Ella quería ser más que la simple esposa de un granjero. No es que haya nada malo en eso, pero no era su estilo de vida. Pero sin embargo deseaba tenerte, y deseaba criarte.

Josh le dirigió una mirada rápida e insondable y de pronto Logan le dijo en defensa de la madre:

—Era muy joven, Josh.

—Era mayor que tú.

—Sí, lo sé, pero... la gente no madura a la misma edad. Es posible que yo fuera más joven cronológicamente hablando, pero cuando tú naciste, yo ya llevaba un año encargándome del rancho, desde que mi abuelo murió, y ya estaba listo para ser padre.

Logan siempre se había sentido bien donde estaba, su corazón pertenecía a Columbia y a las planicies que se extendían más allá del horizonte. Desde muy joven había sentido que pertenecía a aquellas tierras, algo que su hermana nunca había sentido, y eso le había dado la estabilidad para criar a un hijo.

Annie, por otra parte, siempre se había sentido insatisfecha con todo aquello y siempre estaba refunfuñando. Desde pequeña se había querido ir de allí y vivir en la ciudad. Veía a Josh y sólo veía responsabilidades. Logan veía a Josh y sólo veía posibilidades.

—Yo le dije que te quería y que me quedaba contigo —le dijo Logan de nuevo, sin poder explicar la decisión de su hermana, porque ni él mismo la entendía.

—¿Pero por qué dejó de venir a vernos? —le preguntó Josh.

—Tu madre estaba muy ocupada intentando terminar su carrera. Yo por mi parte estaba siempre ocupado cuidándoos a ti y a Christopher, así que era difícil encontrar un momento para vernos —le dijo, ofreciéndole al chico la versión que una y otra vez le había repetido—. Supongo que ambos nos aburrimos de intentarlo.

Pero la discusión que provocó todo aquello había sido bastante inocente. Annie estaba preparándose para marcharse, después de haber pasado tres días con ellos. Después de meter las maletas en el coche que había alquilado, Logan había logrado dormir a Christopher, que tan sólo tenía tres semanas, y Josh muy agitado, como siempre se ponía, siempre que su madre se marchaba, había despertado al bebé, dándole un pellizco.

Logan vio que Josh estaba intentando llamar la atención, ante lo cual su tío reaccionó enviándolo a la habitación a que reflexionase sobre lo que acababa de hacer. En el momento en que el chico subió a su habitación, Annie se encaró con él.

—¿No crees que han sido un poco duro? —le echó en cara, como si ella llevara toda la razón.

—No —le respondió él, simple y llanamente.

—Pues yo sí. A lo mejor es que ya estás un poco harto de él —añadió ella, como si estuviera haciendo la declaración del siglo. En realidad de quien estaba harto era de ella y de sus inesperadas visitas y de intentar llevar él sólo el rancho, además de estar cuidando a un bebé y a un niño de ocho años—. Es un niño muy brillante —siguió diciendo ella—. Y no es de extrañar que a su edad sienta celos del bebé.

Logan ya sabía eso, sin necesidad de que ella se lo dijera. Pero también sabía que no podía permitir que Josh descargara todas sus frustraciones contra Christopher, y le dolieron las críticas de su hermana. En especial, cuando seguro que no se le había ocurrido pensar que era ella, y no Christopher, la causa de toda aquella tensión.

Como si acabara de pasar el día anterior, Logan podía rememorar la escena en su cabeza. En medio de una cocina llena de cacharros por todas partes, Annie aparecía elegante con su vestido de diseño. —Quizá —le dijo en un tono frío—, sea mejor que Joshua se venga a

vivir conmigo por un tiempo, al menos hasta que te calmes un poco.

Aquella sugerencia le dejó paralizado. No podía negar que no estaba pasando un buen momento, porque hacía pocos días que se había divorciado de Melanie, después de nacer Christopher. Pero a lo que no estaba dispuesto era a entregarle al niño que había estado criando él desde que nació. El niño, que aunque no era de su sangre, lo era de su corazón. —Josh es mío, Annie —le dijo en tono amenazante—. Tú perdiste todos tus derechos sobre él, el mismo día que me lo entregaste para que yo lo cuidase.

—Pero yo soy su madre —le dijo su hermana muy acalorada.

Sin decir una palabra, él se fue a su habitación y metió a Christopher otra vez en la cama, cerrando la puerta con cuidado cuando salió y volvió a la cocina, donde ella todavía estaba.

Y la miró a la cara, separándolos una distancia infinitamente mucho más grande que el espacio que en realidad los separaba.

Logan se sentía tremendamente decepcionado, y por ello tomó al instante la decisión de hacer lo que tuviera que hacer para conservar a Josh a su lado.

—Creo que será mejor que te lo pienses bien, Annie —le dijo— Porque, te voy a advertir una cosa. Voy a luchar con todo lo que tenga contra ti. Y ya sabes lo mucho que les preocupa a tus amigos los políticos las cuestiones de imagen. ¿Qué crees que pensarían de ti, si se enteran de que eres una madre que abandona a su hijo?

Ella se puso pálida, y él por dentro sufrió lo indecible al ver el dolor que le había producido aquel ataque a su hermana, pero se mantuvo en sus trece, a pesar de ello.

—Te conozco Logan. Prácticamente te he criado, después de la muerte de mamá. No harías una cosa así. No eres capaz de ser tan cruel.

—Tú provócame —le dijo en tono muy tranquilo, pero amenazante —. Durante ocho años no te he dicho una palabra y tú has estado yendo y viniendo cuando te apetecía. Y cuando estabas por ahí bebiendo martinis en alguna convención política, yo estaba aquí calmando a tú hijo, cuando lloraba y lloraba durante días cada vez que te ibas. Y yo he sido el que he tenido que responder a sus preguntas de por qué él no puede vivir con su madre como el resto de los niños. Ya estoy un poco harto, hermanita. Así que por mí, puedes dejar ese aire de superioridad y poner las maletas de diseño en tu precioso coche y salir pitando de mi rancho. Olvídate de nosotros y por favor no vuelvas hasta que no se te invite expresamente.

Ella se quedó mirándole sin acabarse de creer lo que estaba oyendo. Le había soltado todo aquello sin siquiera pestañear. Entonces, furiosa agarró su bolso y caminó tempestuosamente hacia la puerta.

—Espera sentado a que vuelva, Logan —le advirtió—. ¡Porque no pienso volver nunca!

Y eso fue lo que hizo. Desde entonces, habían hablado algunas veces por teléfono. Mantuvieron conversaciones intrascendentes, educadas. Pero nunca más mencionó la posibilidad de que Josh se fuera a vivir con ella. Y cuando Josh había digerido por fin su ira, su miedo y su orgullo, y le envió una invitación para que les visitara cuando quisiera, ella la rechazó, diciendo que no era el momento más conveniente.

Y así habían pasado seis años. Algunas veces, en mitad de la noche, se descubría a sí mismo pensando que Josh podría culparlo por echar a su madre de su lado. Y en esos momentos se arrepentía de las palabras que le dijo a su hermana. Pero después de todo, ella fue la que decidió no volver más.

De pronto se dio cuenta que Josh estaba observándolo, como preguntándose qué era lo que estaría pensando para tener aquellos colores en la cara.

—Ya es tarde —le dijo con tranquilidad—. Y la verdad es que no te puedo contar nada más.

—Siempre me dices lo mismo; tío Logan —le respondió el niño, con insistencia, mientras se quedó mirándolo para ver su reacción—. Es posible que lo mejor sea que hable con mi madre.

Logan no quiso picar en ese cebo.

—Es posible. El problema es que no sé su dirección, ni su teléfono, ya que no nos ha enviado esos datos, desde que sabemos que la subieron de categoría y cambió de dirección. Seguro que nos llama el día de Acción de Gracias, que es dentro de muy poco, creo —añadió sin inmutarse—. Tendrás que esperar hasta entonces. No hay más remedio.

—¡Sabía que no me ibas a querer responder! —le dijo el niño muy enfadado—. ¡Y eso fue exactamente lo que le dije a Glory, y ella no me creyó!

—¿Hablaste de esto con ella? —le preguntó Logan, con algo de tensión.

—Sí —le respondió Josh, levantando su mentón en plan desafiante.

—Ya entiendo. ¿Y qué es lo que te dijo ella?

—Pues me dijo que debería hablar contigo. ¡El problema es que no sé para qué! ¡Y además ni me importa! —le dijo en un tono dramático, tan normal en un quinceañero. Y se levantó con tanto ímpetu de la silla que la tiró al suelo—. ¡A ti no te abandonó tu madre como a mí!

A pesar del estado de agitación de Josh, Logan se sintió muy relajado al oír que Glory le había dicho a Josh que lo mejor que podía hacer era hablar con él. Veía con claridad el dolor que había en las

palabras del chaval, pero lo mejor por el momento era no responder. Tenía que pensar sus respuestas con detenimiento. Tenía que pensar con cuidado lo que le iba a decir a su sobrino, sin herir su sensibilidad aún más.

—Vete a la cama, Josh. Ya es muy tarde y los dos estamos muy cansados —le dijo, mientras dirigía de nuevo su mirada al libro de contabilidad—. Hablaremos de esto en otro momento.

—Tío Logan...

—Vete a la cama —le dio, sin levantar la voz, pero con un tono tan cortante como el filo de una navaja.

Josh dijo algo entre dientes, se dio la vuelta y salió disparado hacia su habitación.

Glory llevó a Je'zhar por un camino estrecho que llevaba hasta uno de los huertos de árboles frutales. El semental estaba muy nervioso y saltaba a cada ruido y cada sombra que veía, pero Glory casi ni lo notaba. Estaba demasiado ocupada en poner en orden todos sus sentimientos.

Y no era una tarea fácil. La noche que Logan y ella habían pasado juntos había sido maravillosa. Fue lo que ella siempre había imaginado sería una noche de pasión entre un hombre y una mujer. Y a pesar de que lo que le había dicho de que había que aceptar las cosas como venían, la verdad era que en los últimos días su relación había sido bastante amigable y no podía evitar albergar esperanzas de futuro.

Pero a pesar de su evidente deseo por ella, Logan no había movido un dedo para indicarle que había cambiado su opinión en cuanto al amor y los compromisos. La primera noche que pasaron juntos, ya le había dejado claro que lo único que podía haber entre ellos era una aventura amorosa. Y no tenía motivos ningunos para pensar que él había cambiado de opinión. Además, ella, mejor que nadie, sabía que no se podía forzar a la gente a que te quisiera. Fue lo que aprendió después de tantos años de casa en casa.

Dio un suspiro y sacó a Je'zhar fuera de los árboles frutales, encaminándolo por la cuesta que subía por una de las laderas de la montaña, cubierta de plantas de salvia, sonriendo cuando el caballo hizo un resoplido.

—¿Qué te pasa amigo? —le preguntó, mientras le acariciaba el cuello—. ¿Todavía te molesta ese olor a salvia?

El caballo movió su cabeza y mordió el bocado, como para expresar su opinión de que con una buena galopada se sentiría bastante mejor.

—Tienes razón —le dijo Glory sonriente.

Y nada más decírselo, salieron galopando monte arriba. Glory se sintió como si estuviera en el cielo, porque le embargaba una

sensación como no había sentido jamás.

Y hasta que no tiró un poco de las riendas, no oyó el galope de otro caballo. Poco a poco fue parando a su caballo, hasta que empezaron a caminar, se volvió en la silla, emocionándose al ver a Logan subido en un caballo, que se acercaba, al galope, hacia donde ellos estaban.

—¡Hola! —le saludó con alegría—. Has terminado muy pronto.

—Estoy empezando a pensar que tienes menos cerebro que un mosquito —le dijo, tirando de las riendas con tanta fuerza que su caballo casi se da la vuelta—. ¿Qué has venido a hacer aquí tú sola?

—¿Y usted qué cree que estoy haciendo, señor Bradshaw? —le respondió con ironía. El semental empezó a moverse y ella le azuzó con los talones, con intención de alejarse de Logan.

—Espera, no te lo tomes así —le dijo, mientras echaba mano a las riendas del caballo, para que se detuviera—. Pero es que tienes que tener cuidado con esa pierna.

Glory se emocionó al pensar que él había hecho todo aquel camino porque estaba preocupado por ella. Se sintió tan contenta que casi se cae del caballo.

—Lo siento —le dijo, con un tono de sorpresa evidente en su voz—. No se me ocurrió que pudieras estar preocupado por mí.

Él se sonrojó, como si le hubieran pillado haciendo algo malo.

—Trata sólo de tener un poco más de cuidado —gruñó él, evitando su mirada, al volver la cabeza y observar el horizonte.

—Claro —y los segundos se convirtieron en minutos. Y cuando ya estaba claro que él no iba a decirle nada más, Glory se quedó pensando qué era lo que escondía aquella preciosa cabeza—. ¿Y bien? —se atrevió a interrumpir aquel silencio—. ¿Sólo has venido a gritarme? ¿O querías decirme algo más?

Logan volvió la cabeza y la miró, y adoptando una postura más relajada le sonrió.

—¿Nadie te ha dicho que tienes más nervio que un alambre de espinos en un huracán, princesa?

Ella le sonrió.

—Nadie más que tú, vaquero. Supongo que tú eres el que haces que salga mi lado temerario.

Y sus miradas se encontraron, un momento cargado de electricidad, cuando ambos recordaron la noche que habían pasado haciendo el amor.

Fue Logan el que, por fin, tuvo fuerzas suficiente como para apartar su mirada, pero no antes de que la llama azulada del deseo le hubiera encendido los ojos. Se aclaró la garganta y le dijo:

—Ha llamado Welmar esta tarde. Y me ha hecho una oferta por la

parte sur de la finca.

—¿ Y qué le dijiste? —preguntó, entusiasmada.

Se encogió de hombros, en un movimiento un tanto revelador.

—Es una buena oferta, con la cual se podría pagar de sobra lo que tenemos pendiente.

Ella se sintió transportada a otro mundo cuando le oyó hablar en plural.

—¿Crees, entonces, que es lo mejor? —le preguntó, feliz al comprobar que la voz no le tembló—. Si crees que es lo mejor, adelante. Pero si dudas, no te preocupes, ya veremos cómo lo solucionamos —le dijo, porque no dudaba ni un segundo que Logan haría lo que pensara que era mejor para el rancho.

—¿Estás segura? —le dijo mirándola fijamente.

Él movió la cabeza, como si no se acabara de creer lo que le acababa de decir.

—Está bien.

Y los dos se mantuvieron en silencio, cabalgando uno al lado del otro. Glory se levantó de la silla y señaló con su mano un trozo de terreno que se extendía hacia el este.

—Es precioso —le dijo.

El terreno por donde estaban cabalgando tenía múltiples variaciones de color, beige, ocre, marrón. En el río se estaba levantando una ligera bruma, cubriendo el paisaje con un manto plateado que brillaba cuando tocaba el cielo azul pálido, mientras que al sur se extendían hileras de árboles, tiñendo al paisaje con el tono verde de sus hojas.

Logan también estaba embelesado con aquella escena.

—¿De verdad crees que es bonito? —dijo muy lentamente.

Ella lo miró, sin acabarse de creer el tono con que le había hecho aquella pregunta.

—No puede haber nadie que no piense lo mismo.

—Mi hermana Annie lo pensaba. Ella sólo veía polvo y suciedad.

Glory no tenía ni la más remota idea de lo que estaba sucediendo detrás de aquellos ojos color azul, pero no iba a dejar pasar la ocasión que le había brindado él, y satisfacer su curiosidad. Dudó durante unos instantes, no sabiendo como empezar, pero suavemente le preguntó:

—¿Os criasteis los dos aquí?

Por un momento, él pareció sorprendido por aquella pregunta, como si le hubiera sorprendido que ella no supiera nada de su pasado, y después le respondió con naturalidad:

—Sí. Aquí han vivido los Bradshaw durante más de cien años. Mi abuelo paterno se vino a vivir aquí a principios de siglo. Y mi padre

estaría todavía trabajando la tierra si no hubiera perdido la vida en un desgraciado accidente con el tractor.

—¿Y cuándo ocurrió eso? —le preguntó Glory, con mucha delicadeza.

Por un instante pareció como si él no fuera a responderle, pero haciendo un gesto con los hombros le dijo:

—Al año siguiente de terminar yo la universidad. Cuando murió tuve que encargarme del rancho. —¿Y tu madre?

—No la recuerdo. Murió cuando yo tenía cuatro años.

—¿Y Annie?

—¿Qué quieres saber de ella?

—¿Dónde estaba, cuando perdiste a tu padre?

—En la universidad. Había conseguido un trabajo en Washington.

—¿Estabais muy unidos?

—Cuando éramos más jóvenes, sí. Ella es unos años mayor que yo, y los dos nos hemos ayudado el uno al otro. Mi padre siempre estaba trabajando e intentando sacarnos adelante. Así que más o menos los dos crecimos sin que nadie se preocupara mucho por nosotros —le dijo, haciendo un gesto, señalando las estepas que los rodeaban, que tenían un color marrón pálido, después del abrasante verano—. Te lo creas o no, los dos veníamos mucho a jugar aquí, a policías y ladrones, a indios y vaqueros, y cosas así. Algunas veces no me acabo de creer que yo hubiera podido ser así hace años.

Glory se dio cuenta que Logan era más o menos como el río. Tranquilo en la superficie, pero con una fuerte corriente de emociones por dentro. Un pensamiento que incluso pareció más adecuado al caso, cuando él murmuró indirectamente:

—Incluso entonces, Annie siempre quería ganar.

Ella pensó que era curioso que hubiera dicho aquello, pero algo en su interior le dijo que no hiciera ningún comentario al respecto, así que le preguntó:

—¿Cuántos años tenías, cuando te dejó a Josh?

—Diecinueve.

—¡Tan joven! ¿Qué tiempo tenía Josh?

—Menos de un mes.

Ella lo miró con asombro, tratando de imaginarse en su situación, solo en Columbia Creek con un bebé que tenía que criar. Una prueba muy dura para ser un hombre, un tiempo que ya era difícil por la edad que tenía, teniendo que soportar además el peso de una responsabilidad.

—¿No crees que eras demasiado joven como para criar un niño tú solo?

Él se volvió para mirarla cara a cara.

—Hablas igual que Josh —y apartó su mirada por un instante, y cuando la volvió a mirar, fue como si durante aquel tiempo hubiera alcanzado una decisión—. Escucha, princesa, ya sé que Josh ha estado contándote cosas, y que en este momento él tiene una idea un tanto romántica por el gran misterio que es la falta de interés de su madre por él. Pero la verdad es que la idea de la maternidad nunca le interesó mucho a Annie. En una escala del uno al diez, Josh le importaba más o menos un menos once.

Glory sabía lo que era sentirse rechazada, porque fue una experiencia que pasó con su tío y su tía. Por eso entendía la curiosidad de Josh.

—Ya entiendo —le dijo con calma—. Pero creo que a Josh se le tiene que dar la oportunidad de descubrir eso por sí mismo.

Logan le dirigió una mirada fría, y ella supo en el mismo instante que había traspasado límites que no le estaban permitidos.

—Ya ha sufrido bastantes rechazos en su vida —le dijo Logan.

—Ya no es ningún niño, Logan. Se está convirtiendo en un jovencito, y no puedes protegerlo continuamente.

Logan se encogió de hombros.

—Es posible. Pero eso no es asunto tuyo —le dijo, tajantemente.

Segundos más tarde, los primeros pájaros nocturnos empezaron a canturrear, con un canto que subía y bajaba de tono, tan normal en esa especie de aves. A pesar de la actitud que acababa de tener Logan con ella, no estaba dispuesta a perder su optimismo, diciéndose a sí misma que al menos había podido hablar de ello con él, y algo la había escuchado. No obstante, también pensó en que sería más fácil ser un pájaro, para no tener que considerar las miles de posibilidades que el ser humano se veía obligado a considerar.

Logan extendió su mano y acarició la crin negra de su caballo.

—Hay algo más que me gustaría pedirte —soltó él, de forma inesperada, rompiendo con ello el silencio que se había producido entre ellos—. Me estaba preguntando —a pesar del tono tan informal, había un ligero tono oficial en su voz—, si te gustaría ir al baile el sábado por la noche.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó, sin querer admitir lo mucho que había estado esperando que él le propusiera algo así—. No me tienes que invitar sólo por que hayamos... quiero decir, que... —se veía incapaz de terminar la frase, con lo que él pareció sentirse más a gusto. Sonrió, y apareció un hoyuelo en una parte de la cara.

—Sí —le contestó, con una franqueza que la dejó desarmada, mientras le dirigía una mirada con los ojos entrecerrados—. Ya lo sé.

Una simple mirada hizo que su cuerpo subiera de temperatura al instante, y una vez más se descubrió mirándolo embobada, admirando

su cuerpo fuerte y musculoso. Incluso vestido como iba, con su uniforme diario, de camisa de manga larga de algodón, con vaqueros y botas, lo encontraba devastador.

Estaba bien llevara lo que llevara puesto. Incluso sin nada, oyó que le decía una vocecilla desde su interior.

—¿Glory?

—¿Qué? —le respondió, saliendo de pronto de su ensimismamiento.

—¿Quieres ir al baile o no?

—Claro que sí.

—Me alegro —le respondió, sonriéndole de forma muy masculina.

Se sintió llena de felicidad por dentro, y empezó a recobrar las esperanzas que tan sólo hacía unos momentos ni se atrevía a imaginar.

Sintió que el mundo le daba vueltas, pero de pronto le entraron ganas de hacer una trastada y le dio una palmada en el lomo al caballo de Logan.

—¿No les has puesto nombre a ese caballo? —le preguntó sonriendo, recordando al mismo tiempo que Josh le había dicho que era el preferido de su tío.

—Top Gun —respondió Logan.

—¿De verdad? —le respondió, con un tono muy calculado de sorpresa, mientras sujetaba las riendas de Je'zhar, que empezó a dar unos pasos impaciente, sintiendo la ansiedad de su jinete—. Muy interesante. Y mucho más porque parece que cualquier mula es capaz de correr más deprisa que él.

Logan pareció no creerse lo que estaba oyendo, pero al cabo de unos segundos su mirada empezó a brillar ante aquel flagrante insulto.

Pero para entonces, Je'zhar ya le sacaba más de un cuerpo y había iniciado la carrera.

—¡Eh, Bradshaw! —le gritó volviendo la cabeza—. ¡Vas a tragar el polvo que voy dejando!

Logan espoleó el caballo y salió detrás de ella.

—¡Oye princesa! —le respondió, su voz oyéndose más cerca, cuando él recuperó cierta distancia—. Mejor será que corras, porque como te agarre...

Un escalofrío le recorrió la espalda. Empezó a reír e hizo lo que él le advirtió.

# Capítulo 10

Gloryanne encontró una nota con un teléfono el miércoles por la mañana. Ya había empezado a meter la ropa en la lavadora, pero de pronto se paro al recordar el desastre que casi se produce el día anterior. Por pura casualidad Brutus, que según Christopher era el nombre del bicho que ella había encontrado en el bolsillo de la camisa que iba a meter en la lavadora, no termina con un lavado completo.

Christopher tenía la costumbre de repetir sus costumbres y si Brutus estaba en alguna de sus camisas, mejor sería que lo comprobase antes de meter la ropa a lavar.

Dando un suspiro, empezó a sacar la ropa que ya había metido y empezó a revisar el interior de los bolsillos. Aliviada, comprobó que no había nada, aparte de un caramelo medio chupado, una chapa y un papel con el número de teléfono y dirección de Anne Bradshaw, con letra de Josh.

Josh no le había dicho nada de que iba a llamar a su madre. Pero si se paraba a pensarlo detenidamente, sí recordaba que durante aquellos últimos días había habido una cierta tensión entre Josh y su tío. Mientras mirada aquel trozo de papel, pensó qué estaría ocurriendo en la mente del muchacho.

No lo sabía, pero era algo que quería descubrir. Y tuvo la oportunidad de satisfacer su curiosidad, después de la lección de monta a Josh. Ya habían encerrado los caballos y estaban sentados, descansando, para empezar a limpiar después las monturas, cuando Glory sacó el trozo de papel y se lo entregó.

—Me encontré esto en tus bolsillos, cuando iba a meter la ropa en la lavadora —le dijo, porque no quería que él pensara que había estado hurgando en sus cosas.

Él puso cara de curiosidad al principio, agarró el trozo de papel y cuando vio lo que era se puso muy tenso.

—Gracias —le dijo, metiéndoselo en el bolsillo de la camisa. Y sin decir nada más, empezó a limpiar las riendas.

—¿Y bien? —indagó ella, al cabo de unos minutos, intentando poner un cierto tono de curiosidad—. ¿Has hablado ya con tu tío?

Él se detuvo y la miró, con una expresión de cautela.

—Sí. Pero de nada me sirvió. Se cerró en banda, como siempre suele hacer.

—¿Le dijiste cómo te sentías?

—Bueno, a lo mejor no del todo. Pensé que lo iba a hacer, pero antes de que pudiera, él me soltó lo que yo ya sé de sobra.

De nuevo, Glory le concedió a Logan el beneficio de la duda.

—A lo mejor es que no tiene nada más que decirte. Sé que es muy

duro, pero a lo mejor te tienes que hacer a la idea de que tu madre pone por delante su profesión, a cualquier otra cosa. Ella debe saber lo mucho que te quiere tu tío, y puede que piense que es lo mejor para ti.

—Puede —le dijo, mientras restregaba con fuerza la montura, mirando fijamente el movimiento de sus propias manos—. Pero yo no creo lo mismo.

—¿Por qué no? —le preguntó ella, sintiendo cierta ansiedad al escuchar el tono con que se lo había dicho.

—Porque —continuó a regañadientes—. La llamé. Y cuando le pregunté que por qué había dejado de venir a vernos, empezó a llorar —concluyó, dejando la esponja, con la que estaba frotando la montura, y volvió la cara hacia Glory, con una, expresión compungida.

—Oh, Josh... —empezó a decirle, mientras trataba de pensar las posibles razones por las que Anne Bradshaw habría tenido aquella reacción.

—Sí —dijo él, con evidente desesperación—. Fue horrible. Estuvo bien saber que no me odia, y todo eso. Pero nunca se me habría ocurrido que se trastornara de esa manera por mi llamada. Toda la conversación fue un fracaso. Me dijo cosas que yo no entendía. Me dijo que estaba muy orgullosa, pero la mayor parte del tiempo se la pasó sollozando y diciéndome lo mucho que significaba para ella que yo hubiera llamado, y que eso era un signo, no sé muy bien por qué.

Seguro que Logan le habría sabido responder, pensó Glory. Inclinando la cabeza un poco hacia un lado, le dijo:

—¿Y qué te dijo tu tío?

—No le he dicho aún que la he llamado —confesó, con hombros abatidos y cara de desesperación.

—¿Estás bromeando? —o por lo menos ella confiaba en que lo hiciera.

—No. Yo me enfadé mucho cuando él no me quiso responder y entonces le dije que quería hablar con mi madre. Quería provocarle de alguna manera, para que me respondiera. Pero me dijo que mejor lo dejara hasta el día de Acción de Gracias, que es cuando mi madre normalmente llama —y la miró con sus ojos azules, pidiéndole que lo comprendiera—. Yo no podía esperar tanto, Glory.

—Glory trató de digerir lo mejor que pudo aquella noticia.

—Pues, yo creo que será mejor que se lo digas.

—No —le dijo el muchacho, moviendo la cabeza.

—Pero, Josh —le dijo ella, tratando de hacerle razonar—. Él lo va a descubrir en algún momento.

—No sé cómo —le respondió, echándole al mismo tiempo una mirada, que al instante ella comprobó que estaba cargada de sospecha

de que por la única persona que se podría enterar era por ella—. A menos que tú se lo digas.

Sintió un nudo en el estómago. —No tendré que decírselo yo —le respondió—. Porque tú se lo vas a decir primero.

—Para nada —le respondió moviendo la cabeza de nuevo.

—Sí, lo vas a hacer —le dijo ella con firmeza— Piénsalo un poco. Lo va a descubrir en el momento en que vea la factura del teléfono —por la expresión de su cara, Glory comprobó que él no había pensado en esa posibilidad—. ¿Y qué pasará si tu madre llama uno de estos días?

Abrió los ojos, sorprendido. Al parecer aquella posibilidad, también la había pasado por alto.

—Está bien —le dijo, al ver que no tenía otro remedio—, Pero no hasta después del baile, ¿vale? Si se lo digo ahora, seguro que se pone furioso por hacer cosas a sus espaldas y no me deja ir al baile.

Ella se quedó mirándolo fijamente, ya que su primer instinto fue el que fuera inmediatamente a contárselo a su tío. Pero, aunque ella dudaba que Logan llegara a castigar a Josh por haber hecho una cosa así, tuvo que conformarse con su promesa. Su relación con Josh había mejorado mucho, pero si le obligaba a admitir lo que le había hecho a Logan, o se lo decía ella misma, y Logan no le dejaba ir al baile por ella, su frágil amistad se vería seriamente perjudicada.

—Por favor, Glory —imploró Josh—. Te prometo que se lo diré el domingo. Si no cuentas hoy, será sólo dentro de cuatro días.

—Josh... —le dijo, un poco asombrada, por la posición en que le estaba poniendo.

—Por favor. ¿Qué diferencia puede haber?

Mucha, se dijo a sí misma.

No obstante, no tuvo más remedio que ceder, ante aquella mirada.

—Está bien —le dijo—. Creo que lo que estás haciendo está mal. Yo creo que deberías decírselo a tu tío ahora mismo. Pero respeto tu decisión de hacerlo a tu manera. Tienes hasta el sábado por la tarde —no iba a ocurrir un cataclismo hasta entonces, se dijo a sí misma.

—Está bien —le dijo, sintiéndose un poco más aliviado.

Pero ella sabía que no estaba muy conforme. Trató de calmar su desasosiego, pensando lo que Chris y Josh decían de Logan, que ladraba mucho, pero que no mordía, y decidiendo que ella misma hablaría con Logan, después de que Josh hablara con él, el domingo. Seguro que lo entendería.

«¿Y si no lo entendía?», insistió la vocecilla interior.

Seguro que sí, se dijo, alejando sus malos presagios y concentrándose en limpiar la silla.

Cuando Gloryanne abrió la puerta de su apartamento el sábado por

la noche, llevaba un vestido de punto, color crema que dejó a Logan mudo, por unos minutos.

Parecía una prenda de vestir bastante sencilla, con la manga larga y unos cuantos adornos en el cuello, pero que dejaban ver con claridad dos piernas preciosas, y el resto se ceñía a unas curvas que invitaban al abrazo.

—Entra —le dijo, abriendo la puerta—. Voy a por mi bolso. ¿Se fueron ya los niños?

—Sí, Christopher estaba muy ilusionado con la idea de pasar la noche con los Nielsens, y Josh y su amigo y el amigo de otro amigo, que ya puede conducir, se han ido hace un rato a buscar a las chicas.

—Espero que se diviertan esta noche. —Seguro que se lo pasan bien —murmuró Logan, quien sintió como si alguien hubiese subido el termostato, mientras pasaba al salón y se fijó en la abertura lateral del vestido—. Oye princesa —le dijo con voz seductora—. ¡Estás muy guapa esta noche!

Desde el momento en que lo dijo, supo que estaba entendiendo la situación, y cuando ella se sonrojó y murmuró un nervioso:

—Gracias —se dio cuenta que estaba en lo cierto. Se acordó de cuando la vio por primera vez, que la consideró atractiva, y se preguntó cómo podía haber estado tan ciego.

Era sencillamente preciosa. Llevaba el pelo suelto, y había trenzado uno de sus mechones con un hilo dorado. De pronto se dio cuenta que la última vez que había podido observarla tranquilamente fue el día que hicieron el amor.

Sólo de pensarlo sentía un deseo tan intenso que prácticamente se quedaba sin respiración. Por un instante, estuvo tentado a proponerle no ir al baile y pasarse allí toda la tarde, repitiendo aquella experiencia tan agradable.

Glory tomó el bolso, que estaba sobre la mesa, se volvió y, vacilante, al ver aquella mirada que le estaba echando, le preguntó:

—¿Estás bien?

Él retiró la mirada y la dirigió hacia la caja de cartón que llevaba en la mano, sintiéndose un poco estúpido, al comprobar que había doblado una de las esquinas. Dios. Allí estaba él, todo un hombre hecho y derecho, actuando como si fuera un quinceañero.

—Sí —le dijo, mientras le ofrecía la caja de cartón—. Toma. Es para ti —al ver que ella dudaba y miraba sorprendida la caja, él sintió otro de esos sentimientos juveniles de inseguridad tan desconcertantes.

Ella lo aceptó y poco a poco lo fue desenvolviendo, sacando de la caja una bonita pulsera de flores. Permaneció en silencio durante unos segundos, con la cabeza inclinada, mirando las gardenias rosa claro, antes de levantar su mirada.

Aquella mirada en aquellos ojos de terciopelo oscuro le hicieron sentirse mucho más alto, hasta que vio que tenía lágrimas en los ojos. El deseo tan fuerte que había sentido tan sólo hacía un instante desapareció, para dar paso a una explosión de ternura.

—Venga —le dijo, sintiéndose un poco raro—, son sólo flores. No es un gran regalo. Pensé que sería divertido recordar los tiempos del colegio.

Ella movió la cabeza, y con voz quebrada le dijo:

—Yo nunca iba a esos bailes. Era muy tímida y además estaba cambiando de colegio continuamente —se puso el brazalete en la muñeca y levantó la mano, para ponérsela en la mejilla de él, llenándolo de una suave fragancia de flores, además de su embriagador perfume—. Es precioso, Logan. Gracias —se puso de puntillas y le dio un beso en los labios.

Logan buscó con su mano la base de su espalda, acercándosela, deleitándose en la sensación de sus labios.

Una llamarada de deseo recorrió su cuerpo.

A ella se le cayó el bolso al suelo.

Sus cuerpos se apretaron, hasta formar dos piezas perfectas de un rompecabezas, la curva delicada de la cintura y de los pechos, ajustándose a los contornos más angulosos de él, mezclando sus alientos, entrelazando sus lenguas, tocándose cada parte de sus cuerpos. La boca de él, caliente y firme saboreándola con sus labios, y Glory no sabía ya dónde tocarlo. Sintiendo su sexo excitado, pegó su cuerpo más y empezó a frotarse. Era un ritmo instintivo, que le salía desde lo más profundo de su alma.

Su entrega incondicional, puso en peligro el control de Logan. Intentó ignorar el fuego en su sangre, que le pedía finalizar el acto, luchó contra el fuego que le pedía tirarla al suelo y satisfacer allí el deseo que los consumía. Su corazón palpitaba con fuerza, su pulso se aceleraba, pero apartó sus labios, antes de perder todo el control, y respiró hondo, apoyando su cabeza en la de Glory, para recuperar el aliento.

Glory emitió un quejido de protesta y levantó la cabeza, rozando son sus labios su cuello.

—¿Por qué paras? —le preguntó, con voz temblorosa, su cálido aliento llegándole, incitándolo.

—Porque es mejor que paremos, si queremos ir al baile.

Ella echó los brazos sobre su cintura y empezó a besarle todo el cuello.

—Pues nos quedamos, entonces —le dijo, casi sin aliento.

Él sopesó su deseo, que le instaba a aceptar aquella invitación, y la tristeza con la que había dicho que ella nunca había ido a un baile.

Habiendo crecido en un entorno como ella había crecido, seguro que había un montón de cosas que no había hecho. En comparación, el simple placer de un baile de la escuela, no tendría mayor importancia.

Pero, era lo único que él podía ofrecerle, y por razones que ni él mismo lograba entender, decidió que era más importante ir al baile.

Retrocedió unos pasos, no sin antes darle un beso pequeño en la boca.

—No me tientes.

—Pero Logan...

—No —le dijo, antes de cambiar de opinión—. Quiero llevarte al baile. Además, las cosas han estado un poco tensas entre Josh y yo, y no quiero decepcionarlo.

—Bueno, vale —consintió Glory, sintiéndose un tanto agitada cuando nombró a Josh. Y decidió que si no hablaba Josh con él al día siguiente, ella lo haría.

Glory respiró, para calmarse, recorriendo con su mirada su cazadora deportiva y sus botas vaqueras de color negro, que llevaba puestas. Su camisa blanca resaltaba su piel bronceada, haciéndole los ojos más azules y su pelo más suave de lo normal. Con la mano, le arregló el cuello.

—Según vas, no sé como me voy a controlar.

Aquel comentario azuzó más el fuego de sus ojos. Se agachó y recuperó el bolso de Glory.

—Vamonos —gruñó él—. Porque si sigues mirándome de esa forma, no sé lo que va a pasar.

Prudentemente, ella no añadió ningún comentario, pero cuando extendió la mano para recoger el bolso, se dio cuenta de que le temblaba.

Hacía una noche preciosa, que saborearon mientras hacían los cuarenta minutos en coche, que les separaba de la fiesta. Para honrar el baile, apareció una luna llena, que bañaba con su resplandor toda la noche. Glory y Logan casi no hablaron, entre ellos había una tensión sexual que impedía la conversación.

El gimnasio, donde se celebraba el baile, estaba precioso. Lo habían decorado para que hiciese juego con la noche, con una luna llena muy grande, colgada de un cielo negro. Cientos de estrellas acompañaban el cuadro.

Glory pensó que aquello era precioso. Casi tan bonito como su acompañante.

—¿Qué piensas? —le preguntó él. Después de un descanso, los músicos empezaron a tocar por segunda vez. Ellos estaban justo al borde de la pista de baile, que estaba llena de quinceañeros que

bailaban con la misma energía que cuando empezaron—. ¿Te lo estás pasando bien?

Con ojos brillantes, le sonrió y le dijo: —Muy bien —y era verdad. Todo el mundo era muy simpático, los músicos eran muy buenos, y aunque Logan se había ido de su lado un par de veces, se lo estaba pasando en grande.

Pero, por supuesto, la principal razón era Logan. Intenso, un poco parado, quizá, pero tan guapo y, detrás de esa fachada de duro, tan cariñoso.

La canción acabó y Josh apareció entre la multitud.

—Hola, Glory. Hola tío Logan —les saludó en tono afable, con la cara acalorada por el baile.

—Hola —contestó Logan—. ¿Y tu chica? ¿Se te ha escapado con otro? —Josh ya había estado con ellos, para presentarles a Jennifer, una chiquita rubia impresionante, que Josh adoraba.

Josh giró los ojos. Estaba contentísimo. Las desavenencias con su tío, aparentemente olvidadas. —Se ha ido al servicio —les explicó. El quinceañero se metió las manos en los bolsillos y trató de parecer indiferente. —Me estaba preguntando... —¿Sí? —le incitó Logan, pacientemente. —Que algunos chicos se van a ir con sus chicas a comer algo, después del baile —había una cervecería, abierta toda la noche en el pequeño pueblo de Ceorge Washington—. Jason y Eric... —los dos chicos con los que había ido a la fiesta—, han llamado a sus padres y les han dado permiso, y quería pedirte permiso para ir yo también.

—¿Y a qué hora vas a volver a casa?

—Bueno, eso es lo mejor, porque me han invitado a pasar la noche en casa de Jason, para así no llegar a dormir tarde, porque él vive cerca —y les dirigió una sonrisa de pillo. Levantó las comisuras de sus labios, mientras jugaba lo que él pensaba era su as en la manga—. Así podréis tener la casa para vosotros solos.

Glory se sonrojó, mientras que Logan se le quedó mirando. Y entonces, muy a su pesar, una sonrisa, similar a la de su sobrino, apareció en sus labios.

—Tienes razón —le dijo, echando su brazo alrededor de los hombros de Glory—. Eso es lo mejor. Puedes ir, si quieres.

—¡Bien! —exclamó Josh, dando un puñetazo de alegría al aire, mientras que uno de los acompañantes, que Glory recordaba que le habían presentado con el nombre de Bob, dio unos golpes en el hombro de Logan.

—¿Tienes un minuto? —indagó Bob, haciéndole gestos,— para que le acompañara a la puerta, donde había unos matones de uno de los colegios rivales. Los dos hombres, después de disculparse, se

dirigieron hacia la puerta, mientras la banda empezaba a tocar otra canción.

Josh echó un vistazo a su alrededor, y le tiró del brazo.

—Vamos. Jen todavía no ha vuelto, vamos a bailar —los músicos tocaban una canción lenta, así que la invitó a bailar agarrados—. No quiero que te preocupes —le dijo, no percibiendo la razón por la que ella se miraba los pies, concentrada en mantener la distancia adecuada —. No he olvidado el trato que hicimos. Estaré en la granja por la mañana y hablaré con el tío Logan, como te he prometido.

Glory no había pensado por un momento que no lo iba a hacer, ni tampoco se le pasó por la mente que la atracción entre Logan y ella, y su decisión de darle una solución, no era tan evidente.

—Sé que lo vas a hacer —le dijo, respondiéndole a su pregunta, aunque mientras trataba de decidir cómo conseguir lo que le ocupaba todo su pensamiento.

Al final, le preguntó de forma directa:

—¿Josh, te preocupa que tu tío y yo... de que me guste?

Josh levantó la cabeza y la miró a los ojos. —Mmm, no —dijo, en tono dubitativo. Sonrió, mostrando que se sentía incómodo con aquel asunto, pero que no le importaba—. Antes me preocupaba un poco, al estar el tío tan solo, aunque me gustaría quedarme, después de terminar de estudiar, y ayudarle con los caballos. Pero, estas últimas semanas, me lo he pasado tan bien. Christopher y yo, estamos muy contentos de que vivas con nosotros.

No fue un cumplido muy efusivo, pero para Glory tenía más importancia que el más completo de los elogios. Profundamente impresionada y de forma impulsiva se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, eres un buen amigo. Josh sintió un calor subiéndole por el cuello, pero aguantó la dificultad con descaro, e incluso logró esbozar una sonrisa maliciosa, al estilo de su tío Logan.

—¿Sabes?, tú tampoco eres una mala amiga, aunque seas mayor.

—Te cuidado con lo que dices, o le digo a todos tus amigos que te tiré en el estanque. Imagínate qué imagen.

El se puso una mano en el corazón, simulando horror.

—Ya estoy de vuelta —dijo Logan, sorprendiéndolos. Se colocó a la espalda de Glory, e hizo un gesto con la cabeza a su sobrino, para que se fuera—. Anda, ve a buscar a tu chica, y deja en paz a la mía. Porque hasta es posible que me piense bien la idea de abandonarte en medio del desierto.

Josh sonrió y retrocedió unos pasos, después se inclinó, con gesto de cortesía y dejó su sitio a su tío.

—Otra cosa, Josh —Logan le detuvo, poniéndole la mano en el

hombro—. No hagas ninguna tontería, ¿vale?

Logan vio la marcha del chico, y mirando, con una sonrisa irónica, a Glory, le dijo:

—Chicos —movió la cabeza—. No hay quien los entienda. El domingo por la noche tan extraño, sin querer decirme una palabra, y hoy así. No hay quien lo entienda.

Glory se sintió culpable. Estuvo a punto de contarle todo lo que ella sabía. Pero cuando ya tenía la boca abierta para hacerlo, de pronto se le vinieron a la mente la cara de angustia de Josh cuando los dos estuvieron hablando, y se tragó las palabras. Sintiéndose la más despreciable de las hipócritas, sacó fuerzas de flaqueza y le dijo:

—¿Qué quieres decir?

—Pues que ha estado muy cariñoso, como nunca antes lo había estado, lo cual quiere decir que oculta algo. No te preocupes. Sea lo que sea, seguro que me lo cuenta muy pronto. Guardar secretos no es el punto fuerte de Josh.

Ni tampoco el de ella, se dijo Glory, con una sensación como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago.

Logan le pasó la mano por el brazo, con gesto tranquilizador.

—Relájate —le dijo, con suavidad—. Sea lo que sea, Josh y yo siempre lo solucionamos. Siempre lo hacemos.

Ambos permanecieron en silencio y se perdieron en sus propios pensamientos, mientras bailaban, moviéndose lentamente, que era el único movimiento posible por la proximidad de las otras parejas que estaban bailando.

Al cabo de unos minutos, Glory levantó la cabeza.

—¿Eras muy revoltoso, cuando estabas en el colegio? —le preguntó, necesitando una distracción para sus preocupaciones. No podía imaginárselo en esa época.

—No —le contestó. Pero vio un brillo en sus ojos, en el que notó que debió ser una buena pieza—. Aunque una vez hice una trastada en la que echamos polvos de hacer natillas en el lavabo de los profesores —le dijo, poniendo una expresión de malvado—. Sin embargo, todos los profesores dieron dinero para comprarme el regalo de graduación.

Ella se empezó a reír con ganas y él a miró muy serio.

—Dios, te pones preciosa cuando ríes. Un poco impresionada por aquella intensidad, le miró y comprobó que su cara estaba tensa por el deseo, y la sensación de que él la quería pasó por ella como un cuchillo por la mantequilla. Los músicos empezaron otra canción lenta. Sin decir una palabra, la agarró entre sus brazos. Intoxicada por el olor ligeramente picante de su colonia, extasiada por la dureza de sus muslos, Glory se apoyó en él, con su cuerpo ardiente por la proximidad y por todo lo que estaba sintiendo. Cerró los ojos, y se

dejó llevar por la música, moviéndose lentamente, sintiéndose en el cielo, por estar en los brazos de Logan.

Al cabo del rato, él le dijo: —¿Glory?

—¿Mmm? ¿Te pasa algo?

—Sí —le apartó las manos de su cintura—. Si no nos vamos pronto, soy capaz de desnudarte y hacer el amor contigo aquí mismo.

Ella parpadeó, no creyéndose lo que acababa de oír, pero a pesar de ello, no pudo evitar imaginarse a los dos haciendo el amor en la pista, mientras la música sonaba y sonaba, hasta llegar a un conmovedor crescendo.

—¿Qué has dicho? —sintió la garganta tan tensa, que casi no le salen las palabras.

—Vamonos a casa —le dijo, mientras recorría con la mano toda su espalda.

Ella sintió un escalofrío, ante la pasión despertada por aquella voz sensual, incapaz de no hacer otra cosa que asentir, dominada por una fuerza que la impulsaba a querer probar su boca, sentir su piel desnuda contra la suya, y conocer otra vez la fuerza arrebatadora de su posesión.

Y se fueron sin decirse una palabra, agarrados de la mano. Y aunque Logan logró llegar a casa en un tiempo increíble, a ellos el tiempo se les hizo demasiado largo.

Entraron en la cocina, donde la estufa todavía estaba encendida, reluciendo como un faro en medio de la noche. Logan se dirigió hacia la habitación.

—Espera —le dijo, mientras se quitaba la pulsera de gardenias que llevaba en la muñeca. Se acercó al frigorífico. Abrió la puerta, y con mucho cuidado lo metió dentro—. Ahí —susurró. Se fue hacia donde él estaba, le agarró la mano, y juntos hicieron los pocos metros hasta llegar a la habitación.

Logan encendió la luz de la mesilla de noche y estiró la cama, mientras se sentaba—en el borde, con su cara iluminada por el deseo. Los ojos de él tenían un tono oscuro y estaban cargados de emociones, unas emociones que no podía descifrar.

—Me lo pasé muy bien —le dijo ella, muy suave.

—Me alegro —acarició su pelo y suavemente le colocó un mechón de su pelo—. Pero la noche no ha acabado todavía, princesa —le acarició la mejilla con la mano, y se la fue bajando hasta llegar a su cintura. Y entonces la puso entre sus brazos, la besó, con intensidad, y ella rezó para no perder la cabeza.

La boca de él, cálida, masculina e insistente, invadió la suya, arrebatándole el aliento. Sus manos, grandes e insistentes, pero increíblemente suaves, agarraron su cuerpo, y ella sintió su aliento

entrar en sus pulmones y la tensión en aumento en todos sus músculos acerados.

Sobre la cama, él la colocó entre las piernas, sin dejar en ningún momento de besarla, hasta que tuvieron que separarse para tomar aire, y él intentó sacarle el vestido, por la cabeza.

Ella se levantó y se lo quitó, y él pudo ver lo que había debajo de aquel vestido color crema, que había estado acariciando toda la tarde. Un sujetador del mismo color que las gardenias que él le había regalado, adornaba su pecho, con braguitas del mismo color.

—¡Estás llena de sorpresas! —exclamó él, echándose para atrás un mechón de pelo que tenía sobre la frente—. Si llego a saber que era lo único que tenías debajo, no creo que hubiéramos podido llegar a casa.

—Hay veces que está muy bien esperar —le aconsejó ella, con un tono que enseguida la delató, por la forma en que sus manos le desabrochaba los botones del pantalón.

Cuando él estuvo en calzoncillos, se sentó de nuevo en la cama y la abrazó, colocando su frágil mandíbula en la palma de su mano.

—Te has metido en un lío, ¿lo sabes?

—Estoy empezando a imaginármelo —le dijo, con voz ronca, perdiéndose las palabras en el repentino suspiro, al sentir la caricia de su pelo en sus pechos, cuando él bajó la cabeza para besar con sus labios el pequeño hoyuelo en su tripa, subiendo después hacia los pechos, le quitó el sujetador y se los agarró con las manos. Con los dientes le mordió un pezón, y ella no pudo evitar perder todo su control.

Aquel hombre tenía fuego en la boca, la tocaba, la encendía de una forma, cuando le besaba los pezones, primero uno, después el otro, que creyó que estaba a punto de derretirse.

Ella no pudo resistir más tiempo y se puso encima de él, apoyándose en sus hombros con las dos manos. Recorrió con su boca su pecho, saboreando el calor de su piel en sus delicados labios.

—Glory —le dijo, con una voz ronca, protestando, porque aquellos besos le estaban derritiendo las piernas.

—Shh —le respondió, acariciándole el cuerpo con su pelo, como si fueran ramas de seda. Se quedó mirándolo, satisfecha.— Déjame hacerte el amor, Logan. Te quiero —mientras le recorría el pecho con sus besos, y subía hasta la boca, sus caderas se acercaban cada vez más cerca.

Y de pronto sintió como la penetraba. Entonces Logan empezó a moverse, de forma instintiva, y ella lo acompañó, hasta que él sintió que la sangre que le corría por sus venas era fuego.

—Tranquila, princesa —le dijo él, apretando los dientes, abrazándola por sus caderas, convenciéndola, para que poco a poco

fuese un poco más lenta. Tranquila… —con una voz, que casi le hace perder la cabeza.

—¡Logan! —le dijo, arqueando su cuerpo, acercándose hacia él, y retirándose de pronto, para intentar deshacerse de su abrazo y poder seguir perdiéndose en la sinfonía de amor que estaban creando.

—Gloryanne, quiero que esto dure más —logró decir él, perdiendo el control totalmente, cuando su cuerpo empezó cada vez a apretarse más contra el de él, saliendo y entrando en ella—. Quería que te lo pasaras bien, princesa. Quería oírte gritar de placer…

Sus deseos pareció que se cumplían, porque ella le puso una mano en la boca y empezó a moverse más deprisa. Y de pronto la llenó, levantándola mientras explotaba en un acto que le hizo sentirse como si se estuviera haciendo añicos, pero al mismo tiempo tan lleno como no había estado jamás.

Durante un breve instante, fueron un sólo corazón, una mente, un cuerpo fundido en la más absoluta perfección. Y en ese mismo instante, Logan se imaginó lo que su futuro podría ser.

Pero de pronto aquel pensamiento desapareció, perdido entre las distintas emociones, de ternura, de humor, afecto, y un sentimiento posesivo y protector, que no podía definir, cuando Gloryanne le mordió el lóbulo de la oreja y se derrumbó encima, dando un suspiro de satisfacción, muy femenino.

—¿Estás bien? —le preguntó, con voz suave y profunda, mientras con sus dedos le acariciaba la espalda, su suave piel aterciopelada. Logan frunció el ceño, de preocupación, al comprobar que no podía parar de tocarla.

Sonriendo, ella le besó en el cuello y le abrazó, y sin más, se puso a dormir—. Nunca he estado mejor, vaquero.

Él la miró y con la mano levantó su barbilla, se inclinó un poco y le rozó la boca con sus labios, sonriendo por dentro, cuando ella suspiró y se apretó contra él.

—Te quiero —susurró ella, contra sus labios.

Y al minuto siguiente, se durmió.

# Capítulo 11

¿Desde cuándo el aroma a café podía considerarse afrodisíaco?, se preguntó Logan, desperezándose en la cama.

Desde que Glory era la que lo hacía, se respondió a sí mismo, sin preocuparle lo más mínimo lo que se le estaban pasando por la imaginación, al oír los ruidos que hacía Glory en la cocina. Intentó identificar las emociones que sentía.

¿Saciado?

Sí.

¿Agotado?

Totalmente.

¿Satisfacción?

Inequívoca.

¿Felicidad?

Sólo de pensarlo, le daba miedo.

Pero cuanto más lo pensaba, y le daba vueltas, más claro lo veía. Se sintió como si pudiera apoderarse él sólo del mundo. Nunca antes se había sentido tan quijotesco.

¿Pero toda aquella felicidad, de dónde precedía?

Echando la vista atrás, al pensar en las últimas semanas, no había habido ningún momento que pudiera identificar como la causa de aquella felicidad. Aquella sensación nacía de otro sitio, de una cosa cotidiana, de una camisa limpia, una palabra amable, el aroma de un guiso en la cocina, las sonrisas en el desayuno, la sensación de que alguien se preocupaba por él.

Apoyó la cabeza en sus manos y se quedó mirando al techo, recordando las palabras que Glory había murmurado la noche anterior, cuando se estaba durmiendo.

«Te quiero», las había dicho tan suave que casi ni el aire se movió, pero él las sintió penetrar en lo más profundo de su mente. Tres palabras tan sencillas, que podían causar un efecto tan impresionante en una persona.

Y qué maravilloso debía ser poderlas decir también, fueran cierto o no.

Ella entró por la puerta con una taza de café en cada mano.

—Buenos días —descalza, con unos pantalones vaqueros y una camiseta de color amarillo limón, con el pelo recogido, parecía tener trece años.

Le ofreció una taza y se quedó al borde de la cama, mirando la desnudez de su pecho, con ojos tan cálidos y líquidos como el chocolate.

—¿Tienes hambre?

—Sí, mucho —le dijo él, devolviéndole la mirada.

Glory sintió que sus mejillas se sonrojaban. De pronto le vino a la mente una imagen de Logan, saliendo de la cama, antes de amanecer, para darle de comer a los animales, y otra mucho más viva de cuando volvió. Se metió de nuevo en la cama y llevaba olor a heno, aire fresco. Le dio un beso y ella se despertó. Y a continuación hicieron el amor muy lentamente, hasta que le encendió las brasas del deseo y gritó de placer.

—¿No estás cansado? —le preguntó ella, mientras daba un sorbo de café.

—¿Cansado? —le respondió, enarcando una ceja, con aire de incredulidad—. ¿Cansado de tus provocaciones? —continuó diciéndole con una sonrisa—. Para nada, princesa.

Ella lo miró, tratando de ocultarle lo mucho que apreciaba aquel tono burlón que utilizaba al dirigirse a ella.

138

—Pues será mejor que nos levantemos. Le dije a Bridget que iría a por Christopher antes de las doce, y Josh seguro que ya habrá vuelto a esas horas —para cuando ella y el niño volvieran, seguro que Josh habría tenido tiempo para contárselo todo a Logan, y entonces ella trataría de explicarle, si es que la dejaba.

Logan dio un sorbo de café y miró el reloj. —A lo mejor sí, o a lo mejor no. Seguro que Jason y Josh se han pasado media noche hablando. Tenemos todavía mucho tiempo.

—¿Para qué? —le preguntó ella, aunque se imaginaba muy bien la respuesta.

Logan puso la taza sobre la mesilla de noche, la agarró entre sus brazos y le dijo:

—Para esto —y se puso encima de ella, juntando su boca contra la de ella.

Durante unos minutos, él sólo se conformó con besarla, jugueteando con sus labios, metiendo la lengua en su boca, mordisqueándole el labio y después besándola de nuevo.

Pero al cabo del rato, los besos no eran ya suficiente para satisfacer el deseo que los dos sentían, momento en el que él metió sus ágiles dedos por debajo de la camiseta, subiendo hasta sus pechos. Los agarró con las palmas de las manos, y frotó sus pezones con los pulgares, una y otra vez hasta que se endurecieron, hasta dolerle.

Recorrió con su boca todo el cuello, hasta llegar a su oído, echándole el aliento contra su piel delicada y suave.

—Perdóname, princesa, ¿pero no crees que llevas demasiada ropa puesta?

—¿Tú crees?

—Mala pécora... —bajó la cabeza, para saborear los labios, mientras le desabrochaba los pantalones vaqueros, y empezó a quitárselos, y de pronto se oyó golpear la puerta, de forma insistente, y a Fred ladrar.

Logan se apartó, a regañadientes y se apoyó en un hombro.

—¿Quién diablos puede ser? —murmuró, mirando su reloj—. Si no son más que las diez.

Glory salió de la cama, tratando de bajarse la camiseta, subirse los pantalones y arreglarse un poco el pelo, todo al mismo tiempo.

—A lo mejor es que Josh ha olvidado la llave. Iré a ver.

Logan, contra su voluntad puso las piernas en el suelo y empezó a buscar su ropa, cuando Glory ya salía por la puerta.

Cuando volvió, él ya había logrado ponerse sus viejísimos pantalones vaqueros de color negro, pero no llevaba nada puesto en la parte de arriba. Tenía las botas en una mano.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó él.

Ella tardó un segundo en entender que él pensaba que a alguno de los dos chicos le había pasado algo.

—Oh, Logan, no —le aseguró ella, en seguida—. No se trata de los chicos. Es una mujer, que pregunta por ti. Está esperando en la cocina.

Permaneció quieto durante unos segundos. Al rato, dejó las botas en el suelo y se las puso. Dejó pasar unos minutos, para recobrar el dominio de sí mismo, después de lo cual, y al ver la cara que Glory le estaba poniendo, le preguntó: —¿Por qué me miras así?

—Porque creo que es la madre de Josh.

—¿Te lo ha dicho ella? —le preguntó.

—No, pero...

—Entonces, olvídalo. Hay una entre mil posibilidades de que mi hermana se presente aquí sin ser invitada —se sacó la camisa por fuera y se encogió de hombros—. Confía en mí. Seguro que es alguien interesado en comprar un caballo. La gente se presenta en el momento más inesperado. Aunque... —le dirigió una mirada, antes de salir por la puerta—, quien quiera que sea, tiene bastantes agallas para venir aquí a esta hora, un domingo por la mañana.

—Logan... —pero él ya se había ido, antes de que ella pudiera pararle. Glory le siguió, rezando para que estuviera en lo cierto y que aquella mujer no fuera su hermana. Pero ella estaba segura de lo contrario.

Y al final, ella tuvo razón. Logan echó un vistazo y se quedó rígido, indicando que aquella mujer no era una extraña. Glory se apartó un poco, con un nudo en la garganta, mientras observaba cómo los rasgos de él se transformaban.

—Bien, bien, bien —le dijo, en un tono bastante duro, mientras le

dirigía una mirada implacable—. Siempre eres de lo más inoportuna, hermanita. Seis malditos años, más de trescientas malditas semanas y has elegido este momento para venir a vernos.

—Me alegro mucho de verte también, Logan —por fuera, al menos, Anne Bradshaw no pareció inmutarse por aquel recibimiento. Era una mujer alta, delgada, con el pelo corto. No—se parecía mucho a Logan, pero tenían los mismos ojos azules y una mirada de desconfianza inconfundible.

Sin embargo, por un segundo, Glory creyó percibir una pizca de anhelo en sus caras, aunque rápidamente desapareció, antes de que pudiera confirmarlo.

—¿Bueno, y qué tal? —continuó Anne, en el mismo tono educado.

—Muy bien —le respondió Logan, como si le hubiera disparado con una escopeta. Corto y mortal.

—Siento haber llegado tan temprano —le dijo, con una taza de café en la mano, mientras apoyaba la espalda en el mostrador—. Pero es que conseguí un avión hasta Seattle y desde allí he venido en coche —iba vestida con un pantalón de tela beige, muy de moda, y una blusa de seda. Tenía un aspecto fresco y enérgico, para nada como una mujer que se había pasado media noche en un avión.

Logan no quiso entrar en una conversación de vaguedades y fue directo al grano.

—¿Por qué no llamaste antes?

—Te llamé varias veces ayer por la tarde. Yo no tengo la culpa que nadie respondiera. A lo mejor no es mala idea de que te incorpores al siglo veinte y te compres un contestador automático.

Él ni se dignó a responder.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

Annie dudó, echó una mirada en dirección a Glory y después a su hermano.

—Prefiero hablar en privado. Esto es una cosa de familia, después de todo.

—Tienes razón —dijo Glory—. Si me perdonáis, voy a seguir haciendo cosas, por ahí...

—Espera un momento —interrumpió Logan, mirándola con una cara que la dejó clavada donde estaba—. Esta es mí casa, y por lo que a mí se refiere, tienes más derecho de estar aquí que ella.

Logan se volvió de espaldas a su hermana, y aunque con amabilidad, dijo con un tono casi como de advertencia:

—Te presento a mi socia, Gloryanne Rossiter. Además de tener una mano maravillosa para los caballos, ha estado llevando la casa y cuidando de nuestros dos hijos, y no puedo pensar en nada que puedas decir, sin que ella esté delante.

Gloryanne ya había empezado a andar hacia la puerta, cuando aquella extraordinaria declaración la detuvo.

Sorprendida, lo miró, pero antes de poder decidir si lo que él había dicho, realmente lo quería decir, o si sus palabras las había incitado el deseo de llevarle la contraria a su hermana, él se volvió otra vez y dando la cara a su hermana le preguntó:

—Ahora dime, ¿qué has venido a hacer aquí?

—Josh me llamó.

Logan se quedó helado.

—¿Cuándo?

—El martes —Annie dio un sorbo de la taza, observando la sorpresa que había causado en él aquella información—. ¿Es que no lo sabías?

—No —respondió, dirigiendo su mirada hacia donde Glory estaba. Después volvió a mirar otra vez a su hermana—. No creo que te dijera nada que te impulsara a venir a verlo, después de todos estos años.

Anne puso la taza en la mesa y se cruzó de brazos.

—He venido para pedirle perdón —le dijo, intentando defenderse —. Por lo mal que me he portado con él. Y para decirte que quiero volver a formar parte de la vida de Josh, de nuevo.

—¿De verdad? —le preguntó él. Caminó en su dirección, agarró la taza que había encima de la mesa y apretándola con fuerza, golpeó tan violentamente con ella la mesa que fue un milagro que no se hiciera añicos—. ¿Por cuánto tiempo?

—Para siempre —le dijo. Suspiró, para intentar calmarse—... Mira —le dijo, intentando razonar—. Voy a casarme el mes que viene, y David y yo estamos pensando en tener un hijo.

—Bueno, bueno, al fin parece que has sentado la cabeza —Logan murmuró—, Felicidades.

—Gracias —le respondió ella—. Amo a David, y he tenido mucha suerte en conocerlo. Pero lo que pasa es que no me atrevía a contarle que tenía a Josh. He hecho muchas tonterías en el pasado. Me he pasado todo el tiempo huyendo de ti y de Josh. No me quería enfrentar a los hechos. Era mucho más fácil pretender que no existíais. Pero cuando Josh llamó... Supe que tenía que aclarar todo esto, que no podía empezar una familia, sin dejar un sitio para la vieja.

Y cuando al fin reuní fuerzas y le conté todo a David, él estuvo de acuerdo.

—¿Sí? —Logan sabía que se estaba poniendo un poco tozudo, pero no parecía poder evitarlo. Sabía que su hermana estaba tramando algo, la conocía muy bien, y su instinto le decía que tramara lo que tramara, no le iba a gustar.

—Ese es un sentimiento muy noble. Has vivido en Washington D.C. mucho tiempo, Annie. Los niños no son como esos amigos políticos

tuyos. No puedes hacerlos esperar hasta que tienes un hueco en la agenda. Tienen la mala costumbre de ir creciendo.

—¡Maldita sea, Logan, ya lo sé! ¡Lo único que te pido es que me des una oportunidad! ¿O es que todavía me guardas rencor, porque la última vez que estuve aquí te critiqué? lo único que quería era ayudar.

—¿Llamas ayuda a intentar quitarme al chico?

—¡Sí! ¡No! ¡No lo sé! Tú te acababas de divorciar y tenías a Christopher. Y yo me sentía culpable de irme y dejarte sólo con los dos.

—Pues el niño no era una cosa que se pudiera pasar, sin más.

—¡Ahora es cuando me doy cuenta! ¡Me he equivocado! Pero la gente cambia. Yo he cambiado. Estoy preparada para ser la madre de Josh.

—¿Y? —le preguntó él—. Suéltalo ya, Annie.

Ella respiró hondo y se cuadró, mirando a Logan en tono desafiante.

—Está bien. Iré al grano. Quiero que Josh se venga y pase un tiempo conmigo en Washington y que viva con David y conmigo una temporada.

Logan se quedó mirándola, y empezó a mover la cabeza, como si no fuera capaz de creer lo que estaba oyendo.

—No —dijo, simple y llanamente.

—Pero Logan, piensa en todas las ventajas para Josh. Colegios privados, una casa con piscina...

—No, y es definitivo.

—¿Alguno de los dos va a preguntarme lo que yo quiero hacer?

Aquella pregunta, que procedía de la puerta trasera, trajo el silencio a la cocina, momento en el que Logan y Annie se volvieron para mirar a Josh, cuya llegada había pasado desapercibida. El chico estaba mirándolos a los dos, con todo un remolino de emociones, de sorpresa a asombro, hasta rabia.

—Josh... —transfigurada, Annie miró a su hijo, que recordaba como un niño pequeño, desde la última vez que lo vio, y que ya era más alto que ella—. ¡Oh, Josh, cuánto has crecido!

El chico, desvió la mirada desde su tío a ella y volvió a su punto de partida.

—¿Y bien? —le preguntó a Logan—. ¿Me vas a preguntar a mí lo que opino?

Al oír aquel tono de desafío en Josh, pareció que Logan llegó a alguna decisión. Con una expresión reservada, pasó al lado de Josh, agarró el sombrero del perchero y se lo puso.

—No.

—¡Espera un momento! —protestó Josh, siguiéndole—. ¿Dónde

vas?

—Tengo cosas que hacer.

—¡Pero es que tenemos que hablar de esto!

Logan se encogió de hombros.

—Aquí no hay nada que discutir. Ya he tomado una decisión —dijo, abriendo la puerta.

—¡Pues puede que no coincida con la mía! —Josh le advirtió, con un tono chillón.

Logan se volvió y le dirigió una mirada, sus ojos tapados por la sombra de su sombrero.

—Tienes razón. Y no puedo hacer nada.

Josh se quedó contemplándole, casi sin creérselo, mientras Logan llamó a Fred de un silbido y le acarició, cuando el animal acudió a sus pies.

Josh lanzó un juramento, a espaldas de Logan y pegó un puñetazo en la pared.

—¡Maldita sea! —se volvió hacia su madre—. ¿Cuándo quieres que nos marchemos?

—¿Por qué? No, no, lo sé —Annie tartamudeó, quien no se esperaba el cambio tan repentino en el rumbo de los acontecimientos —. Es decir, no estaba pensando que te vinieras a vivir conmigo, ya mismo. Pero creo... supongo que lo podré arreglar...

—No —interrumpió Glory, quien habló por primera vez, con un tono fuerte pero tranquilo, en un ambiente que estaba cargado de emociones.

Josh se volvió para mirarla.

—¿Por qué no? —le preguntó. A pesar de su tono desafiante, la estaba mirando como si ella fuera la única luz en toda aquella oscuridad reinante.

—No estoy diciendo que no debas ir. Lo que quiero es que lo pienses primero. No te marches porque estés enfadado con tu tío y quieras hacerte el fuerte.

El chico se quedó tenso.

—¡Él es el que se ha ido! No le importa nada. Sólo quiere salirse con la suya.

—Sabes que no es cierto —le respondió ella, cuyo tono fue como un jarro de agua fría para el chico.

—¿Entonces por qué se ha marchado?

—Porque está asustado, Josh —le dijo Glory, con amabilidad. Después de haber escuchado a Logan, todas las piezas del rompecabezas habían encajado. Vio claramente la desesperación en el rostro de Logan, al pensar en una nueva pérdida en su vida—. Si crees que eres ya mayor para tomar esa decisión, entonces eres ya mayor

como para entenderlo. Él te quiere. Ha hecho todo lo que ha podido por ser tu padre. Y le da miedo que porque haya aparecido tu madre, te vayas a ir de su lado.

—¡Pero eso es una tontería! —protestó el chico—. Yo nunca haría eso. No podría —dudó, mientras perdía todo el tono desafiante, al considerar por primera vez en su vida a su tío como una persona con sus debilidades y virtudes, como todos los demás—. Yo le quiero. ¿Es que no lo sabe?

—Sí —dijo Glory, mirando a Annie—. Pero mucha gente le ha dicho lo mismo, y después le han herido. Durante unos segundos, permanecieron todos en silencio, y entonces Anne Bradshaw suspiró y bajó los ojos, ante la mirada de censura que le dirigía Glory. Se fue hacia una silla y se sentó.

—Tiene razón, Josh. La primera fue tu abuela. Logan tenía sólo cuatro años, cuando ella, murió. Meses después de que ocurriera, tu abuelo y yo nos lo encontramos caminando alrededor de la casa, llorando y buscándola. Y después fue tu abuelo, y después yo y después Melanie. Y la última vez que estuve aquí le amenacé que te iba a llevar conmigo. Y aquello fue la última gota que colmó el vaso.

Suspiró de nuevo, y miró a su hijo, dirigiéndole una sonrisa de tristeza.

—Y creo, sinceramente, que tengo que admitir que no estoy preparada para ser todavía madre. Estoy empezando una nueva vida, y dentro de unas semanas tendré un marido, y lo tendré que pensar todo. Annie dudó, pidiéndole con su mirada que lo entendiera.

—Pero la verdad es que quiero conocerte, Josh. Es decir, si tú quieres. Y siempre podemos llegar a un acuerdo con tu tío. Quizá podamos empezar con que yo venga de visita aquí y tú vayas allí. Y ver qué pasa.

Josh se sentó, y se quedó mirando a su madre, desde el otro extremo de la mesa.

—Quizá —le dijo, mientras sonreía con cierta sorna—. La verdad —continuó, poniéndose la silla entre las piernas, apoyando sus manos en el respaldo—, sólo pensar en vivir en Washington D.C. me dan escalofríos. Todas esas calles asfaltadas y todo sesos edificios. ¿No os da claustrofobia?

De pronto, sabiendo que todo iba a salir bien, Glory no esperó a oír nada más. Lo que hizo fue dejarles solos, se puso sus zapatillas y se fue a buscar a Logan.

Logan estaba en el establo, limpiando las cuadras con una energía febril, lo cual decía mucho del estado de ánimo en el que se encontraba. Cuando la vio, no dijo una palabra.

—Hola —saludó ella, quedándose a una buena distancia de él,

mientras levantaba, con el rastrillo, paja sucia y la ponía en la carretilla.

—¿Qué, ya ha hecho las maletas? —le preguntó, con un tono de impaciencia.

—Oh, Logan, no. Josh no se va a ir a ninguna parte. Cuando se le ha pasado el enfado, se ha dado cuenta de que aquí es donde tiene que estar. Y también tu hermana.

Durante unos segundos se quedó muy quieto, pero al poco tiempo se recuperó y empezó otra vez a colocar la paja en la carretilla.

Un poco sorprendida, Glory se quedó observándolo.

—Cuando los dejé, estaban hablando de la posibilidad de visitarse de vez en cuando, siempre que tú estés de acuerdo.

—¿Y por qué no? —le dijo, evitando su mirada, echando un vistazo a la cuadra, luego se fue hacia el granero y agarró una paca de paja, como si fuera una pluma, y la llevó hasta la cuadra.

—Logan... —le dijo, mientras él se buscaba en los bolsillos un cuchillo, para cortar la cuerda de la paca, con un ostensible enfado—. ¿Logan, qué te pasa?

Al oír la pregunta dejó de hacer lo que estaba haciendo y la miró. Y ella casi retrocedió al ver su mirada.

—Lo sabías, ¿no es verdad?

Glory se sintió desfallecer, pero no quiso mentirle.

—Sí.

—Ya lo sabía. Se te veía en la cara. ¿Hace cuánto tiempo?

—Desde el miércoles por la tarde.

—Y no me lo has dicho —no era una pregunta.

Casi le da la explicación razonable de que lo había intentado, pero al ver cómo la miraba, decidió que dijera lo que le dijera, no iba a importar.

—No.

—¿Cómo puedes decirme que no? —le dijo, dejando atrás su indiferencia, y con ella su moderación, porque toda la angustia y la frustración que había sentido en la conversación con su hermana, de pronto salió a la superficie—. Lo siento princesa, pero no te creo.

Con el mismo peligro que un tigre encerrado en un espacio muy pequeño, se volvió y empezó a caminar.

—Durante todo este tiempo he temido encariñarme contigo, porque no quería que me hicieras daño. Pero ese no era el peligro, ¿verdad? —las palabras le iban saliendo de prisa.

—Logan, déjame que te lo explique...

—¡No! ¡Me he estado preocupando por lo que no me tenía que preocupar! Todo lo que has hecho, las lecciones a Josh, los chistes a

Chris y las sonrisas y los besos a mí, no lo hiciste porque realmente nos querías ¡Eran para asegurarte un sitio aquí!

—Eso no es verdad…

—¡No me digas eso! ¡Y pensar que incluso estaba empezando a confiar en ti!

—Logan, por favor—le suplicó, abriendo los ojos, suplicándole que lo entendiera—. Josh confió en mí, sí. Pero yo no quería quitarte nada a ti. Quise darle el margen suficiente para hacer las cosas a su manera. ¡Lo siento! No sabía qué hacer.

—¡Lo siento! —recogió la palabra y se la tiró a la cara—. Puedes poner las excusas que quieras, bonita, pero el fondo de todo es que cuando yo pensaba que estabas jugando limpio conmigo, en realidad me estabas engañando.

—¡Eso no es verdad! —le dijo, mientras una lágrima aparecía en sus ojos—. ¿Quieres escucharme? Sí, sí quiero un sitio aquí, pero no a tu costa. Quiero estar contigo. Te quiero, Logan. Christopher, Josh y tú, sois como la familia que yo nunca he tenido.

—¿De verdad? —gritó él, dominando como podía la aparición de una sensación de inseguridad—. ¡Ahí es donde estás equivocada! Nosotros somos una familia, pero no tu familia. ¿Por qué no dejas de meter las narices donde no te llaman?

Ella se quedó pálida y poco a poco fue retrocediendo.

De pronto Logan se dio plena cuenta de lo que le acababa de decir.

—¡Maldita sea! —se sintió como si le acabaran de dar un puñetazo en el estómago, cuando vio la cara que ella tenía.

Dio un grito de frustración y moviéndose a una velocidad increíble, agarró la paca de paja y la tiró contra la pared.

Logan se agarró la cabeza con las manos, incapaz de mirarla de frente, arrepintiéndose de lo que le había dicho, porque sabía que de lo que la había acusado, nada era verdad.

De pronto creyó oír la voz de Christopher, como entre sueños.

«¿Glory, si le pasa algo a papá, nos cuidarás tú?».

Y se sintió más tranquilo, cuando evocó lo que Glory le contestó. «Sí, Christopher. Claro que sí».

Y en aquel momento se dio cuenta de que si conseguía abrazarla otra vez, todo volvería a ser igual que antes.

Pero de pronto se dio cuenta de que se había marchado.

# Capítulo 12

—Te lo estoy diciendo —Glory se dirigía a Fred, intentando olvidar las lágrimas que recorrían su cara—. Si el mundo estuviera gobernado por mujeres, mucho mejor irían las cosas. Piénsalo.

Se pasó el dorso de la mano por los ojos, para limpiarse las lágrimas. Luego miró de nuevo al cachorro, que la observaba a su vez, desde el asiento de al lado del conductor, con su morrillo apoyado en la ventanilla.

—¿Qué piensas tú?

El perrillo expresó su opinión dando un bostezo.

¿Qué otra cosa se podría esperar de un perro que se llamaba Fred?, se preguntó ella, reprimiendo un sollozo. Agarró una llave inglesa, para sacar el tornillo de la rueda pinchada que tenía el Cherokee. La puso en la tuerca y trató de moverla, con todas sus fuerzas.

Pero apenas logró que se moviera unos milímetros.

Se levantó, lanzó un juramento y se dijo a sí misma que no iba a ceder a su impulso de echarse a llorar desesperada.

Lo que hizo fue dar una patada a la llave, mientras pensaba la situación en la que estaba. Perdida en medio de ninguna parte, en un sitio que a lo mejor ni siquiera venía en el mapa, con un Jeep que no podía conducir y sin más compañía que un perrito.

Pero aquello no había sido culpa suya. ¿Quién habría pensado en pinchar? ¿Quién habría pensado que aquella maldita tuerca no cediera?

«Nosotros somos una familia, pero no somos tu familia».

Se encogió, incapaz de pensar todavía en aquella frase.

Se había ido de su lado, porque necesitaba distanciarse de aquellas terribles palabras, y del dolor que le habían causado. No tenía nada que ver con aquella otra sensación de ser una extraña en aquel ambiente, cuando estuvo en la cocina.

Pero su intención, desde luego, no había sido perderse. Salió del rancho sin rumbo fijo, para poner en orden sus sentimientos, pero sólo hasta que llegara el momento de ir a buscar a Christopher. Pero de pronto la rueda reventó.

Le pegó otra patada a la llave. Pero esta vez falló y en vez de dar a la llave, acabó con la puntera de sus deportivas en la llanta de la rueda.

Juró por lo bajo, se agarró el pie y se sentó de golpe en el suelo. Las lágrimas le empezaron a salir como si fuera un torrente, hasta que de pronto se empezó a calmar.

Cuando salió la última lágrima y todo su ser se limitaba a emitir pequeños sonidos entrecortados, se limpió la nariz con la manga de la

camiseta, y se tumbó en el suelo. Totalmente agotada, se quedó mirando al cielo, a ver pasar las nubes, hasta que la noche entera pasada con Logan y la tumultuosa mañana empezaron a pasar factura, y se quedó profundamente dormida.

No se despertó hasta bien pasada la tarde. Fred había salido por la ventana, y estaba junto a ella, roncando en su oído. Y a pesar de que su cuerpo estaba dolorido, por la dureza del terreno, su mente estaba despejada.

Y esta vez, cuando oyó lo que le decía Logan de que no eran su familia, se veía contestándole de forma inmediata, que una familia basada en qué.

Si una familia era quererse mutuamente, quieres lo mejor para los demás, compartir sus triunfos y sus fracasos, entonces ella estaba cualificada. Ella sentía todo eso por Logan y los niños.

Y si la cosa se limitaba a cuidados, en tener cuidado de no meter una rana en la lavadora, o en contar chistes malos, para ver la cara de felicidad de un niño, o enseñarle a montar a caballo a un quinceañero, ella ya lo había hecho.

Y si la cosa tenía que ver con amar a un hombre tanto que no podía resistir el pensamiento de ver sus pies descalzos en un suelo de madera frío, y en hacer su trabajo, aparte del suyo, sólo para que pudiera descansar un poco más, o ser capaz de perdonar todo, incluso lo peor que hubiera podido decir, ella sería definitivamente la elegida.

Y ningún vaquero tozudo iba a convencerla de lo contrario.

¿Pero cómo iba a poderle decir todo aquello, cuando estaba perdida?

Se puso de pie. No había más remedio que echarse a andar. Si se quedaba allí, podían pasar días antes de que alguien la encontrara. Y tenía que decirle un par de cosas a Logan Bradshaw, que no podían esperar mucho.

Y muy decidida, con Fred a su lado, se echó a andar.

¿Dónde diablos se habría metido Glory?

Logan estaba en el patio y se miró el reloj por centésima vez en los últimos minutos.

Las cuatro y media. Había estado fuera más de cinco horas. Además estaba empezando a oscurecer. Dentro de una hora, estaría totalmente oscuro.

En todo ese tiempo se dio cuenta que de toda la gente que conocía, Gloryanne era la única en la que podía confiar. Lo había demostrado desde la primera vez que llegó a Columbia Creek, cuando aceptó la tarea de limpiar la cocina y limpiar la casa.

Era la mujer más honrada y sincera que él conocía.

Y él se lo había agradecido con una crueldad sin límites, diciéndole

lo que sabía que le dolía.

«No somos tu familia, ¿quién te ha dado permiso para meter las narices donde no te llaman?»

Se acordó de la cara que se le quedó. Y se sintió avergonzado, pero sin embargo mantenía la esperanza de que ella fuera a volver.

Porque aquella era su casa. Y Christopher, Josh y él eran su familia, unidos por sentimientos de paciencia, alegría y ternura. Y la evidencia se podía apreciar en todas partes, desde el jardín al lado de su apartamento, hasta las flores en su mesita de noche. Desde los dibujos que hacía Christopher, cuidadosamente pegados en la puerta del frigorífico, hasta los libros sobre monta de caballo en la estantería de Josh. Incluso los establos habían dejado de ser un lugar sacrosanto, desde que aquel semental organizaba una buena, cada vez que alguien se acercaba, que no fuera su amada Glory.

—¡Tío Logan! —la puerta se abrió de golpe y Josh salió corriendo hacia él, con Christopher a sus talones.

A pesar de su agitación, Logan se sintió satisfecho al ver a Christopher corriendo hacia él, tan pequeño y rubio y Josh, tan alto y moreno.

Josh y él ya habían hablado. El chico fue al establo cuando se acababa de ir Glory, y tuvieron una larga discusión. Al final Josh se sinceró y contó todos sus temores secretos sobre su nacimiento, y Logan le había escuchado al fin, para indicarle el camino cuando sabía y reconfortarle cuando no podía hacer otra cosa.

Fue una discusión larga y emotiva y las cosas se estaban ya aclarando, cuando Annie apareció y entonces siguieron hablando los tres. Annie les dijo que iba a visitarles con su marido, Logan empezó a sentirse optimista e hizo un intento por cerrar la herida que había estado abierta durante tanto tiempo.

Cuando ya habían acabado de hablar, aparecieron los Nielsens con Chris. Y fue cuando Logan se dio cuenta de que Glory se había marchado. Y para aquel entonces, ya había pasado mucho tiempo, y no había querido ir a buscarla, por miedo a que volviera y no le encontrara.

Así que se quedó esperando. A lo mejor fue una tontería. A lo mejor se había marchado para siempre, y le llamaría en unos días, para decirle dónde tenía que enviar los caballos y sus cosas. Pero aquello era imposible. No quería ni pensarlo. Porque ella le había hecho ver las cosas con esperanza y no estaba dispuesto a perderla.

—¡Oye, tío Logan! —le dijo Josh, mientras Christopher todavía seguía corriendo—. Ha llamado Mac Witke. Iba en su bicicleta y encontró el Jeep de Glory. Logan creyó morir, sólo de pensar que podía haber tenido un accidente. Cerró los ojos con fuerza, intentando

calmarse, y casi no escucha lo que Josh dijo a continuación.

—El coche estaba en la carretera de Cowlitz, pasada Pointed Rock, a unos quince kilómetros de aquí. Mac ha dicho que tenía una rueda pinchada. Y que parece que la intentó cambiar, pero no pudo. Logan abrió los ojos. —¡Qué!

Josh tragó saliva, dudando si decirle lo siguiente. —Ha dicho que ya se había marchado, cuando llegó. Que había desaparecido.

—Wow —dijo Christopher, con los ojos tan grandes como platos—. Extraterrestres.

Pero Logan no estaba escuchando. Estaba demasiado ocupado diciéndole a Josh que le llenase una cantimplora y buscase una linterna, mientras él se dirigía hacia el establo. Porque él no creía en criaturas extraterrestres. Lo que él creía era que una mujer pequeña y tozuda, con suficientes agallas, tenía que hacer lo que le había prometido y volver a casa.

Alguien debía haber movido el rancho de su sitio. No era lo más probable, pero era lo único que podía pensar. Había estado andando horas, y en ese tiempo ya tema que estar en Columbia Creek. Estaba agotada y tenía mucha sed, los pies le dolían, y además Fred se había cansado a la media hora y lo había tenido que llevar en brazos.

Se sentía tan desgraciada que cuando subió con dificultad otro de los montículos que cubrían el paisaje casi se da de narices contra un caballo y su jinete.

—Hola, princesa —sentado en su caballo, Logan llevaba una camisa azul, con un sombrero negro. Glory pensó que no había visto a nadie tan maravilloso en su vida.

—¡Logan!

—¿Quieres que te lleve?

—No, no hace falta. Gracias.

Y levantó el mentón y pasó caminando, junto a él.

El primer impulso de Logan fue agacharse un poco del caballo, agarrarla y estrecharla entre sus brazos. Era una mujer tan guapa. Aunque no estuviera peinada, y tuviera la cara y la ropa lleva de polvo, deseó tocarla y asegurarse de que era real.

Pero había algo vulnerable en su boca, algo que indicaba que estaba atravesando momentos muy emotivos, y que no había que forzarla mucho para que estallara.

Espoleó el caballo, para que se pusiera en marcha, detrás de ella y echó una mirada a Fred, que estaba sobre su hombro.

—¿Qué le ha pasado al perro?

—Nada, que está un poco cansado.

—¿Estás segura que no quieres que te lleve?

—No.

Juró entre dientes y trató de pensar en la forma de convencerla.

—Yo que tú me lo pensaría, porque en esta época es cuando salen las serpientes más venenosas.

Ella se paró, como si se hubiera golpeado contra una pared. Muy lentamente se quitó al perro de encima, lo puso en el suelo, se volvió y se puso las manos en las caderas.

—¡Muy gracioso, Bradshaw! —su labio temblaba—. No me inmuté la primera vez que vi tu cocina, ni tampoco cuando te atreviste a meterte con mi perro y me voy a asustar ahora, con esa historia de una serpiente.

Pero de pronto, él se agachó, la agarró y se la puso junto a su pecho, sentada en la silla. Y entonces la abrazó, dando gracias a Dios por haberla podido encontrar.

Glory estaba muy rígida.

—¿Qué estás haciendo?

Logan escondió la cabeza en su cuello, y respiró hondo.

—¿Te acuerdas de ese sitio que decías que querías?

Durante unos segundos, ella se le quedó mirando a los ojos, y de pronto se sintió llena de alegría por dentro.

—Oh, Logan —le echó los brazos al cuello, una de ellas acariciándole con delicadeza su espalda—. Claro que sí.

Logan levantó la cabeza y la miró, y todo lo que sentía por ella, amor, alegría y esperanza, se reflejaba en su expresión. Se aclaró la garganta.

—Siento mucho lo que te dije...

—Shh —le dijo, poniendo un dedo en su boca—. Lo entiendo —y la verdad es que era cierto.

—Te quiero, Glory.

—Y yo te quiero también a ti, vaquero —le dijo muy suave. Y le puso las manos en la cara y se lo acercó y le dio un beso muy tierno, sabiendo que de aquel momento se iba a acordar toda su vida.

Las estrellas acababan de hacer su aparición en el cielo, cuando Logan y Glory se dirigían hacia Columbia Creek.

De los establos salió el sonido de Je'zhar, dando la bienvenida, y en la casa todas las luces estaban encendidas y los niños, de pronto, aparecieron en la puerta. Glory sintió un escalofrío de felicidad.

Logan la abrazó.

—¿Tienes frío?

—No. Estoy muy feliz.

—Bien.

—Lo único... —le dijo, un poco tensa—. Siento mucho no haberte dicho lo de Josh.

—Bueno, entonces estoy en mi derecho de reclamar una compensación.

—¿En qué sentido?

—Pues que esta comunidad es muy conservadora, así que no tendrás más remedio que casarte conmigo.

—Bueno, si insistes…

La mano grande de Logan cubrió la de Glory, y la levantó para darle un beso.

—Insisto.

Glory se apoyó en él, y sintió la solidez de su cuerpo, y el suave latir de su corazón. Suspiró, contenta, luego volvió la cabeza y le besó en la mejilla, ante lo cual los chicos empezaron a dar gritos y Fred a ladrar.

Logan la besó en la boca, se apartó un poco, sonrió y volvió a poner su boca contra la de ella. Y en aquel momento Glory supo que había encontrado su hogar.

# Fin.